SALVADOR NAVARRO

Y SI APARECE

Y SI APARECE

SALVADOR NAVARRO

Copyright © 2021 Salvador Navarro
www.salvador-navarro.com
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798751618391

Foto portada realizada por StockSnap

Daría media vida por que apareciese,
de nuevo,
Montse con su risa

Soltó la copa al ver a Maxi en la foto, al tiempo que le venía una arcada. No pudo evitar que se oyera el golpe del cubata sobre la estantería y la tos con la que consiguió evitar el vómito. La puerta del baño se abrió de inmediato. Buscó un nombre, que no aparecía, para disculparse.

—Creo que he bebido demasiado —susurró Lara, en un tono impostado.

El hombre, de mediana edad, en bóxers y con calcetines, la sorprendió con varias cicatrices que atravesaban su pecho. Se acercó a ella a pasos militares hasta agarrarla por la cintura con manos ásperas. Ella se sabía torpe, así que trató de apartarse sin aspavientos, pero cuando el tipo la volvió a atraer hacia su barriga no pudo sino darle un manotazo.

—¿A qué viene esto? —protestó él, con un tono hasta entonces desconocido.

—Me encuentro mal.

Se abotonó la blusa y él metió la mano para impedirlo.

—Déjame. —Se quejó—. Tengo el estómago aquí. —Se señaló la garganta.

—¿Te asustan mis cicatrices?

—No digas tonterías. —Era cierto que habían llamado su atención.

En todo caso, Lara ya no estaba en otra cosa que no fuese salir de allí, para lo que trató de averiguar con rapidez dónde había dejado el móvil y su bolso. Él volvió a agarrarla, ahora por el codo, justo cuando ella había conseguido localizar sus cosas cerca de la puerta. El tipo la lanzó contra la librería, contra la que chocó con un golpe seco. Cayeron varios objetos. La foto seguía en pie.

—Pero ¡qué te has creído!

Una oleada de pánico la envolvió por completo. No se acordaba ni de cómo se llamaba el tipo. Temía perder la voz. En una décima de segundo pensó que no fuese sino una pesadilla.

—Te haces la borracha porque no te gusta lo que ves, ¿no? —Lara bajó la cabeza—. Eres una puta calentona.

—Déjame salir, por favor…

—No te acuerdas ni de mi nombre, ¿verdad? —Se parapetó ante la puerta.

Lara seguía sin acordarse. Buscó con la mirada una salida, pero un árbol impedía ver la altura desde la ventana. No recordaba si se trataba de un primer piso o de un segundo.

—No lo pongas más difícil, por favor —suplicó ella.

El tipo pareció calmarse, ella no quiso dar muestras de dolor.

—No se puede jugar con la gente así. —Cambió el tono a melodramático.

Lara lo rodeó, tomó el bolso y su móvil. Esperaba, erizada como una gata, el golpe de gracia. Apenas estaba a un metro de la puerta, que ya no defendía ese hombre ridículo, acogotado, medio desnudo. Lo esquivó y se largó. Oyó insultos a media voz, mientras bajaba las escaleras y se reorganizaba la blusa por dentro de la falda.

con el miedo aún en el cuerpo, cruzando las calles en zigzag para asegurar que el tipo de los costurones en el pecho no la seguía, Lara se pasó por el hotel a hacer la caja del restaurante.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó a la encargada.

—Flojito.

—No veo iluminado el rótulo de la entrada. —La cara de la chica era un poema—. Se os ha olvidado otra vez, entiendo.

—He estado liada, Lara.

—Tenemos una habitación ocupada. ¡Una! ¿Con qué has estado liada? —Prefirió no regañar a horas tan tardías—. Anda, ponte un café. Tienen que estar al caer los franceses.

—Me temo que han anulado la reserva.

Lara cerró los ojos y soltó el bolso sobre la mesa alta de la recepción.

—Vete a casa, anda.

A esa hora ya estaban las calles vacías. La cara de pasmo de la chica le provocaba una repetición de las náuseas de un rato antes.

—Te pido un taxi. Ya me quedo aquí a dormir.

—Me quedan dos horas…

—Que sabes que no te voy a descontar. ¿Este chico de la 102 ha pedido algo especial para el desayuno?

—Lo tienen apuntado en cocina. Un desayuno inglés.

Esperó a que la joven saliera antes de cerrar por dentro. No quiso acostarse hasta no comprobar que hubiese beicon en la nevera. En la misma nota donde quedaba reflejado el desayuno inglés añadió que los franceses habían anulado la reserva. ‘No metáis los croissants en el

horno'.

Colocó dos cojines en la silla de la recepción, tras prepararse un café, y se acomodó.

Aunque pensó en acudir a comisaría, se conocía lo suficiente como para saber que no lo iba a hacer, mientras por su cabeza pasaba una y otra vez la foto de Maxi, sano y feliz, agarrado a los hombros del indeseable que la empujó contra la estantería.

cuando subió a casa al mediodía siguiente ya tenía el ánimo calmado con un seminario que le habían conseguido confirmar desde Adif. No eran más de diez personas, pero aseguraba un lleno durante una semana.

Abel, como había prometido, ya tenía lista la ensalada. Se miró en el espejo de la entrada para comprobar de nuevo que no tenía señales del porrazo de la noche anterior contra el mueble. Se acercó al salón, con la emoción de quien va a desvelar un secreto. Como era costumbre, le dio un beso en la frente a su hijo, que olía a recién duchado.

—¿Qué tal el curro?

—Hoy he estado a tope. Mi compa tenía médico y he estado solo media mañana. —El chaval, con los diecinueve recién cumplidos, se afanaba en mostrarse fuerte cara a una madre que no estaba convencida de que empezase tan joven a trabajar.

—Vas a tener que pasarte por el hotel, tenemos a diez ejecutivos la semana que viene y creo que no funciona el proyector. —Abel asintió con un guiño de ojos—. ¿Me acompañas con una cerveza? —Su hijo negó con la cabeza. Lara trajo un par de vasos y una cerveza de litro —. No me ha parecido muy rotunda tu negativa. —Él sonrió—. Tengo noticias frescas. —Llenó los dos vasos a la mitad—. ¿Un brindis?

Remolón en el sofá, con los auriculares y el móvil, Lara se acercó y le dio de nuevo un beso en la frente. Él le devolvió el beso en los labios. Tomó el vaso que le ofrecía su madre y volvió al móvil.

—¿Me haces caso?

—¿Qué pasa? —Dejó, con desgana, el teléfono sobre la mesa.

—Ayer vi una foto de tu padre. —Lara se sentó en el sofá.

Abel se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—Una foto actual. —Él se incorporó—. No de nuestro famoso año en Londres.

Hacía tanto tiempo que no hablaban de Maxi, que la cara de pasmo de su hijo no supo Lara interpretarla. Sí, a ese fantasma ya lo conocía Abel. Ya habían pasado por muchos momentos para volver a esa

figura, a lo que dejó, a lo que supuso. Sin embargo, el holograma se hacía carne. Al menos se hacía foto. De pronto, aparecía una prueba.

—¿Cómo puedes estar segura, mamá? —Ella también se hacía la pregunta—. Hace veinte años desde la última vez que lo viste.

—Estoy segura, hijo. —Dio un sorbo largo y volvió a llenarse el vaso—. Esa sonrisa es inconfundible. —El embobamiento del chaval le provocaba ternura—. ¡Eres tú con veinte años más! La misma frente. —Hacía gestos exagerados con sus manos, como si su cabeza midiese metro y medio.

—No me comas el tarro. —Se señaló la cabeza, con gesto cómico.

—¿Quieres que te vuelva a enseñar las pocas fotos que tengo de él cuando tenía tu edad?

—No alucines, mamá.

La interrogó acerca de la foto. Ella le habló de una pareja de hombres agarrados por los hombros.

—Tu padre era mucho más alto, y sonreía.

—¿Y dónde estaba esa foto?

—En la casa del más bajito. —Su expresividad le hizo colocar las manos a un metro del suelo. Abel sonrió—. Un enreda que conocí por Tinder y ayer por fin me convenció para ir a cenar.

—Ya vi que te pusiste de punta en blanco. —Le divertían esas conversaciones sin censuras con su madre.

—Hacía semanas que nadie me sacaba de paseo. —La cerveza se le subía a la cabeza—. Qué tío más desagradable. —Abel le invitó a seguir, con la mirada—. Habíamos bebido mucho cuando vi la foto. No sé cómo pude subir a su casa. Él se había ido al baño y llegó en calzoncillos. ¡Con unos costurones en el pecho! —Señaló del cuello a su barriga e hizo gesto de sentir un repeluco—. Justo después de haberme topado con la imagen de tu padre. —Soltó una carcajada—. Ay, qué situación, Abel. —No quiso hablarle del empujón contra la estantería, al menos aún no—. Un pánfilo, hijo.

—¿Te lo tiraste?

le podía la pereza. Tan solo salir de casa y caminar los tres metros que le separaban de la puerta del hotel se le antojaba un suplicio. Le dolían las costillas de la noche anterior. El hotel estaba vacío, las mesas para esa noche en el restaurante eran escasas. Saberse prescindible le inquietaba tanto como impotencia le producía confirmar que no podía hacer nada productivo esa noche. Tras recoger la cocina se fue a la cama. Desde el pasillo observó, sin ser vista, a su hijo barriendo el salón. La emoción le subía por las piernas.

Hacían buen equipo.

Todo factor externo la atormentaba porque podía romper el equilibrio exquisito que habían conseguido establecer. Los cambios, sin embargo, ya aparecían amenazantes en el horizonte inmediato.

Con la novela de Sara Mesa a medio terminar en sus manos y tumbada en diagonal, Abel llegó con la escoba y se sentó en el hueco libre de la cama.

—¿Estás bien?

La escena de su hijo a su lado la conmovió. Unas lágrimas desconocidas salieron de sus ojos, sin obedecerla. Con movimientos torpes, Abel le enjuagó el llanto. Lara apagó la mirada para dejarse acariciar.

—Llevo años pensando que estaba muerto.

Su hijo le tapó con suavidad la boca.

—Duérmete, mamá.

La sinrazón de no controlar su vida era un revoloteo que inundaba toda la habitación. Esa foto era un golpetazo a las certidumbres que había ido trabajando durante media vida. Maxi vivía ¡y no estaba en Estados Unidos! Y estaba sano, y sonreía en la foto.

—Si se curó, ¿por qué no me llamó?

Sabía que Abel no contestaría, casi que ni quería conocer su opinión. Todo le provocaba dolor en ese momento. El movimiento suave del colchón al levantarse Abel, el ruido de las persianas bajando y el caminar arrastrado de su hijo le llevaron a dormir su desasosiego.

un sonido repetitivo que se introdujo en sus sueños la despertó. Alguien llamaba a la puerta de entrada con golpes secos.

—¡Merche! —Se alegró al ver a la propietaria de su apartamento, una mujer bien entrada en los setenta, maquillada y perfumada—. Perdona, estaba dormida.

—¿A estas horas, Lara? ¿Va todo bien?

—Sí, claro. Anda pasa. ¡Qué guapa te has puesto! —La señora venía cargada con una bolsa, que Lara tomó y colocó sobre la encimera, segura como estaba de que se trataría de algo comestible—. Voy a tener que bajar al restaurante por alguna cerveza, me bebí la última este mediodía.

La casa, fría, ya no tenía restos de vida, aunque aún olía al perfume de su hijo. Las ventanas ofrecían una tarde moribunda. El agua caliente la despejó de la resaca mañanera. No imaginaba mejor plan que una cena informal con su vecina, que la esperó sentada en la cocina mientras ella se vestía.

—¡Ya mismo estoy!

Frente a un espejo que le pedía algo de colorete en las mejillas,

trató de repasar la conversación de horas antes con Abel.

—¿Cómo está mi valenciana favorita?

—Hecha un lío, Merche. ¿Y mi casera?

—¿Recuerdas que habíamos quedado para cenar?

—¡Claro! —Lara mintió, su cabeza había perdido la memoria inmediata con el episodio de la foto.

—Deseando hacerte estas coquinas. —La mujer se levantó y abrió la bolsa, con su sonrisa impecable de dientes simétricos—. O que me las hagas tú.

—¡Qué pinta tienen! Yo no tengo ni idea. —Hizo aspavientos con las manos, aún estaba dormida—. Esas almejas no existen en mi tierra.

Las tardes con Merche se habían convertido en un paraíso sin leyes que se regalaban sin previo aviso. Sobre la marcha se buscaban, con la ventaja que les daba saberse en el privilegiado espacio de quienes no temían decir que no.

—¿Qué tal tu hermana? —preguntó Lara, con la cerveza helada ya en la mano.

—No nos va a dar tiempo a quitarle la arena. —Merche buscaba una sartén.

—¿A quién?

—A mi hermana, Lara. —Soltó una carcajada exagerada—. Que me temo que las coquinas traen mucha arena. Mira. —Le señaló el fondo del agua en la bolsa.

—Tengo una tortilla riquísima del restaurante del hotel en la nevera, así que no te preocupes si las coquinas salen con arena.

Merche dio un sorbo a la copa de Manzanilla que Lara compraba para ella.

—Mi hermana ha estado hoy graciosa, Lara. —Soltó una carcajada indefinible—. Más perdida tiene la cabeza y mejor me lo paso con ella.

—Muy duro, ¿verdad?

—Mucho. —Merche enfrentó su mirada.

—Yo a veces pienso que es una suerte que mis padres muriesen tan pronto…

—No seas burra, Lara.

—Veo tu situación, la de Reyes con su madre… y se me cae el alma al suelo.

—Yo echo unas tardes preciosas con mi hermanita, no te creas. ¿Dónde metes el aceite?

—Debajo de la vitro.

No fue hasta que le metieron mano a la tortilla cuando Lara le narró la cita del día anterior. A Merche el relato le afectó enormemente.

—No sé cómo tienes valor para meterte en casa de un desconocido nada más conocerlo.

—Yo iba lanzada, Merche. Que hace tanto tiempo que ni me acuerdo. —Trató de recordar—. Y el tío estuvo majete durante la cena, no creas.

Entonces le contó entre risas el momento foto. Merche, analfabeta de ese pasado londinense, se reía con el gesto cambiado.

—¿Pensabas que estaba muerto? —No ponía en pie la historia.

—Hace tres años que no recibía noticias suyas. Vivía en Estados Unidos y había vuelto a recaer. No sé cuántas operaciones llevaba ya encima.

La tortilla terminó antes de que Lara llegase a narrarle esos tiempos en los que disfrutaban de días casi adolescentes en un Londres helado.

—Yo empecé a trabajar en una creperie al día siguiente de llegar. —Dio un sorbo a la cerveza—. No quiero ponerme a llorar como este mediodía, ¿sabes? —Su vecina, en un gesto inesperado, le tomó la mano—. ¿Me dejarás que te cuente toda esta historia en otro momento?

—Cuando quieras, Lara.

A Merche podían venirle mil preguntas, pero ella quería controlar los tiempos.

Se había prometido muy seriamente no volver a hablar de él.

con toda la intención, le preguntó:

—¿Andaluz?

Maxi sacó la cabeza de la carta, extrañado.

—Pero si te he hablado en inglés.

—Dios mío. ¿A eso le llamas inglés? —Le enamoró su carcajada—. Es la tercera vez que vienes esta semana, y el otro día te escuché hablar por el móvil. —Le limpió una mesa ya limpia—. ¿Otra vez la completa con huevo?

—Había pensado meterle algo de nata y champiñones.

—Pídete la de salmón —Lara le guiñó el ojo—. Insuperable. —E hizo el gesto de chuparse los dedos.

No hacía una semana que Maxi estaba en Londres. La emoción de haber conseguido una plaza en la facultad de Físicas era tan poderosa que cualquier novedad la convertía en una señal. Lara, así, se transformó en un hada madrina que, de pronto, había aparecido por ensalmo para cuidar de él.

—¿A qué hora sales?

Esa tarde fue un sucumbir a la magia de los jardines de Kensington de la mano de una mujer libre que le escuchaba sin prisas. No le habló en ningún momento de los mil miedos que lo atenazaban, porque ese día supo que ella estaba dispuesta a cuidar de él sin condiciones.

—¿Y qué hace una valenciana tan joven buscándose la vida en Londres?

—Vivir sin más.

Vivir sin más. Ésa era Lara. Eso le enseñó. Vivir sin más.

No hizo falta dar muchas explicaciones para que comprendiese que era un empollón, que sus buenas notas lo habían llevado a ese centro universitario de excelencia, que su familia pertenecía a la clase alta sevillana y que quería volar. Maxi no volvió a encontrar a nadie que le abriera su corazón como ese día. Sin preguntar. Lara escuchaba sus nervios, le reía las gracias, miraba a la copa de los árboles sin miedo al silencio del primer encuentro.

—Nunca fui buena estudiante, pero siempre se me dieron bien los idiomas. —Lo miró de soslayo—. Tu inglés es perfecto, no tiene ningún acento. —Los dos sabían que era así—. Pero tenía que encontrar una excusa para atacarte en la creperie, y al escucharte hablar en español por el móvil supe que eras andaluz.

Maxi rio.

—Acordé con mi compi italiana que yo sería la próxima en servirte. Nos cambiamos las mesas. —Maxi evitó decirle que esas cosas no se cuentan en una primera cita—. Para servirte a ti.

—Reyes, a mí me tembló todo el cuerpo cuando leí ese correo.

Su amiga, sin decir nada, mojó la magdalena en su café. La tarde caía lenta en el patio del restaurante donde la había invitado a comer.

—Estoy indignada contigo. —Se atrevió a decir Reyes, inseparable amiga de Lara desde los tiempos londinenses.

Compungida por su propio relato, Lara echó su espalda hacia atrás, comprensiva con esa reacción. El silencio era difícil de romper para ninguna de las dos.

—¿Sabes? —Reyes se lanzó—. De pronto se me viene abajo todo. Es como si ahora mismo estuviera con una desconocida, una actriz, una mamarracha. Por Dios, Lara, que te he contado cada detalle de mi infancia de mala muerte en Torreblanca, del maltrato psicológico del puto irlandés, de cada postura en la que he follado con cada tío…

—Lo sé.

Le intentó tomar una mano que Reyes escondió.

—A ti te escribe el padre de tu hijo para decirte que se está muriendo y resulta que eso se te olvidó contármelo. ¡No me jodas!

—Estoy aquí en Sevilla por ti, eres mi mejor…

—¡Y una mierda soy yo para ti! —Reyes se crecía, enrabietada a cada palabra—. Qué decepción, por Dios. —Las lágrimas se le saltaban.

—Quise olvidar todo eso, Reyes. —Las lágrimas se contagiaban—. Cuando te conocí ya había conseguido cerrar ese capítulo. —Su amiga la imitaba con caras melodramáticas—. Estuve en tratamiento psicológico para salir de ese pozo. —Era mentira.

—No me creo nada. Ahora mismo no me creo nada de ti. No quiero saber nada de lo que pasó luego, ni por qué no se murió, ni si se te apareció luego, ni si tu hijo no sabe nada. Joder, es que me siento totalmente fuera de tu vida. ¿Pagas esto? —Se levantó—. Ah, no, perdona. Que no tienes un duro. —Se acercó a la barra, alisándose la falda.

Hizo por salir por la puerta trasera para no despedirse de ella. Lara, bloqueada, quedó sentada allí hasta que cayó la noche. No tenía dinero ni para pedirse un gintónic. Tomó su abrigo, apagó el móvil y se fue. Un paseo hasta Puerta Jerez sin distracciones era medicina necesaria para reposicionarse. Ya no valía buscar a Reyes para decirle que estuvo mil veces tentada de contarle todo lo que trajo consigo ese email, pero cuando las cosas no se hacen a su debido tiempo la rueda

de pelusa se hace cada día más grande, como para justificar que no era transcendente mostrar su interior a quien tenía por hermana.

Abel le tenía preparada una cena de ensalada de endivias y dátiles, un vino abierto, música de Adriana Calcanhoto.

—¿A qué huele aquí? —preguntó, nada más acercarse al salón.

—¿Ves esta mesa preparada por tu hijo y eso es lo que se te ocurre preguntar?

Lara se tapó la cara.

—Perdona, hijo. He tenido bronca con Reyes y ando descolocada. —Le dio el beso de siempre en la frente—. Pero ¿a qué huele?

Con cierta desidia guasona, Abel le mostró unas barritas incandescentes de sándalo.

—Ése era el perfume del baño de Londres, ¿verdad? —Abel se sonrió—. Qué mesa más bonita, hijo. ¡Mi ensalada de endivias! —Dio un saltito de alegría.

—¿Qué te ha pasado con Reyes?

—Lo que tenía que pasar antes o después. Nunca le hablé de tu padre, ni de los correos…

—Vaya, que nací del espíritu santo.

Lara soltó una carcajada, que necesitaba para romper la noche.

—No seas tonto, simplemente le dije que fue con un rollete de aquí te pillo y aquí te mato.

—Un putón verbenero mi madre.

Le dio un palmetazo sin fuerza en la barriga a su hijo.

—¡Machista! —Se sentó a la mesa, sin quitarse siquiera los tacones —. Ya hubiera querido yo ser una fresca.

el primer piso que compartieron, en Bromley, lo pagó ella durante los dos primeros meses.

—He sido yo la que te he sacado de ese puñetero colegio mayor.

Los dos años de más de por entonces eran un abismo que la posicionaban como hermana mayor, además de amante. El cuerpo de hombre a medio hacer la volvía loca y Maxi se entregaba a un sexo pasivo sin pudor, dejaba que ella lo revoleara, lo pusiera encima, abajo, de pie o sentado.

—Mi sueño era desvirgar a un tío —le soplaba a los oídos—. A ti te desvirgo cada noche, eres carne fresca, te comería entero.

Esas tardes lujuriosas de buscarse por todos lados finalizaban en noches exhaustas de dormir abrazados, con varias alarmas en sus despertadores.

—¿Por qué Físicas? —le preguntó, una de las mañanas, en el desayuno, cuando aún la ciudad no se había despertado.

—Porque soy curioso —respondía, sin ánimo de arrogancia, Maxi.

Lara le dejaba, siempre, unos minutos de silencio, en los que él acababa cayendo.

—Además… me gustaría ser investigador, descubrir alguna teoría, viajar por el mundo.

Tomaban el mismo metro, a pesar de que eso obligaba a Lara a dar un paseo de más de una hora hasta que abría la creperie para los primeros desayunos. No cambiaba por nada ese rato abrazada a él en el vagón, las carreras para conectar con la línea Piccadilly en Leicester Square, los cafés en vasos de cartón de la estación de Gloucester Road.

En preguntas atrevidas, Maxi pronto comprendió que tras la Lara camarera había una cabeza muy bien amueblada. Su error fue pensar que toda persona inteligente debía estudiar una carrera universitaria para no ser un desperdicio, cerrazón que provocó más de un conflicto con una mujer que se abría al mundo sin querer que nadie le dijera cómo abordarlo.

—Me gustaría dirigir mi propio hotel —le confesaba, cuando la segunda copa de vino le subía a la cabeza en las cenas desordenadas que se preparaban en la pequeña mesa de cocina del apartamento de la calle Widmore.

—Para eso tendrás que estudiar —razonaba Maxi.

Lara sonreía, sin darle la razón, convencida de que su futuro estaba marcado en oro gracias a su habilidad para enfrentar los retos.

En varios meses solo se separaron semana y media en Navidades. Maxi tiró para Sevilla y Lara le hizo creer que ella haría lo propio hacia Valencia, sin querer explicarle que su determinación de no volver a su tierra era mucho más potente de lo que ella misma imaginaba. El no querer hablarle de ella, de su familia y sus circunstancias, hacía que pasara de largo en sus preguntas hacia las relaciones de Maxi en Sevilla. Si supo que era hijo único fue porque él se lo dijo, si confirmaba que su padre se dedicaba al negocio inmobiliario es porque Maxi lo nombró alguna vez de pasada. Intuía una madre culta, una infancia viajera, unos modales exquisitos o un amor por la lectura no porque ella preguntase.

—Me flipa escucharte, Maxi.

Él enrojecía, y le decía que le gustaba la expresión en ella al mirarlo.

—Cómo me cuidas…

Lara no quería decirle que no le gustaba esa expresión, porque entonces tendría que explicarle que llevaba toda su adolescencia cuidando sin remedio.

Fue al acercarse las vacaciones de verano, con los exámenes de Maxi aún sin terminar, cuando todo, definitivamente, se precipitó.

—Me dijo que le temblaban sus dedos al teclear —le contó Lara a un Pablo ya sí concentrado en ella—. Así empezaba su email. Ni hola, ni qué tal. Yo le suplicaba que me pasara un teléfono. El suyo había dejado de funcionar desde la misma noche en que llegó a Sevilla. Podía entender que quisiera ahorrarme su dolor, pero yo le ponía en letras bien grandes —Lara gesticulaba con sus manos bien abiertas—, que yo estaba aquí. —Se agarraba el corazón.

— ¿El tumor era maligno? —Pablo, desconocedor del pasado de esa valenciana que no hacía muchos meses encontró por primera vez en su librería, trataba de poner orden a su relato.

Lara asintió.

—En la cabeza… como una pelota de golf. Le pedía simplemente el nombre de un hospital. Me sé de memoria desde entonces los hospitales de Sevilla, porque llamé a todos. Yo le preguntaba ¿quién cuida de ti? ¿Tienes dolores? ¿Qué tratamiento te van a aplicar? Pero nada. Me pedí dos días de permiso en la creperie, no estaba para nada. El apartamento lo tenía patas arriba, organicé no sé cuántas veces sus cosas. Su ropa, sus apuntes, sus zapatos. Todo me olía a él.

— ¿Nunca respondió a ese email?

—Sí. —Lara buscó unas servilletas para secarse los mocos—. Pero mucho después. Nunca me sentí tan sola, Pablo. Echaba de menos verlo sentado en la cocina mientras le preparaba la crema de zanahorias que a él le gustaba, una receta alemana de su madre que me enseñó, mientras él estaba allí, en la cocina, concentrado en sus estudios. Yo le supliqué que me diera una forma de contactar con su familia, un hilo del que tirar, pero lo metieron en el quirófano para quitarle el tumor y, cuando supe de él, yo ya lo había dado por muerto.

las rosquillas de Merche, cada dos o tres mañanas, eran tradición.

—Tú las pones en el buffet del desayuno. —Le insistía a Lara.

—Pero ¿cómo voy a poner en el buffet algo que me regalas, Merche?

—Toda contribución es poca para tu negocio, y a mí me sirve para pasarme por aquí y tomarme un café contigo, que no imaginas lo que me alegra cada mañana este ratito. —Lara sabía que había mucha

verdad en sus palabras—. Ya que me pongo a hacer rosquillas para nosotras, pues alguna más caerá para los clientes.

Tras sentarla en la mesa de siempre, Lara llegó con los cafés.

—A mí también me da la vida este desayuno contigo, Merche.

—El día que moleste, me lo dices.

Lara le tomó la mano como mejor respuesta.

—Me quedé impresionada con la historia del hombre de la foto —reconoció Merche—. ¿Abel sabe que es su padre? —Lara asintió—. Me encanta la relación tan madura que tienes con tu hijo, ¿sabes? —Lara volvió a tomarle las manos, la mañana era la propia de emociones encontradas—. ¿Por qué no viniste a Sevilla a buscarlo? Hay muchos aviones al día desde Londres…

—A Maxi se lo llevaron sus padres a Estados Unidos, Merche. A una clínica oncológica de Boston. Nunca quiso decirme la dirección, por temor a que yo apareciera por allí.

— ¿Temor a que apareciese la madre de su hijo?

—Él no sabía por entonces que iba a ser padre. ¡Demasiado tenía con el tumor de la cabeza!

Merche agachó la cabeza, Lara seguía teniendo su mano entre las suyas.

—Ya todo pasó…

descolocada por la falta de noticias de Maxi, un mediodía Lara esperó a que Juliette llegase y le pidió, con la cara desencajada, hablar con ella.

—No puedo más, Juliette.

Su jefa, empática mujer de ojos azules, derramó lágrimas similares a las de Lara sin saber aún qué pasaba. Fue entonces cuando ella le habló, con gestos exagerados, del tumor de la cabeza de su novio, del posible embarazo, de la falta de respuesta de él, de la imposibilidad de localizarlo.

— ¿Cómo te puedo ayudar, Lara?

—No lo sé. —Se le iba la vida en su dolor—. Pero tenía que contártelo. Estoy destrozada por dentro.

— ¿Quieres que bajemos a Sevilla las dos y busquemos por los hospitales?

A Lara esa proposición osada la emocionó hasta lo más profundo.

—Juliette, eres un sol. —No sabía qué hacer con las manos, Juliette se las tomó—. Eres una mujer de diez y una jefa inmejorable, pero acabo de descubrir tu humanidad y…

—Déjate de tonterías, Lara. Vamos a lo práctico. ¿Qué podemos hacer? ¿Quieres irte unos días a España? —Lara no movía la cabeza— ¿Quieres que me busque una sustituta el tiempo que te haga falta? —Lara no sabía qué quería hacer—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Bloqueada, Lara le dijo que todo lo que quería de ella ya lo tenía con esa conversación.

—Seguiré sirviendo las mejores crepes, Juliette. No te preocupes por eso.

Su jefa se levantó y le dio un abrazo que a Lara le supuso un estremecimiento desconocido hasta entonces. Niña de padres viejos, la ternura solo la conocía por televisión.

—Yo viví meses anestesiada, Merche. —Decidió planchar los manteles en casa para pasar una factura menos al negocio, y la casera se había subido su tabla para acompañarla en el empeño—. Había un cibercafé al lado de la creperie y yo iba tres veces al día. Abría el correo, veía que no había noticias y apagaba el ordenador.

—Qué angustia.

—Un día el chavalito que lo llevaba, un paquistaní muy jovencito de turbante en la cabeza, me preguntó si me podía ayudar. Me lo dijo con tanta verdad, Merche, ¡con tanta dulzura!... que le dije que sí, que esperaba con ansiedad un correo desde España.

—Hay gente tan buena en el mundo…

Ni Merche ni Lara ya planchaban, las dos absortas en el relato.

—Así que le di mi contraseña, mi correo… todo. Total, yo había abierto esa cuenta con el único objetivo de poder comunicarme con Maxi.

Sonó el timbre de la puerta.

—Debe de ser Pablo —aclaró Lara—. Le dije que viniera a sacarme a dar una vuelta cuando cerrase la librería.

—Me lo podías haber dicho a mí, y hubiéramos salido a darnos un paseo.

Lara acudió a abrir entre gestos de negación.

—Demasiado me aguantas ya, Merche. Que te tengo aquí planchando los manteles del restaurante.

—A mí me das la vida, Lara. —Pulverizó el mantel con agua destilada y se lanzó de nuevo a planchar—. Para mí poder ayudarte es pura medicina.

Pablo entró entre besos exagerados a Lara, pero se cortó al ver a Merche en el salón. Se hizo un silencio de reconocimiento mutuo.

—¿No te hablé de mi casera, Pablo?

Él se acercó a darle dos besos.

—Yo soy su amigo el besucón. ¿Cómo te llamas?

—Merche.

—Pues eso. —Impostó una voz de galán—. Me encanta besar a las mujeres guapas.

Lara dio dos palmadas.

—¡Venga! Se acabó la sesión de plancha. Vamos a lanzarnos a la calle, que me ahogo aquí.

—Yo termino este mantel y me bajo a casa, Lara, que tengo que

preparar la cena. —Lara la miró, agradecida—. Solo una cosa. —Lara desenchufó su plancha—. ¿El paquistaní llegó a avisarte alguna vez de que llegase algún email?

—Sí, Merche. El del turbante llegó con la cara desencajada tres meses después.

—Yo no pude decirle en ese email que estaba preñada, Pablo.

—Tal vez fue lo mejor que podías haber hecho, antes de que entrase en el quirófano.

Sí. Eso ya lo había pensado ella. Pero entonces consideró que no era justo. Maxi se enfrentaba a la muerte cara a cara con veinte años, estaba a unas horas de ser operado con todo el dramatismo de un sí o un no.

—Hace frío aquí, ¿verdad?

Pablo le pasó su jersey, sin querer decirle que el frío le venía a ella de dentro. Lara se lo colocó, con una sonrisa dulce de agradecimiento. Estaba aprendiendo a contar su pasado más crítico, y lo compartía sin solución de continuidad con su casera o con el librero, que parecía amigo del alma y al que no conocía de más allá de unos meses, cuando su verdadera preocupación debía estar en sacar a flote un negocio en el que le iba el futuro. No tenía otro asidero que ese hotel en una ciudad que no era la suya.

—Él tardó tres meses en escribir, Pablo. —No estaba dispuesta a llorar—. Para decirme que estaba vivo después de no sé cuántas complicaciones y semanas en la UCI. Yo no sé si debí haberle dicho que iba a ser padre, porque ese hijo había decidido tenerlo yo sin consultarlo con nadie, ni siquiera con él. Lo quería tener y punto. Quería un hijo de forma enfermiza, porque no quería volver a pensar en nadie con mi infancia y unos padres medio viejos. —Hizo una pausa para darle su lugar.

—Ya…

—¿Realmente piensas que debería haberle dicho a un tío que está cagado de miedo que yo he tenido la desvergüenza de tener un hijo suyo porque me salía del coño?

Pablo la miraba sin responder, sin apartar sus ojos, pensaba en sus padres de Huelva, en el desprecio hacia su homosexualidad, su vida a la carrera, los garitos de gente pasada de alcohol, los cuartos oscuros. ¿Qué derecho tenía él a decirle a esa mujer hecha a sí misma, sola desde la adolescencia en un país extranjero, qué es lo que debía haber hecho?

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a darme una sesión de rayos, Reyes.

—Eres de piel delicada, no necesitas esta mierda.

—O me cobras una sesión o te invito a un desayuno.

—Tú no estás para invitar a nadie, Lara.

—¿Te olvidas de que me he llevado toda la semana con el hotel a tope?

Reyes levantó por fin la mirada del ordenador.

—¡Cómo me alegro!

Las dos sabían que la tensión era artificial, un juego infantil al que se habían entregado para calibrar hasta qué punto se eran necesarias, que era mucho. Sin hablar hasta sentarse, ya Lara se había preocupado de pedir el roiboos de naranja de su amiga Reyes.

—Sí, por favor, son para compartir —indicó a la chica, que traía un plato de pastas.

—¿Y este homenaje? —preguntó Reyes, quisquillosa.

Pasar por las disculpas esperadas no era una opción para Lara a esas alturas de la película. Lo más apropiado, pensó, era dar un giro de timón que enganchara de nuevo a Reyes a su causa.

—A mí se me jodieron todas las historias cuando saqué a la luz a Maxi. —Reyes la miraba, sin intención de hablar—. Cuando tú apareciste ya se había convertido en un tema tabú incluso para mí. Yo misma me encargué de autoconvencerme de que Abel no fue sino el resultado de un polvo de verano.

—Yo no era ningún ligue al que tuvieras que guardarle un secreto, no sé si me explico.

—Todo el mundo durante años se dio el gustazo de perdonarme la vida por mantener una relación tan enfermiza.

—¿Enfermiza? Era el padre de tu hijo.

—No sabes de la misa la mitad, Reyes. No imaginas la de tonterías que yo he llegado a hacer por él.

Reyes comía las pastas de dos en dos. Se derramó la infusión encima.

—Me cago en la puta, joder.

—¿Vas a ayudarme a encontrarlo?

—Ni muerta.

—Sé dónde vive el de la foto, se nos puede ocurrir algún plan.

—¡Ni se te ocurra volver a quedar con ese mamarracho, Lara!

La última frase sonó altísima en la bóveda de la cafetería. Las dos callaron y se echaron hacia atrás en sus sillas. Una risa, contagiosa, se le escapó a Reyes. A Lara se le subieron los colores y ya no pudieron parar de reír.

Lara se había llevado casi a rastras a Merche.

—Tienes que salir de tu cueva, que tienes la piel blanca como la leche. ¿No te han dicho lo importante que es la vitamina D para evitar la osteoporosis?

—Soy medio alemana, Lara. Mi piel siempre ha sido así.

—Este hombre es un encanto, ¡ya lo conoces!

—¿Le has dicho que vamos?

—¡Que sí, mujer!

El gran salón de la casa de Pablo estaba solo iluminado por velas. Lara se sintió terriblemente feliz por un instante. Era la primera vez que la invitaban a una cena en un domicilio particular desde que se instaló en Sevilla y, si algo tenía claro, eso era el que necesitaba integrarse sí o sí en una ciudad de la que no podía escapar, por contrato.

—Sí, Pablo. El regalo del hotel tiene una cláusula perversa. —Pablo y Merche la miraban con una atención que exageraba el brillo de la luz de las velas en sus ojos—. Debemos mantenerlo como negocio propio durante veinte años. Hasta que Abel cumpla los cuarenta.

—¿Me estás vacilando?

—Que sí, tío. ¡Lo que oyes! —Le salió una carcajada justo del centro de los pulmones—. ¿Cómo te quedas, Merche? —Merche sonrió y dio un sorbo a su vaso de agua, sin saber qué decir—. Fue el regalo que le ha dejado en herencia Maxi a su hijo, a través mía. Si lo piensas, no está mal tirado…

—Obliga a que Abel se quede en Sevilla todos estos años y le coja cariño a la ciudad.

—¡Ahá!

—Y te obliga a ti también —apuntó Merche.

—Exacto. Él sabía que yo dirigía un hotel boutique muy coqueto en el Soho londinense…

Se hizo un silencio a tres bandas. Pensaban lo mismo.

—Pero ahora resulta que no está muerto el padre. —Pablo bajó la música con el mando a distancia, el momento lo pedía—. Una historia surrealista la de este hombre. Su hijo ya todo un hombrecito y él perdido en algún lugar del mundo, pero cuidando de su futuro…

—Cuidando de ti también —comentó Merche.

—Lo que ese hombre me ha aguantado. —Dio un sorbo a su copa —. No me hagáis hablar, que con el vino me vuelvo muy fácil.

—Cuenta lo que nos quieras contar, Lara… —Pablo se levantó—. Pero espera a que traiga unos quesos franceses que me ha traído mi amiga Virginia.

Fue en ese momento cuando Lara les habló de la gran bronca en el

Royal Albert Hall.

—La única vez en un año en que nos levantamos la voz.

—No sería para tanto —intervino Merche.

—Le dije que tenía un micropene y que no me hacía gozar.

—¡Hala! —Pablo soltó una carcajada—. A mí se me acaba de caer el mito al suelo.

—Exageré. —Lara estaba bebida.

—¿Cuánto exageraste?

—Una cosa así. —Marcó con las palmas enfrentadas el tamaño de la exageración.

—Talla media —sentenció Pablo.

Merche agachó la cabeza y Lara lo vio.

—Perdona, Merche. Qué vergüenza… Esto me pasa por beber alcohol.

—No pasa nada —susurró ella…

—Él no paraba de presionarme para que estudiara, para que me hiciese una mujer de futuro, para que no siguiera de camarera… ¡Era muy clasista!

—A un tío al que se lo llevan a una clínica carísima de Massachussets a curarlo de un cáncer, una camarera le debe parecer lo menos…

—Tal vez fuera eso —admitió Lara.

—O tal vez no —terció Merche—. A fin de cuentas, ha estado pendiente de ti todos estos años, ¿no?

Lara dio un último trago a su copa e hizo gestos a Pablo para que no le sirviera más.

—¿Qué había allí?

Lara, feliz y bebida tras la cena, se agarraba al brazo de Merche camino de casa.

—Allí, ¿dónde?

—Donde tengo el hotel. Tú llevas allí toda tu vida, ¿no?

—Ese edificio hace siglos que estaba vacío, Lara. Los bajos sí estuvieron ocupados por una abacería hasta que el pobre hombre se murió, pero los pisos estaban medio abandonados. Alguna vez salían mendigos de allí llenos de polvo. A mí me alegró la vida ver que empezaban las obras, porque siempre he pensado que era un peligro dar pared con pared con un sitio que amenazaba caerse.

Eran esos los momentos en que Lara dudaba de la supuesta maldad de Maxi. El vino ayudaba. Que se metiese en tremebunda obra para hacerle un hotel era una forma excelsa de amor.

—¿Cuándo empezó la obra, Merche?

—Llevó tiempo. Dos años, tres. No te sé decir.

—¿Y tú preguntabas a los albañiles qué estaban construyendo allí?

—¡Pues claro! —Merche, sonriente, se tapaba con la rebeca—. Dios mío, qué rasca se está levantando.

—¿Y qué te decían los albañiles?

—Que estaban construyendo un hotel. Yo les preguntaba de qué cadena, pero no sabían responderme. Muchas veces pensé que paralizaban las obras. Iba como a tropezones.

—Como la vida de Maxi…

—Ya este año vi que terminaría, pero lo confirmé cuando llamó a la puerta la chica que te dije.

—¿La de la inmobiliaria? —Merche asintió—. ¿No tendrías una tarjeta de ella? ¿Una forma de localizarla? —Merche negó—. ¿Qué te propuso exactamente?

—Me dijo si seguía teniendo el segundo piso libre, que querían habilitarlo como vivienda para la futura directora del hotel.

—¿Dijo director o directora?

—Dijo claramente directora, Lara.

—Hijo de puta el tío… —Se agarró aún más fuerte al brazo de Merche—. Estaba decidiendo mi futuro, hasta la decoración de mi habitación, mientras yo tenía mi vida más que hecha en Londres.

A Pablo le gustaba ir a la sauna tras cerrar el negocio al mediodía. Acostumbrado a comer en la librería, había aprendido a sortear la llamada del telediario de las tres, que le adormecía en un sueño pegajoso, para ejercitar una vida sexual despreocupada los días en que pasaba alguno de sus amantes ocasionales por la Híspalis.

—¿Qué haces aquí? —Se terminó de meter la camisa por el pantalón, ya en la calle.

—Qué bien huele ahí dentro. —Lara quiso quitar importancia al encuentro—. Iba camino del Corte Inglés. —Señaló con despreocupación hacia lo lejos—. Y me acordé de lo que te gusta el mariconeo este de la sauna. ¿Te he cortado algún rollo?

—Qué va. Casi que me has salvado. Hoy no había más que un par de viejos verdes.

La esperó tomando un café con croissant en una cafetería de Luis Montoto.

—Toma, una moleskine.

—Pero, bueno… ¿Dónde has dejado esa ruina económica?

—Hemos tenido el hotel a tope, Pablo. Estaba deseando tener un detalle contigo.

Pablo, teatrero, se colocó el cuadernillo en el corazón.

—Estoy un poco de bajón. —No quiso Lara andar con más preámbulos.

—El tipo de la foto —sentenció Pablo.

—El padre de Abel —matizó ella—. ¿Cómo podemos saber de qué fecha es esa foto, Pablo? —Su amigo movía la cucharilla en el café sin saber qué decir—. Me he llevado años escribiéndole sin respuesta.

—¿Tienes su dirección?

—Un email. El mismo desde hace veinte años, cuando casi nadie los utilizaba. A mí me ayudó a crear el mío mi jefa Juliette el día en el que le conté lo de su enfermedad.

—¿De cuándo es su última respuesta?

—De julio del 2016. —Lara bajó la cabeza y se hizo un silencio—. Anoche Merche me contó que las obras del hotel comenzaron más o menos por esa fecha…

—¿Qué te decía en ese último correo?

—Que volvían a complicarse las cosas, que cada vez se veía más torpe, que creía que no iba a salir nunca de la clínica de Boston.

Pablo, conmovido por el tono de su voz, la dejó hablar, mientras daba sorbos a su café. Lara no quiso contarle que hubo un día en que lo repudió, en que maldijo los años pasados sin saber de él.

—Me llevé meses escribiéndole casi a diario. Llegó un momento en que lo hacía ya para mí, ¿sabes? Sin esperanzas de respuesta… Él, siempre, acababa reapareciendo. Pero esta vez no. Ya nunca más apareció, ya lo enterré para siempre. Todos los papeles que firmé para la aceptación del hotel, todos los pagos que siguió enviando, lo tomé como parte de las órdenes que habría dado en su testamento. Entiendo tanto eso de querer enterrar a los muertos, Pablo… Porque a mi muerto yo no lo había sabido enterrar. Le seguía escribiendo con una esperanza vaga de que él o alguien respondiese.

—Hasta la foto.

—Hasta la foto —confirmó ella, con cara de cordero degollado— ¿Me olvido del tema, Pablete?

—Ni de coña. Esto se está poniendo interesante. Déjame pensar… Tómate ese café y vamos caminando al curro. —Pablo se levantó a pagar—. ¿Tú me pasarías su email?

—Claro.

—¿Y el tuyo?

—¡Sí! —A Lara se le iluminó la cara.

—¿Te devuelve algún mensaje de error cuando le escribes?

—No… por eso sigo haciéndolo.

—Pásamelo, Larita… Este no sabe con quién está tratando.

Si algo recordaría Lara de esos meses de espera fue el cariño de Juliette, la propietaria del restaurante.

Las dos, extranjeras en esa inmensa ciudad y suficientemente jóvenes para desconocer los básicos de un embarazo, encontraron pronto la forma de que Lara recuperase la ilusión en esos meses de despiste. Juliette, ingeniera de sonido en una discográfica de Notting Hill, conseguía escaparse para cubrir las visitas médicas de su empleada, atribulada por la emoción de observar cómo Lara se hacía fuerte para no perder el norte ni al niño.

—¿Te has planteado dejar el embarazo para otro momento más tranquilo en tu vida? —Se atrevió a preguntar la francesa.

—Es lo que más claro he tenido en toda mi vida.

Con las semanas, Lara se fue abriendo a ella para compartir sus circunstancias, su egoísmo al no consultar con Maxi sus ideas de ser madre por encima de todo.

Juliette no prejuzgaba, sino la escuchaba cada tarde al volver de su trabajo, antes de cerrar el negocio. La comunicación se hizo biunívoca y así la ingeniera le confesó sus ganas de escapar de una familia ultraconservadora en la que no podía soltar la bomba de su lesbianismo sin causar un estropicio en su futuro profesional. Temía que eso redujera el apoyo de sus padres en la proyección profesional de una chica que era un coco en todo lo que se proponía.

—Monté esta creperie para no tener que depender de nadie, Lara.

En ningún momento, en esos tiempos intensos, hubo el mínimo acercamiento que Lara pudiese entender por ambiguo por parte de Juliette. Era una mujer con mayúsculas e ideas claras que se ofrecía con toda la transparencia.

—No sé si será niña o niño, pero será un poco de ti —le decía Lara, cuando las tardes se hacían más largas y cruzaban Hyde Park para tomar el metro en Marble Arch.

Abel, sin embargo, no retendría en el futuro la cara de Juliette entre sus recuerdos. Londres terminó engulléndose una relación preciosa cuando los destinos de las dos amigas divergieron.

—Estás segura de que es él, ¿no? —Reyes le mostró la pantalla del móvil—. Dices que no mentía con la edad, ¿verdad? —Lara negó con la cabeza—. Hala, pues ahí va. —Pulsó el botón de match—. ¡Qué asco!

Lara, descolocada, dudaba entre buscar argumentos para convencerla de abandonar la propuesta o dejarla seguir.

—Porque yo llegué a hacerme socia del Meetic, pero esto del Tinder no lo tengo para nada controlado. Pudiera ser que él ya me hubiera descartado, ¿no?

—Ya quisiera él poder quedar con alguien como tú, Reyes. Y más con las fotos que has subido. Se te va a llenar el teléfono de moscones.

—Que yo ya tengo a mi musculitos, Lara. No quiero líos. —Soltó el móvil sobre la mesa—. Quedó contigo, ¿no? No será entonces tan feo.

—En esa foto sale mucho mejor de lo que es en realidad. Pero no es cuestión de que sea guapo o feo, ¡es que es peligroso!

—¡Que no voy a subir a su casa, joder! —Se incorporó hacia ella, para tranquilizar su tono—. Vamos a tomarlo como un juego, cariño. Es solo un juego…

—Debí tener más sangre fría —se lamentaba Lara.

Nerviosa por meter a su amiga Reyes en ese escenario, solo recordaba sus 45 años, vagamente el nombre de Gonzalo y una gran afición a la pesca. Lamentaba no haber sabido mantener la sangre fría para haberle preguntado con naturalidad por Maxi, por mucho que la libido se le cayese al suelo al toparse con la foto y ver llegar al tipo con el pecho cosido a machetazos.

—Que no te ponga la mano encima, Reyes.

—¿Cómo reaccionó cuando por fin le contaste lo del embarazo? —preguntó Merche, absorta en el relato de Lara.

—Pensé que muy mal, porque tardó una eternidad en responderme. Puse todo mi amor en escribirle ese email. Le decía que no le pedía nada, que todo era cosa mía, le pedía disculpas, le hablé de mi necesidad enfermiza de tener un niño siendo joven. Un batiburrillo mental, Merche. No sé cuántas veces he leído ese correo y me siguen entrando los mismos calores que entonces. Qué mal lo hice todo…

Con una bandeja de rosquillas, Merche se había presentado en su

despacho una mañana más.

—Como sigas trayéndome estas bandejas se me va a poner forma de rosquilla en la cintura, Merche.

—Tú te comes las que te apetezca y el resto las pones para el buffet del desayuno.

Lara no quiso decirle que ese día no había alojado ningún cliente en el hotel.

—Así que tardó en escribirte a pesar del notición.

—No se lo echo en cara. Con el tiempo me enteré de que tuvieron que operarle de nuevo de urgencia y estuvo desaparecido. Creo recordar que ya por entonces estaba en la clínica americana donde lo trasladaron en cuanto vieron la gravedad del tema.

—Pobre hombre.

Lara no sabía si le venía mal o bien tener todo el día a Maxi en la cabeza, pero sí comprobaba que la escena de la foto la había removido por dentro. Había servido, además, para reforzar los vínculos con los pocos contactos que a esas alturas tenía en Sevilla. Merche, aburrida en su papel de jubilada, estaba haciendo un papel casi maternal en toda esa historia, y de no haber sido por la aparición de esa foto quizás no hubieran encontrado el camino para darse esa compañía que tan bien le venía en esos complicados días en que tirar para adelante con el hotel se le hacía una montaña.

Pablo se apostó en la mesa más céntrica de la terraza para tener un buen campo de visión y se pidió una cerveza sin alcohol. Quería estar bien lúcido por si el encuentro de Reyes se alargaba. La escena en sí le llevaba a tiempos pasados, en los que su vida discurría por toboganes que le hacían sentirse mucho más conectado con el mundo.

Ella, con unos vaqueros ceñidos y deportivas blancas, había preferido no maquearse con uno de sus vestidos de infarto ni calzarse tacones por lo que pudiese ocurrir. Tras asegurarse de la presencia de Pablo, movió las sillas varias veces buscando el mejor ángulo para el campo de visión del librero. Decidió colocarse de perfil y pidió un agua con gas.

Llegar diez minutos antes era una forma de relajar nervios, de controlar el terreno.

Gonzalo, con chaqueta beige y vaqueros, sin causar mala impresión a ninguno de los dos, apareció a la hora exacta.

—Me gusta la gente puntual. —Se levantó a darle dos besos—. Así que empezamos bien.

—Mejor así —respondió Gonzalo, con voz ronca.

Ya a los dos minutos le entraron ganas a Reyes de decirle que la

mirase a los ojos, pero no quería provocar un rechazo prematuro en ese tipo que le hablaba con la mirada puesta en sus tetas, o en sus piernas, acerca del día tan apurado que había pasado por llegar con tiempo a la cita.

—¿A qué te dedicas? —preguntó ella.

—¿Importa eso?

El tipo trató de forzar una sonrisa ante la tensión innecesaria de esa respuesta.

—Si quieres hablamos del sexo de los ángeles —respondió Reyes.

—Pues sí, ¿por qué no? Pero dejamos a los ángeles de lado si te parece. Ya te dije que yo no me meto en Tinder para buscar matrimonio.

—Yo tampoco, Gonzalo, pero…

Pablo, aunque captaba alguna palabra, notaba la tensión en la conversación. Haciendo que escribía un mensaje, tomó una foto de los dos con el móvil, mientras una carcajada de Reyes conseguía tranquilizarlo.

—Yo me he encontrado muchos mamarrachos por el Tinder. No me caigo de un guindo.

—Así que eres una profesional de esto. —Su tono volvía a sonar cortante.

—Yo soy profesional de mi empresa. El Tinder lo uso para echar un polvo cuando no quiero comerme la olla…

—¿Cuál es tu empresa?

—¿Importa eso? —devolvió Reyes, sabiendo que ya la conversación estaba perdida.

Gonzalo se movió en la silla, se bebió de un trago el coñac e hizo el gesto de pedir la cuenta. Era ahora o nunca.

—Tú eres amigo de Maxi, ¿verdad?

Él se revolvió como una fiera.

—¡Quién coño eres tú, hija de la gran puta!

Pablo se levantó de un salto, Reyes levantó las piernas y metió la cabeza en sus rodillas. El tipo arrastró la silla fuera de la mesa.

—¡¡¡Que quién coño eres tú!!!

La mano de Pablo se posó con fuerza sobre su hombro.

—¡Estese quieto, caballero!

Gonzalo lanzó un manotazo contra Pablo que le hizo perder el equilibrio. Consiguió agarrarse a una farola antes de caer. Ya Reyes había salido corriendo y Gonzalo, dudoso, fue a por Pablo.

—¿Qué pasa aquí?

De sus tiempos en los garitos cutres de París, Pablo aprendió bien a dar una patada directa en los huevos a tipos pasados de rosca.

Con el paso acelerado en la primera batida y ya con más calma de vuelta, Pablo recorrió Peñuelas en los dos sentidos, hasta cerciorarse del portal que Lara le explicó. Se trataba de una puerta antigua a la que le habían acoplado una cerradura nueva que había desencajado la madera. Movió primero sin fuerza y luego a empujones, por ver si conseguía abrirla. Nada. Decidió esperar sentado en una de las puertas que le hacía frente, hasta que tuvo la suerte de ver a una anciana entrar, arrastrando su cuerpo tras un andador.

—Déjeme que le abra, señora.

La mujer, desconfiada, lo miró de arriba abajo.

—Soy familia de Gonzalo.

—Mal asunto —respondió ella, que se acercó a pasos lentos hacia su puerta, en el bajo, mientras Pablo subía escaleras arriba a la espera de que la señora desapareciese.

Al oír la puerta cerrarse bajó hasta el rellano para acercarse al buzón. Gonzalo Miravillas. 2ºA. La luz se apagó por completo. Buscó a tientas las paredes y, apoyado en ella, consiguió dar con la salida.

Llamó a Marcos.

—Ya lo tengo. Gonzalo Miravillas. Peñuelas, 2 2ºA.

Como si haber trasteado por espacios oscuros pudiese comprometer a Lara, Pablo se presentó en su casa tras dejar a Marcos en la suya. Ni él le ofreció subir, ni a Pablo le apetecía más un polvo con el policía que una cerveza con su amiga. Que Gonzalo tuviera un historial tremendo en prisión y viviese tan cerca de Lara le hacía temer un encuentro del que tenía que advertirle. Le abrió Abel.

—¿Cómo va ese chavalote? —Le mesó el pelo antes de entrar.

—No te la tienes que dar de machito conmigo —respondió el hijo de Lara, en un tono que a Pablo no le gustó.

—Prefiero no haber escuchado nada, Abel —respondió, seco, en el pasillo de entrada, a oscuras.

—¿Quién es? —gritó Lara desde la cocina.

—¡Es Pablo! —respondió el chaval.

Recién duchada, Lara asomó por la cocina con dos vasos congelados y una sonrisa de mofletes rojizos.

—Moría por unas cervezas contigo.

—¿A qué te crees que vengo? —respondió él.

—Estoy eufórica. Tenemos medio hotel lleno cuando esta mañana no teníamos ni una sola reserva. Mira que he dudado del comercial que fiché, Pablo, pero parece que está funcionando su técnica de meternos en todos los portales de hostelería de internet.

—Ahora tienes que conseguir que te puntúen bien para que tengas visibilidad.

—Eso le he dicho —terció Abel, asomado a la puerta—. Que como le pongan malas críticas se le viene todo el chiringuito abajo —lo dijo con la mirada puesta en Pablo, en una manera torpe de pedir disculpas.

—Tú deberías estar al quite para responder a todos los comentarios que pongan en esas plataformas, Abel. —Le guiñó un ojo, en señal de paz—. Que tu madre es hotelera de pedigrí, pero no se lleva bien con las nuevas tecnologías.

—¿Cómo dices eso? —Le dio un tortazo sin fuerzas en el brazo—. Oye, estás cañón. Vaya bracito que tienes.

—¿Que cómo lo digo? —Pablo quiso medir las palabras, pero sabía de la relación de transparencia que Lara mantenía con su hijo y le apetecía que este estuviera al tanto—. Si te manejaras medio qué con el Tinder, por ejemplo, no te daría por quedar con un delincuente, para una vez que quedas.

Lara dio un golpetazo involuntario con el vaso de cerveza en la encimera.

—¿Un delincuente? —Pablo asintió, Abel entró en la cocina y se sentó—. ¿Qué tipo de delincuente?

—¿Recuerdas que me dijiste que su casa estaba en la calle Peñuelas? —No quiso contarle acerca del incidente con Reyes, que habían decidido ocultarle—. Pues, entre que la calle es corta y que el tipo se llama Gonzalo, Gonzalo Miravillas, no me ha costado mucho dar con su buzón. Luego he tirado de agenda. Suerte que tengo de tener un follamigo policía. —Miró con decisión a Abel, que se reposicionó en la silla—. Nos hemos acercado a comisaría y él ha visto su historial. Ha estado cinco veces en prisión, dos de ellas por delitos de violencia contra mujeres. —Lara se puso la mano en el corazón—. Así que ten cuidado. Ese tipo vive a tres calles de aquí.

—Borré el Tinder, Pablo.

—Pero lo volverás a instalar. Yo borró el Grinder cada dos días y cada tres lo vuelvo a abrir cuando me entra el calentón. —Miró a Abel, con la duda de si estaría apretando demasiado el acelerador—. Estos tíos tienen el ego muy alto y no admiten un desprecio. Es muy fácil poner una foto que no sea suya para camelarte.

—No quedaré con nadie en un sitio peligroso.

—Cuando quedes, me lo dices, mamá —intervino Abel.

—No quedaré con él, cielo.

Se hizo un silencio entre los tres.

—¿Tienes una foto del padre de Abel, Lara?

Ella negó con la cabeza, con la mente puesta en alertar a Reyes de que no se le ocurriera quedar con el tipo de las cicatrices, sin imaginar

que su amiga ya se hubiese adelantado.

Merche apareció cuando las cervezas habían hecho olvidar el susto de Lara acerca de Gonzalo.

—A esta hora no puede ser otra que mi casera —aclaró Lara a Pablo, cuando sonó el timbre.

—Pero ¿qué hora es? —Miró el reloj y se levantó—. ¡Me largo!

—Quédate un rato, no seas tonto. Creo que sabe que estás aquí. Ya la conoces, es un amor.

Pablo aprovechó para investigar en la nevera algo que comer. En realidad, le apetecía volver a charlar con Merche.

—Qué buen rato echamos el otro día en casa —comentó Pablo, con la lengua floja de las cervezas, al darle dos besos.

—Espero haberme comportado bien esa noche, para que me vuelvas a invitar. Qué casa más bonita tienes. Como buen gay —sentenció.

Lara cruzó una sonrisa, con una mirada, a su amigo.

—Pablo ha venido a traerme noticias fuertes.

Se hizo un silencio, que Lara aprovechó para servirle una copa de Manzanilla a Merche.

—¿Novedades del de la foto? —preguntó, confusa, la casera.

Pablo, despistado, miró a Lara.

—Lo sé todo, señorito. Recuerda que incluso sé que llevas una librería, que has vivido media vida en París y que tu amante se suicidó en un hotel de lujo. —Fue entonces Pablo quien quiso matar a Lara—. Que tu amiga habla por los codos.

—No, Merche… no tiene que ver con Maxi —Lara quería imponer algo de seriedad, pero le salía la risa—. A ese hombre ya lo voy olvidando poco a poco… —Merche puso sobre la mesa de la cocina la bolsa que traía y sacó un táper con encurtidos—. Qué hambre, por favor…

—Venía a que me terminaras de contar la historia del otro día, pero no contaba con que estuviese aquí el librero.

—El librero gay —sentenció Pablo.

—¿El librero gay sabe que le escribiste a Maxi para decirle que iba a ser padre? —Lara y Pablo asintieron—. Pues eso… que el otro día me dejaste la historia sin terminar. —Merche buscó un plato donde vaciar el táper—. Anda, sentaos. Y termina de contar, mujer. ¿Cómo reaccionó?

Lara tomó un palillo con una gilda. Cerró los ojos por el fuerte sabor a vinagre.

—Cuando me escribió, yo ya estaba embarazadísima. —Apagó la

luz del techo y encendió una lamparita junto a la máquina de café. Lara se sentía fuerte. Feliz en cierto modo en ese rincón de la cocina, con la sensación de estar, ahora sí, encontrando una familia nueva—. Maxi reaccionó con euforia. Estaba recién salido de su segunda operación a vida o muerte, con medio cuerpo inmovilizado y sin poder articular palabra. Pero me dijo que todo se le olvidaba al pensar en mí y en nuestro futuro hijo. —Pablo y Merche permanecían embobados —. Y quiso enviarme dinero.

—¿Lo aceptaste? —preguntó Pablo.

—Era su hijo —respondió Lara, para evitar decir que sí.

—Lara es su nombre, ¿verdad?

—¿Qué pasa con mi hijo?

En ese preciso instante, Lara fue consciente de que su vida acababa de quedar marcada. Todos los dolores se le fueron y el sudor ya no era provocado sino por el terror.

—Su hijo tiene todas las constantes vitales bien. Está sano. —El médico hablaba con lentitud, para evitar que Lara no lo entendiese—. Usted vive en el Reino Unido, ¿verdad?

—¡Qué le pasa! —Lara se incorporó como pudo.

—El parto ha sido muy complejo, como ha podido usted misma sufrir. El crío venía muy mal posicionado y se le han dañado un poco las caderas durante el parto.

—¿Cuánto es un poco?

—Pensamos que nada que no pueda solucionar un período largo de rehabilitación. Quizás alguna operación menor cuando esté mejor formado su cuerpo.

—¿Va a quedar inválido?

—No, señora. No se ponga en lo peor. Va a ser un niño feliz, no hay motivos para que no lo sea. Todo lo demás está bien, tiene un peso adecuado y todas las constantes están muy bien.

—Dénmelo, por favor.

—Ahora se lo traen, pero no conviene que lo tome entre sus manos. Puede hacerle daño. Estos momentos son muy críticos.

Lara se encontró más sola que nunca en su vida, ni siquiera el último suspiro de su madre le dejó tal sensación de orfandad. Años más tarde explicaría que en esos segundos tuvo un instante extraño de felicidad suprema, porque comprendió que el amor hacia su hijo iba a dar sentido a todo.

—¡Quiero verlo, por favor!

Pablo se fue, tras anotarle a Merche un listado de los diez libros que más le habían marcado en su vida.

—Viniendo de un librero, esto es un lujo —agradeció la señora.

Lara, aunque ya había oído de boca de Pablo de la mayoría de esas novelas, lanzó una foto con el móvil al papel con las anotaciones.

—Tienes una letra preciosa, hijo. No te falta de nada para ser perfecto.

—Me falta un maromo que me espere en casa. —Soltó una carcajada y repartió besos antes de salir.

—Limpio el táper y me voy, Lara, que tienes que estar reventada.

—Tranquila, Merche. Esta es la mejor hora del día. —Fue apagando luces de la casa—. Me voy a preparar un gintónic para ya dormir a pierna suelta. ¿Quieres uno? —Merche rechazó el ofrecimiento con gestos bruscos y una sonrisa—. ¿Un té?

—Un té, sí.

La vida en esa casa se hacía en la cocina. Daba a un patio interior silencioso y la atravesaba una corriente fresca la mayor parte del año. Tan amplia como el salón, a Lara le recordaba la casa de campo de Náquera, donde pasó los veraneos de su infancia.

—Esta casa me trae recuerdos de cuando era pequeña, ¿sabes? —Merche se secó las manos en un trapo y se sentó, mientras observaba a Lara recortar rodajas de limón para su gintónic—. ¿Te apetece una rodaja en tu té?

—Claro. —Merche la observaba, ensimismada.

—Mis padres tenían una casa de veraneo a las afueras de Valencia. Llena de naranjos, de jazmines, con un pozo en el patio. Una delicia.

—¿Aún la tenéis?

—¡Qué va! —Lara se arrepentía de sacar a la luz historias que no había sabido cerrar en su interior—. Creo que se malvendió. A mí me tocó la quinta parte, y pienso que a la casa podría habérsele sacado el triple. Mis hermanos se lanzaron a por ella como alimañas en cuanto mi madre murió.

—¿Qué le pasó a tu madre?

Lara sacó unas pastas, de entre los cajones buscó un mantel individual, donde colocó la tetera y una de sus tazas londinenses.

—Se quedó dormida en misa, con una embolia cerebral.

El silencio, en esas horas de la noche, se apoderó de todo lo cercano. Lara daba sorbos a su copa, a la que le echaba más tónica

para bajarle el alcohol. Se sentía bebida. Siempre tuvo miedo a esa sensación de bienestar que le provocaba el alcohol, porque amortiguaba sus hechuras de mujer roca que había sabido construirse. Merche le regalaba su silencio con soplos a la taza de té para así abrirle las puertas a que siguiera hablándole de esa madre muerta, de su carrera hasta la iglesia, del beso helado sobre su frente a la mañana siguiente. No quería seguir por ahí.

—A mí me vino bien el dinero después de todo, Merche. Yo acababa de parir a Abel. Cuando me dijeron lo de las caderas yo me quise morir.

—¿Las caderas?

—Para mí es una alegría que lo de las caderas te suene a chino, ¿sabes? —Se sentó por fin frente a ella—. Hubo complicaciones en el parto. El niño estaba mal situado, hubo muchos problemas para sacarlo, y le dañaron por dentro. —Le salió la lágrima que siempre le salía al recordar esos momentos—. Claro, no me lo dijeron así. —Levantó la cabeza y vio a Merche llorando—. Pero ¡bueno! Que mira cómo está mi hijo. Arrastra una mijilla la pierna derecha, pero está como un roble.

—Tendré que fijarme, Lara, yo no he notado nada. —Las dos sabían que mentía—. Qué bien salisteis los dos de esa. ¡Bravo! —Tomó las manos de Lara con las suyas—. Así que te vino bien ese dinero de la casa de campo.

Con El País y un café en vaso de plástico, Pablo aguardó sentado, apoyado en un coche, a que Reyes llegase para abrir el negocio.

—Hija de puta, que en Google aparece que abres a las 8h.

—¿Quién va a madrugar para pegarse un bronceado artificial? —respondió, ufana, mientras le daba dos besos y abría la reja del negocio—. ¿Y tú no sabes que yo tengo aquí una Nespresso con diez mil tipos de café?

A Pablo le daban la vida personajes como Reyes. A fuerza de buscar, era cierto que se había hecho en Sevilla con una tribu de amantes frikis, contertulianos cartesianos y amigos de armas tomar. Aun así, siempre dejaba abierta la puerta a vientos nuevos.

—Tienes todas las cabinas para ti solo. Métete en ésa, que es la más cómoda, que mientras tanto salgo a traerte el mejor croissant de Sevilla para que lo mojes con uno de mis cafés.

—¿Así tratas a todos tus clientes?

Pablo comenzó a desnudarse.

—Qué cuerpecito, hijo mío. —Reyes se ordenaba el pelo con una cola—. Yo te haría subir al cielo, cariño. —Pablo se reía—. Enséñame

el culo, anda. —Pablo se lo enseñó—. Dios mío, la maquinita esta del Nespresso debería de tener también cápsulas de tila.

—Las hay.

—Anda, métete para dentro, que llevo no sé cuántos días sin que me den un arreón.

Reyes le cerró la puerta.

—¡¿Vienes a hablar de Lara?! —gritó, desde fuera.

—¡Y del cabrón del Tinder! —respondió Pablo, ya tumbado sobre los rayos UVA.

Cuando salió, ya tenía el croissant y el cortado preparado, Reyes se había colocado una bata rosa y había jaleo en la cabina de al lado.

—Te he traído un zumito de manzana natural, yo me tomo uno a diario.

Pablo miró la hora, aún tenía un rato antes de abrir la librería.

—Estuve en el portal del Gonzalo este de los cojones.

—Qué asco de tío. —Reyes se revolvió como si la atravesase un escalofrío.

—Me hice con su nombre y me busqué a un follamigo policía que es un encanto.

—Mira, no me pongas más los dientes largos, Pablito.

—Bueno, que nos dimos un paseo a la comisaría de la Alameda, que miró en los archivos, y que ese tío es un delincuente muy violento. —Reyes se tapó la cara—. Anoche me acerqué a contárselo a Lara, porque no sé hasta qué punto pudo engancharse del tipo o mantener la relación con él.

—Te digo yo que no.

—Por si acaso.

—Has hecho bien. —Reyes temía que tuviera algo más que decirle —. ¿Muy violento en plan asesino?

—No me ha podido dar más explicaciones, Reyes. Demasiado que el tío me ha pasado una información confidencial.

—Tíratelo y susúrrale al oído…

Pablo soltó una carcajada.

—Voy a investigar por internet si tengo una mañana tranquila en la librería, pero tengo claro que lo que pueda averiguar a partir de ahora no va a llegar a nuestra amiga…

—Haces bien. Puede desequilibrarla, y ella lo que necesita es centrarse en su hotelito y en adaptarse a Sevilla. Que me la veo en Londres como la cosa se tuerza un poco.

Pablo se bebió el zumo de un sorbo y terminó de vestirse.

—¿Por qué me lo cuentas a mí? —Se atrevió a preguntar ella.

—Porque este tío vive por aquí cerca. Ten mucho cuidado.

Juliette la visitó todos los días que estuvo de baja maternal.

—¿Ni siquiera los domingos vas a dejar de venir?

—Sabes que me coge de paso, Lara, y necesito mi dosis de barriguita diaria —le decía, metiendo su nariz en el cuerpecillo de Abel—. ¿Este niño no llora nunca?

—Por las noches, Juliette. Parece que espera a que yo caiga reventada para comenzar a berrear.

Lara le había preparado un croissant con salmón y queso fresco, una copa de sidra y un platito de aceitunas.

—Dios mío, qué ricas. ¿Te las traen de España?

—A mí, en España, no me queda nadie. —Sacó media sonrisa.

—¿Tus hermanos?

—Algún mensaje por Navidad o por mi cumpleaños, los años que se acuerdan…

Juliette quiso cambiar el tercio.

—¿Qué noticias tenemos del enfermo invisible?

—Me ha pedido una cuenta bancaria para hacerme una transferencia mensual.

—¡Bravo! —A Juliette se le cambió la cara con la noticia—. Eso dice mucho de él.

—Sí, sobre todo de su familia. Él no tiene un euro. —Lara trataba de imaginar la conversación, con el habla imposible, para informar a sus padres de que había dejado a una chica embarazada en Londres—. Los padres han debido agarrarse a esto para darle vida a su hijo, pero no sé… Yo pensaba que me iba a pedir una prueba de paternidad. Sin haber visto al niño, simplemente confiando en mi palabra.

—Aún hay esperanzas, Lara. Hay gente buena.

—¿Has leído La Montaña Mágica? —Juliette negó con cara de no saber de qué le hablaba—. Es una novela de un alemán, del de Muerte en Venecia. —La francesa bebía de su sidra, sin prisas, con ganas de escuchar—. Me propone que empecemos a leerla, pero me dice que hay una parte escrita en francés.

—Aquí estoy yo para traducirte esa parte. ¿De qué va esa novela?

Lara se encogió de hombros.

—De un balneario en Suiza a principios del siglo XX. De gente rica enferma de los pulmones. Poco más me ha dicho.

—Podría ser la novela de un balneario en Boston a principios del siglo XXI con gente rica enferma de tumores cerebrales.

Lara sonrió.
—Me da miedo quererlo tanto, Juliette.

—¿Llegaste a leerla?

—Un par de veces. —Lara echaba una mano con el inventario de narrativa extranjera en el que se había empeñado Pablo—. Bueno, con un poco de trampa en verdad, porque la parte que viene escrita en francés se la leyó mi jefa Juliette y a mí me hizo un resumen.

—¿Tu jefa?

—Sí, la propietaria de la creperie donde yo empecé a trabajar en Londres. ¿No te hablé de ella? —Pablo, enredado con las novelas de Murakami, indicó que no con la cabeza—. Un amor de mujer. Yo no sé qué habría hecho con Abel de no haberla tenido a ella.

—La muerte del comendador, imprescindible. —Le indicó Pablo, sentado en el suelo entre dos estanterías.

—Yo no puedo con Murakami.

—¿Y eso?

—No hace más que sacar conejos de la chistera. ¡Así escribe cualquiera! —Pablo forzó cara de mosqueo—. Bueno, que ella movió hilos para que yo pudiera meter a Abel en una clínica de rehabilitación antes siquiera de que empezase a andar… Vaya, que si no hacemos eso, no sé si hubiese andado nunca…

—¿Cogiste la transferencia de tu ex?

—Sí. —Lara se tapó la cara con Tokyo Blues—. Desde entonces siempre he tenido una paga mensual de Maxi, que apenas he tocado… ¿Cómo te crees si no que hubiese podido montar este hotelito?

—¿Por qué te atormentas? Era lo justo, ¿no?

—Sí, Pablo. Era lo justo. Lo sé. Pero a mí se me caía el alma pensando en ese chaval con no sé cuántas operaciones encima, hasta arriba de radiaciones y quimioterapias, pasándome esa cantidad de dinero. ¡Yo podía haber salido sola!

—¿Te jode tu orgullo eso?

—No digas tonterías.

—¿Querrías poder decir hoy que Abel tiene lo que tiene solo gracias a ti?

—No seas jodido, Pablo.

—¿Él sabe todo lo que ha hecho su padre por él?

—¡¡¡Sí!!! —Lara se incorporó del suelo, limpiándose las manos con una bayeta.

—Tu historia es propia de una novela de Murakami.

—¡Vete a chuparla!

—Se me ha ocurrido algo, mamá.

Lara se giró en el sofá, dejó la novela de Sara Mesa en la alfombra y le guiñó un ojo.

—Voy a acercarme al apartamento del gilipollas ese y me haré con la foto. —Lara sonrió—. Te escuché hablando el otro día con Pablo. Si él te puede ayudar, sería bueno que supiera ponerle cara a mi padre.

—¿Andas escuchando a escondidas las conversaciones con mis amigos?

—Digamos que estoy al loro.

—Pues si tan al loro estás te habrás enterado de que es un tipo peligroso.

—Un fantoche es lo que es ese hombre.

—¿Sabes que te quiero mucho, enano? Ven para acá. —Abel se acercó y se tumbó bocarriba en la alfombra—. Estoy un poco pesada con el tema, ¿verdad? —Su hijo se dejaba acariciar—. Tardaré en recuperarme del sorpresón, pero ya está.

—Gonzalo Miravillas, calle Peñuelas… ¿número 2?

—¡Abel! —Lara se incorporó.

—Ya he visto que la calle es muy corta, así que es cuestión de ir yendo de portal en portal.

—No vas a ir a ningún sitio.

—Iré con mi segunda muda del trabajo, en la que no aparece el nombre de mi empresa. —Tomó la mano de su madre, que colocó sobre su corazón—. Le diré que estamos revisando los routers de todo el edificio.

—¿Y si no tiene wifi?

—Pues le digo que tengo que ver si la instalación pasa cerca de alguna de sus ventanas. —Se giró hacia ella—. ¿Dónde está esa foto?

—Como comprenderás, no te lo voy a decir, Abel. ¡Eres un crío!

—Dijiste que estaba en un mueble, en el salón, ¿verdad? —El chaval puso cara de impaciencia.

—Pero que sepas que me emociona mucho que quieras hacer esto por tu madre.

—¿Qué cara es ésa?

Juliette se acercó a Lara, que revisaba la caja con el local ya cerrado. La baja maternal había dado paso a su vida activa de siempre, con Abel bien controlado en una guardería cercana al Museo de Ciencia Natural.

—Maxi ha recaído.

No quería llorar. Se dejó abrazar por Juliette unos segundos, sin hacer por agarrarse a ella, como si le fuera la vida en cerrar las cuentas de ese día en la creperie.

—¿Qué te ha escrito?

—Que vamos a tener que dejar de lado por un tiempo La Montaña Mágica. Tiene el pulmón tocado.

—Vaya, solidarizándose con los enfermos del balneario. —Lara trató de sacar una sonrisa con dificultad—. Sí, ya sé, la broma es muy mala.

Juliette, bloqueada, comenzó a apagar luces y terminó de recoger las mesas. Volvió a donde Lara.

—Puedes aprovechar este momento de incertidumbre para ir a Boston.

—Sigue sin querer que lo vea así de malito.

—¡Ese chico es tonto! —A Juliette le alteraba ese orgullo estúpido en Maxi—. La vida son dos días. Y nadie mejor que él para saberlo. ¡Que esto es Londres! Que te plantas allí en un rato, con tu hijo, que le dé un achuchón en la barriga. Y si no tiene fuerzas se lo pones tú en la cara, para que se lo coma a besos.

Lara no quería decir nada.

—La caja está cerrada, Juliette. Hemos estado cerca del récord del año pasado. —Le dio dos besos—. Me voy a por Abel.

—¿Te acuerdas de Carmela, la chica que lleva la compañía teatral de mujeres maltratadas?

—Claro —Pablo le dio un bocado a su montadito de pringá—. ¿Y eso?

—Carmela no va por libre, sino que trabaja con una ONG que se dedica a gestionar las necesidades de gente sin hogar aquí, en Sevilla. —Pablo dio un sorbo a la Coca-Cola sin saber por dónde quería tirar Reyes—. Llevan tiempo buscando voluntarios para hacer acompañamiento en la cárcel. —Pablo le ofreció su saquito de patatas fritas—. Pues la acabo de llamar. Voy este viernes. —Rebuscó en su móvil—. Aquí tengo la foto del carajote ese, sacada del Tinder. —Enseñó la foto a Pablo—. Seguro que alguien sabe decirme algo.

—¿Tú crees que en la trena te van a dejar entrar con un móvil?

—¿Tú sabes lo que es una impresora? Me pondré unos pantalones apretados, meto la fotito impresa en papel, bien dobladita, en el bolsillo… —Pablo se reía ante su sinvergonzonería—. Gonzalo… ¿Miraqué?

—Miravillas.

—Eso es. Gonzalo Miravillas… No te digo que te apuntes porque puedo meter a la Carmela en un lío. No quiero que vea cosas raras en estas ganas espontáneas mías de voluntariado.

—¿Qué pretendes sacar con todo esto, Reyes?

—Este tipo ha pasado no sé cuántas veces por la cárcel, según tu amiguete policía, ¿no? —Pablo la observaba, con delectación—. Pues yo me muero de ganas por saber qué ha pasado con el padre de Abel, y para saberlo quiero entender qué hacía en una foto con ese capullo que estuvo en la cárcel. Y para saber algo más de ese capullo, me voy a meter en la trena. ¿No es divertido?

Que Andrius apareciese la semana después de recoger a Abel del hospital, tras la primera operación exitosa de cadera, lo tomó Lara como una señal que iluminó su relación con él durante un tiempo inesperado para dos personas tan alejadas en todo lo medible.

Le sacaba una risa que no recordaba, trofeo suficiente en días como los que se le avecinaban de plantearse el futuro de su hijo con ansiedad.

Lituano de brazos largos y piel de leche, Lara se agarró a él sin pensar en qué sentía. Ya esa misma tarde le pidió que le esperase, tenía urgencias por que conociese a Abel, por mostrarle su casa, por saborear ese cuerpo esquelético, comerse su boca de mandíbula prominente que se reía sin asombro de grisura.

—Tienes ojos de agua.

Andrius le preguntó si todas las españolas eran así, tan divertido como asustado por la energía que desplegó la valenciana a su alrededor, enredado sin saberlo en un torbellino del que no quería salir.

Cuando los peores fríos se fueron, ya llevaba Andrius al niño a la guardería y Lara sabía hacerle el grybukai que el lituano añoraba de su tierra.

—Mi abuela estaría celosa de ti.

El primer selfi que se hicieron, en la plaza de las siete calles, supo Lara que sería la carta de presentación a un Maxi que no daba señales de vida desde hacía justo un año. Tenía la esperanza fúnebre de que un día el email viniese devuelto, que alguien de su familia lo leyese y le respondiese que no había sido posible sacarlo con vida de la mesa de operaciones. Que ese correo no llegase alimentaba una creencia latente, anaeróbica, mutante en mini desgarros que oprimían su subconsciente para no dejarla escapar de un espacio de provisionalidad que la hacía vivir dos vidas, la de Andrius y la del otro lado del ordenador.

Montarle el despacho de arquitecto en la gran habitación de la plancha fue un episodio más de la felicidad infantil que ella se provocaba para demostrarse que una vida normal era posible. Andrius, con un exagerado respeto nórdico, le hizo acordar un sí en tres tiempos.

—Si me dices sí durante tres sábados seguidos, entonces le confirmo a mi jefe que traslado mis cosas aquí.

Los sábados fueron llegando y de cada uno de ellos hizo Lara una fiesta, a base de cenas románticas en las que se gastaba los ahorros de Maxi en vajillas nuevas y vinos españoles, para jugar a aparentar diez años más. Andrius, obnubilado con su potencia de mujer resuelta, fue abriendo su corazón tan a saco, que Lara olvidaba dónde estaba, tras sus propios ojos vidriosos.

—Mi padre no volvió desde entonces —le contaba, cuando volvía a explicarle por qué había abandonado su grupo de rock en el garito más concurrido de Kaunas—. A día de hoy, creemos que sigue en Rusia. —A Lara ese 'creemos que sigue en Rusia' se le clavaba como un puñal en una virgen dolorosa.

Mente privilegiada, carácter humilde, Andrius era capaz de sacar una carrera de arquitectura, hablar un español medio decente en pocos meses, cuidar de Abel y tocar el bajo en una sala de Notting Hill dos veces por semana, sin quitar un ojo de amor por Lara.

—Y encima la tienes del tamaño de un elefante —le elogiaba Lara cuando el vino que no solía beber se le subía a la cabeza, lamentando la escena con Maxi en el Royal Albert Hall—. Eres un ángel caído del cielo.

Fue en la primera comida, tras instalarse definitivamente en casa, cuando Lara se decidió a contarle lo que siempre había zanjado con el recurrente descuido en un polvo inesperado de una noche loca.

—No fue tan inesperado, Andrius.

Le habló entonces del padre de Abel.

—¿Cuánto tiempo os llevó leer La Montaña Mágica?

—Dejamos de leerla por una recaída suya. Ya iban tres.

Pablo bajó la cabeza y le puso el café a Lara.

—Perfecto momento para callarme.

—El caso es que está vivo, Pablo. De hecho, a los meses me escribió angustiado. Yo ya no pongo el tiempo entre operaciones o entre emails, que viene a ser casi lo mismo. Por entonces sí sé que yo ya había empezado mi relación con el lituano.

—Qué me gusta a mí un tío con la piel blanca…

—Me decía que había perdido toda la musculatura, que era un trapo. —Lara miró el reloj en su móvil. Tenía reunión con su comercial pocos minutos después—. Me dijo que desde la cama de su residencia se veía el mar. Fue un email precioso, Pablo. Me habló de cómo su madre lo acompañaba en Estados Unidos, a base de pedir excedencias.

—¿A qué se dedicaba?

—No lo sé. —Pablo negaba con la cabeza—. Sí, sé que no es normal saber tan poco de sus padres. Él era hijo único, su padre era el gerente de varias inmobiliarias en la costa del Sol…

—Y su madre trabajaba.

—Sí, al menos sabemos hoy en día que su madre trabajaba.

—¿Qué más te escribía en ese email?

—Preguntaba por su hijo. Quería una foto. Quería saber si había dado los primeros pasos. Yo no tenía valor para decirle que el niño había nacido con las piernas atrofiadas. Decía sentir tanto todo… Pobre mío. —Pablo se fue al otro lado de la barra y la abrazó—. Entonces me propuso retomar La Montaña Mágica de nuevo.

—Ha aparecido el padre de la criatura.

Lara lo soltó del tirón, nada más dejar su mochila en la mesa de la cocina. Lo hizo con una sonrisa sentida, porque la lágrima ya la había dejado caer en el metro; sobre todo, porque no estaba dispuesta a que se estropeara un ápice la chispa de su relación con Andrius. Tenía que decirlo, en cualquier caso.

—Ha aparecido… ¿dónde?

Lara lanzó una carcajada al aire.

—¡En un email, Andrius! —El lituano se sonrió, sin desviar la mirada de sus ojos. Alargó el brazo y Lara se dejó enredar en él—. Llevaba una semana sin mirar mi correo. —Era mentira— y allí tenía el mensaje. Que está de nuevo con la quimioterapia, que sigue sin poder mover medio cuerpo, que no puede hablar…

—Una alegría.

Con un giro teatral, Lara enfrentó su cara.

—Pobre hombre. Hacía casi un año que no sabía nada de él. Lo daba por muerto, ya sabes. Es surrealista esta historia. No tengo forma de dar con él.

No quería decirle que le había preguntado por Abel, que le pedía fotos de su hijo, y de ella. Tampoco que ella le había confesado echarle de menos. Que insistía en pedirle un teléfono donde llamarle, una oportunidad de ir a buscarle. Sí le contó que le había hablado de él.

—Le he dicho que has aparecido tú. —Se sentó en sus rodillas—. ¿Sigue Abel dormido?

—Sí.

Notó tristeza en sus ojos y no lo quiso permitir.

—¿Sabes que te quiero mucho, lituano?

—Yo también, mi españolita.

—¿Y esa cara entonces?

—De puro miedo, Lara. Miedo de que se cure, de que venga, de que se lleve a Abel, de que te lleve a ti…

Ella lo besó, consciente de que esa posibilidad existía.

—¿Tienes recuerdos de Andrius?

Abel, recién salido de la ducha, se tragaba las tostadas de aguacate casi sin masticar. Tras dar un buche al zumo de naranja, le respondió que no.

—Era un tipo genial ese lituano larguirucho. —Lara ya estaba maquillada, con las llaves del coche en la mano, a la espera de que Abel se terminara de vestir. Tenía cita con la asociación de hoteleros de Sevilla, a quienes tenía mil preguntas que hacerles con el objetivo primordial de ganar su complicidad—. ¿Sabes que te llevaba y te recogía de la guardería?

—Lo sé porque tú me lo has contado, mamá.

Abel enseñó dos posibles camisas a su madre.

—Pero ¿hoy no te pones el mono de currante?

—¿No ves cómo no me haces caso? —Lara agachó la cabeza, con gesto infantil—. Desde que viste la foto del fantasma tienes la cabeza más en Londres que en Sevilla. —No le quitaba la razón—. El lituano sería muy buena gente y una joya, pero no ha hecho nada por volver a saber de ti. —Se decidió por una camisa, frente al espejo—. Si tan cariñoso fue conmigo y tanto me cuidó, podría haberme buscado en todo este tiempo, ¿no crees?

Lara le cepilló los zapatos mientras su hijo se ponía el cinturón.

—¿Qué tienes? ¿Una visita a algún cliente?

—Una formación sobre redes informáticas, señora…

—Pues entérate bien de esas cosas, Abel, que yo quiero tener lo último en redes informáticas para el hotel.

Abel bajó corriendo por las escaleras para llegar al garaje, Lara esperó a que llegara el ascensor. Masticaba la reflexión de su hijo con cierta amargura. Sí. Ella pudo haberle fallado, pero ¿dónde quedaba Abel? ¿Dónde se quedaban esos arrumacos frente al televisor? ¿Esos besos en la barriga que hacían ahogarse al niño de pura risa?

Fue a su habitación, a la carrera, con el ascensor ya en su planta. Abrió los cajones de su mesilla y dio con su móvil británico. Lo metió en el bolso y salió corriendo escaleras abajo mientras escuchaba el claxon impaciente de Abel.

La primera vez que Lara entró en casa de Merche lo hizo por

preocupación. Las visitas al hotel para el té mañanero o las noches de tertulia en su cocina habían desaparecido. Se dio cuenta, entonces, de que no tenía su teléfono. Desde que llegó a Sevilla no lo había echado en falta, cuando tenía necesidad de comentarle algo llamaba al telefonillo, lo que ocurría pocas veces porque se veían un par de veces al día, como poco.

Merche representaba a un hada madrina, una madre inesperada que la sosegaba con su discurso previsible.

La conoció el mismo día de su llegada a Sevilla. Desde la agencia inmobiliaria con la que trabajó desde Londres le pasaron un listado amplio de apartamentos de alquiler cercanos al hotel. Que el de Merche estuviera en el portal de al lado y en sus habitaciones entrase tanta luz le hizo colocarlo el primero de la lista a visitar.

Lara era consciente de que se introdujeron en un juego ganador al firmar el contrato ese mismo día. Ella ganaba una guía en esa ciudad desconocida, Merche una mujer de armas tomar que revolucionaría su soledad.

—Me tenías preocupada, Merche. —Esta apenas asomó la cabeza por la puerta—. Pero ¡qué cara más blanca tienes! —Empujó la puerta sin contemplaciones y entró—. Deja que te vea.

Lo primero que observó fue un apartamento enorme y destartalado, que le hizo plantearse, como un flash mental, lo mucho que había hablado de sí misma y lo poco que había preguntado por ella.

—Merche, por Dios, con lo coqueta que tienes mi casa. ¿Desde cuándo no pintas las paredes?

Era lo menos que podía decir. Sin apenas muebles, lo único que destacaba en el amplio salón, idéntico en forma al suyo, era una enorme librería de madera con libros desordenados y un par de sofás.

—No tienes ni un solo cuadro. —Se giró hacia ella, a la que vio en bata, descalza y adormecida— ¿Qué te pasa, cariño?

—Me da vergüenza que entres aquí.

—No digas tonterías, Merche.

La señora se sentó y Lara, acomodada en el marco de una de las ventanas del salón, se dispuso a escucharla.

—Aquí donde me ves, soy un desastre. —Se reajustó la bata, como si le diesen escalofríos—. Me has conocido en una época buena, Lara, pero ahora toca atravesar una nueva tormenta.

—Una tormenta ¿de qué?

—Tengo una salud muy frágil, las defensas por los suelos. Un pequeño resfriado se me puede convertir en una neumonía.

—Y por eso vas descalza…

—Tengo sangre del norte y este suelo es radiante. —Por primera vez se sonrió—. Ya se me pasará.

—¿Qué te traigo? ¿Llamo a un médico? —Merche hizo aspavientos

negando esa posibilidad—. ¿Tienes de comer? ¿Te hago un caldo?

—Eres un encanto, Lara. Pero no te preocupes, estoy bien. Ahora solo quiero acostarme. Perdóname.

La acompañó a su habitación, tan desangelada como el resto de la casa. Le propuso traerle un vaso de agua, solo por entrar en la cocina e investigar. Para su tranquilidad comprobó que la nevera estaba bien surtida y el fregadero limpio.

—Déjame sentarme un rato a tu lado, hasta que te duermas.

Merche no dijo ni sí ni no.

—Tienes que pasarme el número de tu móvil.

—No me gustan los teléfonos esos…

—Pero al menos tendrás un fijo, ¿no? ¿A quién llamas cuando necesitas ayuda?

Merche ya no respondió. Quedó dormida. Lara dudó si no aceleró su sueño para no responder a su interrogatorio. Con pies de plomo salió de la habitación, incómoda con la sensación de no haber podido hacer nada por ayudarla.

Le he enviado fotos de Abel —contó a Juliette en cuanto le trajo la primera pinta de cerveza—. Y alguna mía.

—¿Erótica?

Lara cambió el gesto.

—¡Claro que no!

—Me da miedo que hagas daño a Andrius, debo decirte.

Tal vez porque veía de nuevo en los ojos de Lara la pulsión de entonces, esa nueva aparición de Maxi había desbaratado la esfera que había construido a partir de la introducción de Andrius en su mundo. Juliette la sentía revolucionada y sabía bien que esas vibraciones excesivas podían llevarla a cualquier sitio, pero que no acababan nunca en el lugar de partida.

—Estoy genial con Andrius, Juliette. Él está al tanto de todo desde el principio. Sabe que Maxi ha reaparecido, que sigue muy enfermo, que quiere saber del niño, que no voy a poder visitarlo, ¡todo!

—Le has dicho que, si pudieras ir a verlo, irías…

—Es el padre de Abel.

En ese momento Juliette decidió cambiar de tercio hasta que las cosas se encauzaran. Había aprendido bien la lección en casa de no permitir que nadie se metiese en sus historias como para ser ella ahora quien se entrometiese en los desvelos de su españolita por el padre de su hijo.

—¿Sabes que te quiero un montón, Juliette?

—Lo sé.

—¿Qué te aporto yo, Pablo? —Él le echó una mirada de paciencia, mientras Lara dejaba su bolsa de la compra bajo la caja registradora —. No soy especialmente culta, ni divertida, ni…

—Eres valiente.

Lara, agotada tras un mal día en el hotel, no esperaba una respuesta tan contundente a una pregunta que venía mascullando desde que salió de la ducha.

—¿Y qué?

—Los que no tenemos familia buscamos gente valiente, porque estamos solos y no confiamos en personas débiles. Yo quiero tener cerca a quien me sepa poner en mi sitio, porque haya vivido al menos tanto como yo.

Lara metió en la caja el euro de la botella de agua que sacó de la nevera. Buscó su taburete.

—¿Tan mal te trató tu familia para decir que no la tienes, Pablo?

Él asintió, sin ganas de entrar en esos pasadizos.

—Me repudiaron por ser maricón. ¿Te parece poco motivo?

—Dramatizáis demasiado, joder. Os creéis que el mundo gira a vuestro alrededor, piensa en tus pobres padres, la que se les vino encima cuando…

—Lara, no sigas por ahí. Tienes todas las de perder conmigo.

Ella se calló, Pablo se perdió en la estantería de novela romántica. Ella se preparó un café, que volvió a pagar, y le hizo un té a él, que también pagó y le llevó al rincón donde se perdía entre novelas de Megan Maxwell y José de la Rosa.

—Soy un poco teatrera, ¿sabes? —Le dio el té y se sentó en el suelo —. Venía desde casa con la pregunta ensayada, ¿qué te aporto yo? Porque quería decirte cuánto te valoro, lo pequeña que me siento a veces al lado tuya. Yo, que no soy sino un manojo de inseguridades, y tú tan en tu sitio, tan centrado y tan irreverente. Con esa capacidad tan grande que tienes para escucharme. Joder, Pablo, eres un sol para mí. Me estaba duchando y estaba pensando la tabarra que te estoy dando con toda esta historia del padre de Abel. ¡Si no hablo más que de mí! Pero tú coges y me sueltas que si soy una valiente. ¡Una valiente yo, que me tiemblan las piernas!

Pablo se levantó tras perfilar bien los libros a un centímetro del borde con una regla de aluminio. Lara lo siguió. Era hora de cerrar y le ayudó a cubrir con plástico los estantes de siempre, a barrer la

entrada, a apagar luces.

—Acabo de aprender lo duro que debió ser que renegaran de ti tus padres, Pablo. Lo siento mucho.

—Gracias.

—Dame un beso, por favor…

Pablo la besó.

—¿Una cerveza, teatrera?

—Muero por una.

La terraza del Catalina se convirtió en el punto de encuentro con Pablo, desde que Lara lo conociese, que no fue sino al poco tiempo de su aterrizaje en una ciudad a la que lo único que le unía era el padre de su hijo.

—Esto es para mí lo más parecido a la taberna de Marylebone donde me tomaba las pintas con Juliette.

—Yo me las tomaba en la Comète, con Víctor.

A Pablo, la escena de un rato antes en la librería le había supuesto un resquicio de luz para asomarse a Lara de cuerpo entero.

—Los gais traemos de serie el no confiar nuestra intimidad fácilmente.

—Puedo entenderlo. —Lara se sentía feliz de haber dado el paso, quizás tardío, de decirle a Pablo que estaba ahí—. Cuando uno se educa en cerrar los sentimientos, imagino que es complicado romper con esa coraza. —Pablo asintió, dando un sorbo grande a su cerveza —. ¿Y dices que la viuda de Víctor vive aquí?

—A dos pasos —confirmó él—. Casi puedo ver la fachada de su casa desde aquí.

—¿Y te llevas bien con ella?

—Nos queremos y nos respetamos. Hubo un tiempo en que compartimos el mismo amor, y eso cala. Que su marido le pusiera los cuernos conmigo es un tema que parece que ya ha superado.

—No sé si esas cosas se superan, Pablo.

—Ni yo —admitió él.

—Cuando se viven relaciones tan raras no sé hasta qué punto dejan a uno marcado para siempre.

Los dos eran conscientes de que la aparición de Maxi a través de esa foto era un espantajo que dificultaba la estabilización de una mujer que necesitaba precisamente eso, concentración, para sacar adelante un negocio recién arrancado.

—Me dices que ahorraste mucho dinero a través de los ingresos que te ha hecho durante veinte años ese hombre…

—Sí. —Soltó la cerveza y se recolocó el jersey, tenía frío—. Él ya me dijo desde que nació Abel que me aseguraría una paga, aunque él

muriese.

—¿Desde cuándo no tienes noticias de él?

—Desde hace tres años.

Pablo no tenía más que mirarla a los ojos para hacerla hablar. Era más efectivo que preguntarle, porque conseguía que respondiese lo que ella quisiese interpretar.

—Lo di por muerto desde entonces, pero ya sabes, si no hay cadáver… No quiero ser pesada con todo esto, Pablo, de verdad.

—No vuelvas con esas…

—Tengo a mi casera enferma.

—¿A Merche?

—Llevaba días desaparecida, y hoy me he medio colado en su casa. Me ha dado un poco de yuyu, ¿sabes? Tiene todas las paredes vacías, sin apenas muebles… El único sitio que tiene vida es la cocina.

—Es una tía rara.

—¿Rara?

—Sí, está siempre con esa cara de…

—¿De qué?

—De cotilla. No sé. —Pablo se giró para pedir otra ronda—. ¿Qué le pasa?

—No sé, dice que tiene las defensas bajas. Que le ocurre cada cierto tiempo. Me ha provocado mucha pena. La veo tan sola…

Pablo le tomó el brazo, Lara le acarició la mano.

—Al menos tú sabes que tu amante se suicidó.

—Pero ¿qué alegría es esta?

—Dios mío, ¡te he cogido en plan putón verbenero! —exclamó Pablo.

Reyes soltó una carcajada de confirmación.

—Anda, pasa, que termino de arreglarme. —Se metió en el baño—. ¿Quieres una sesión rápida de rayos? —Se asomó—. Pero siempre que me enseñes el culo, ¿eh? —Volvió a entrar en el baño—. ¿Cómo te pones esos pantalones tan anchos con ese culito que tienes? —Volvió a asomarse para ver la reacción de Pablo, que sacó media sonrisa—. No me asustes. ¿Pasa algo?

Tras una llamada de disculpa para cancelar su cita, Reyes le propuso un paseo por la Alameda a un Pablo que, para evitar ansiedades innecesarias, le dijo que se trataba de Lara.

—Hoy tenía pensado hablarle de un tema delicado. —Se paró para buscarse la cartera, tenía la cabeza lejos de allí—. Pero entró en la librería como un vendaval diciéndome que qué es lo que me aporta ella, que si es una egoísta, que si no ha hecho mucho por

conocerme….

—La Lara melodramática, ¡no te asustes!

Pablo no podía sino reírse con Reyes. Encontraron un sitio en El Disparate.

—Te invito a cenar.

A pesar de su estética cani y sus malas palabras, Pablo encontraba en Reyes una persona de fiar, sin saber muy bien explicar por qué.

—Tiene que ver con el capullo de la foto, ¿verdad?

—Sí. Está en estado de shock todavía y no sale de ese círculo.

—¡Tampoco hay que exagerar! —Pablo le lanzó una mirada severa —. ¡Ella no le debe nada y hace veinte años que no aparece! Tanta enfermedad y tanta hostia. Si no ha dado la cara ese tío es un mierda, y punto.

—Es el padre de su hijo y le pasa una pensión cada mes.

—Ay, Pablo, no me jodas. No me montes un programita de Sálvame. Ella se lo tiró porque quería ser madre joven y él desapareció. ¿Que luego se curó de su enfermedad y se quitó de en medio? Pues allá él. Lara ya ha pasado por no sé cuántos hombres y nunca ha necesitado nada de nadie. Lo mejor que le puede pasar es que ese tío se haya muerto.

—Pero no se ha muerto, Reyes.

—¿Qué me dices? —Se le cambió la cara y se puso, flamenca, la mano en el corazón—. ¿Lo has visto?

—Me ha escrito.

—Ay, mira, Pablo. No me asustes. ¡A ver si vamos a pasar de Sálvame a Cuarto Milenio!

Pablo soltó una carcajada contagiosa, que hizo venir al camarero.

—¿Tienen sangría? —preguntó Reyes, el camarero asintió— Pues pónganos una gigante.

—Lara me dijo que, salvo los últimos tres años, se ha estado escribiendo con él desde que nació Abel. —Reyes hizo gesto de saberlo, incómoda por haberse enterado tan tarde—. Así que le pregunté si le había escrito para contarle lo de la foto en casa del capullo del Tinder. Me dijo que sí, pero que seguía sin contestar. La clave de todo es que no le devuelve un mensaje de error, luego ese correo sigue existiendo.

—Qué listo eres, hijo.

—Así que se lo pedí. Le pedí el suyo, su contraseña, el de Maxi. Todo.

—Y la hija de puta de la Lara te lo dio. Está desesperada, claro.

—O tiene confianza en mí.

—Eso también, mi vida. —Le acarició la rodilla.

—Pues le he estado dando vueltas para ver qué burrada le podía escribir yo, para que el cabrón se viera obligado a responder,

haciéndome pasar por Lara, claro… —Reyes se incorporó hacia él, tomándole de nuevo la rodilla—. ¿Qué le hubieras contado tú?

—Algo del niño.

—¡Esa es mi Reyes!

Ella aplaudió, atacada por el tono que alcanzaba la conversación.

—Le escribí para decirle 'Hola Maxi, al niño le han encontrado lo que a ti'

—¿Lo que a ti? —Reyes se quitó las gafas.

—A él le encontraron un tumor en la cabeza del tamaño de una bola de pimpón.

—Pobre chiquillo.

—¡Que es mentira, Reyes!

—Coño, es verdad. Me tienes con el corazón encogido, hijo de tu madre.

—Me puse una alarma altísima en el móvil para cuando recibiera correo suyo y se lo he desactivado a Lara en su móvil.

—Y la alarma ha sonado.

—Sí.

Se hizo un silencio. Llegó la sangría y Pablo pidió dos huevos estrellados.

—¿Qué te decía él?

—Que en qué hospital está el niño…

—Joder, ¿y qué le has respondido tú?

—No va a ir a ningún hospital, le dan dos semanas de vida.

Reyes se echó para atrás, resoplando.

—Juegas fuerte.

—Como ese tipo se merece.

Consciente de que no podía ver a Andrius en su estado de desconsuelo, acudió a casa de Juliette para dormir. Se limitó a pedirle con un SMS 'baña a Abel y dale la papilla del bote verde. Tengo que estar con Juliette esta noche. Está muy mal'.

—Perdona por mi poca vergüenza, Juliette, pero le he contado a Andrius la historia al revés.

Juliette lo perdonaba todo. De hecho, su emoción se hizo enorme cuando Lara, entre lágrimas incontrolables le dijo que Maxi se quitaba de en medio.

—Ya ni siquiera me habla de enfermedades ni operaciones. Simplemente me dice que seguirá ocupándose financieramente del niño, pero que no volverá a escribirme.

—Pero ¿qué has hecho tú? ¿Qué le has escrito? ¿Por qué esa reacción ahora?

Lara le contó su carta de amor. Ese email, que podía recitar de memoria, en el que le confesaba que al darle besos cada noche a Abel se los estaba dando a él, que contaba los días para darse un abrazo en el aeropuerto de la ciudad del mundo donde tuvieran que dárselo, que Andrius era un gran hombre pero que nunca sintió por él una mínima parte de lo que supusieron para ella esos meses junto a Maxi en su pisito de Bromley.

—¿No estás idealizando la figura de ese hombre? —le preguntaba Juliette a una Lara rota por su desconsuelo.

Tras una noche de vueltas en la cama, con Juliette sentada a su lado, Lara se despertó determinada a encauzar su vida.

—Tengo a un hombre que me quiere.

Juliette le dijo que no fuese a trabajar, pero ella se negó.

—Eres un sol de jefa y una maravillosa amiga, pero se me acabaron las tonterías.

Andrius respondió al primer tono. Dijo imaginar que era ella al ver el prefijo de España en su móvil. Su voz era tan clara como la de entonces. A Lara se le aparecieron de golpe todas las noches acurrucada en sus largos brazos.

—Abel me hizo una pregunta esta mañana a la que no supe responder. —No quería adentrarse en cuestiones laterales que la llevaran a sucumbir. Escuchaba su respiración acelerada al otro lado y no quiso rebajarse a preguntar si tenía tiempo para hablar, después de una eternidad—. Siempre le he hablado muy bien de ti, de cómo lo llevabas cada día a la guardería, de cómo le dabas el biberón… —Se atragantaba—. Abel dice que no serías tan bueno si te olvidaste para siempre de él. Él nunca te traicionó.

Andrius reconoció con una frase corta que tenía razón.

—¿Quieres que le conteste eso? ¿Que tiene razón?

El silencio al otro lado le hizo pensar a Lara que no tenía derecho a ser tan tremenda. No podía imaginar a esas alturas qué era de él, cómo de mal o de bien le trataba la vida, si seguía siendo el arquitecto freelance de entonces, si había trasladado su gran mesa de trabajo a casa de otra.

—¿Sigues en Londres?

Él dijo que sí.

—¿Llegaste a perdonarme?

No dudó en decir que sí.

—No te molesto más, Andrius. —Decirle que estaba nerviosa no era necesario—. Tal vez solo quería oír tu voz y saber que estabas bien.

Andrius no respondió.

Se asomaron a la puerta de su despacho y Lara suplicó con un gesto que volviesen más tarde. Sabía que Andrius no iba a colgar, pero era incapaz de avanzar más.

Fue entonces cuando él preguntó por las piernas de su hijo.

—Mucho mejor, Andrius. Solo si sabes que tuvo un problema al nacer te das cuenta. Me ha salido un niño muy digno. —Notó la sonrisa silenciosa al otro lado—. Ha adaptado su forma de andar.

Cualquiera que no lo conozca pensará que es un chulillo de barrio, porque anda muy recto para estabilizarse bien.

Andrius le pidió el teléfono de Abel, Lara se lo dio. El lituano le solicitó permiso para guardar su teléfono, ella se lo concedió.

Ninguno se atrevió a preguntar si al otro lado de la línea había una persona enamorada.

—¿Has visto luz en casa de Merche?

Lara, agotada tras una jornada de mucho movimiento en el hotel, se balanceaba entre la euforia que le producían esos días extraños en que todo parecía funcionar y la angustia de no conseguir dar con su casera. Al menos esto le estaba sacando de la cabeza el monotema de Maxi.

—¿Quieres que me asome? —Lara puso cara de cordero degollado, medio recostada en el sofá—. ¡Voy!

Reconocía cada movimiento de su hijo, distinguía milimétricamente la diferencia de zancada entre una pierna y otra y sabía, como ocurría en ese momento, por sus pasos cortos, que andaba terriblemente cansado.

—Ahí no hay nadie, mamá.

—No sé si llamar a la policía, Abel. —Se incorporó con dificultad para preparar algo de cenar—. ¿Te puedes creer que no tiene móvil?

—¿Quién no tiene un móvil en pleno siglo XXI?

—Voy a llamar otra vez a su puerta.

—Ya voy yo, no seas tonta.

No quiso decirle que lo veía andar con sus pasos cortos.

—¿Todo va bien, Abel?

Él dijo que sí saliendo de la casa y, en su tono, Lara comprendió que pasaba algo. Se abrió una cerveza y lo esperó apoyada en la nevera. Se le caía el mundo solo de pensar en que su hijo pudiera tener algún problema. Toda su fortaleza se hacía piel fina en lo que a Abel concernía.

—Esa mujer no está ahí.

—¿Y si está muerta dentro de la casa? —Abel gesticuló con los brazos una negación—. Estaba muy malita el otro día.

—Si está muerta da igual si llamas a la policía hoy o mañana.

La gravedad de la frase y su tono seco le hizo a Lara temer lo peor.

—¿Qué te pasa a ti?

—¿Qué me tiene que pasar?

Lara sacó una cerveza de la nevera y se la puso en las manos a su hijo.

—Desembucha.

Abel, hijo, confidente, cómplice, no tenía armas para alargar la espera.

—Voy a ser papá. —Se le escapó una sonrisa cercana al llanto.

Lara fue a agarrarlo, pero del mareo cayó de bruces sobre la silla de la cocina.

—Me lo dijo Ana hace una semana, mamá, pero con toda la movida de la foto del fantasma no he visto el momento para decirte nada. —Su madre no contestaba—. Estamos muy ilusionados.

—Eres un crío, Abel —murmuró.

—Quiero ser padre.

—¿Padre? Esto no me está pasando a mí. —Lara se agarró la cara— ¡Esto no me está pasando! ¡¿Padre?! Si esa palabra es más grande que tú, hijo mío.

—Tú me tuviste a la misma edad, mamá.

—¡No tiene nada que ver, por favor!

—¿Y por qué?

—¡¡¡Porque yo estaba sola!!! Sola en ese puto Londres, sin padres, sin familia…

—Estaba el fantasma.

—¡Deja de llamarlo fantasma!

Tiró lo que quedaba de cerveza al fregadero y se encerró en su habitación.

Centrada en Abel y con el compromiso de regentar la creperie entre semana, Lara fue olvidando el email de despedida de Maxi. Aun consciente de que Andrius había captado su ánimo abatido en las últimas semanas, ella siempre conseguía sacarle una sonrisa. Lo quería de verdad y en grande, pero quizás le recordaba demasiado al joven sevillano ingenuo que un día se fue para no volver. Había un resorte que lo separaba de él cuando las caricias duraban más de cierto tiempo, apartaba la mirada si sentía que la emoción se multiplicaba. Quería querer sin querer del todo.

—Tuve a Abel como un acto de rebeldía —le confesó una noche, sin saber si esa última teoría era la cierta—. Haber sido la hija pequeña de un matrimonio de ancianos me provocaba un pánico surrealista. —Andrius, proveniente de un hogar cálido del que le costó trabajo desconectar, la miraba fijo—. Ya nací cuidando a mis padres, ¿sabes?

—Sí. —No quería decirle que esa historia ya se la había contado varias veces, en cada momento con un tono y detalles diferentes, con la facilidad que el tiempo del paso provoca para inventar nuevos recuerdos.

—Pero lo volvería a hacer.

Sí, porque Abel era como un parapeto para poder enfrentarse a la vida, un amortiguador de sobresaltos, una roca a la que agarrarse cuando Londres se le iba de las manos. Sin Abel no hubiese metido a Andrius en su casa, si acaso en su cama de higos a brevas. El niño le permitía desviar la mirada cuando el lituano atacaba fuerte. No quería escuchar un te quiero, ni propuestas de futuro. Solo lo quería ahí, a su lado, a su ritmo, con achuchones de tiempo limitado y un sexo guarro que le permitiera verlo con ojos animales de deseo que justificasen su querencia para estar con él.

—¿Tú tendrías un hijo conmigo, Lara?

Ella hizo como que no escuchó nada y se encerró en el baño para disimular su falta de emoción.

Emocionada con la experiencia que le suponía visitar por primera vez una cárcel, Reyes se situó tras María cuando les pidieron los DNI.

—No te asustes, vamos al módulo de respeto —le aclaró la voluntaria de Solidarios—. Allí están los presos menos problemáticos.

Ella asintió.

Ya en el aparcamiento de tierra de la entrada, le había preguntado si era correcta su vestimenta, unos pantalones bien anchos y jersey de lana.

—No he querido ni pintarme.

—Vas a sentirte cómoda, Reyes. Venimos todas las semanas y es gente tranquila. —Les abrieron la penúltima reja—. En este módulo se autogestionan, cada uno tiene su trabajo y, si alguien mete la pata, lo sacan a otra zona de la cárcel menos tranquila. Así que se cuidan bien de no meterse en líos.

Por fin les abrieron la puerta definitiva. En ese momento pensó que no tendría el valor para sacar la foto de Gonzalo ni para preguntar por él, pero se fue tranquilizando conforme fueron recibiéndolas al entrar en la biblioteca de la prisión.

—Este chavalito tan guapo es el encargado de esta zona. No imaginas lo leído que está para su edad. —Reyes hizo por darle un beso y el joven le tendió la mano—. Es colombiano. Se llama Roque.

—Yo soy Reyes.

Se fueron sentando todos en círculo alrededor de María, que ya había seleccionado varios libros de la estantería sobre los que trabajar.

—¿Quién se lanza hoy a leer?

Levantaron la mano dos de ellos. Un hombre mayor de nacionalidad paquistaní y un tipo de cuerpo de gimnasio y cierta bizquera.

—¡No dejéis leer a Hamid, que nos dan las uvas! —gritó uno de ellos, sin hacerse ver.

Tras hora y media de comentarios ocurrentes sobre los textos que iban leyendo, siempre conectados con su realidad carcelaria, María y Reyes se levantaron y se fueron formando círculos a su alrededor.

—¿Quieres visitar el patio? —le propuso a Reyes.

—Claro.

Roque, el bibliotecario, se ofreció a acompañarla. Era en ese momento o nunca.

—Yo he tenido un amigo aquí, hasta hace poco —susurró ella—.

Por eso también tenía ganas de visitar este sitio.

—¿Cómo se llamaba?

—Gonzalo Miravillas —dijo de carrerilla, atenta a que María no se coscase.

Roque se encogió de hombros.

—¿Podrías preguntar discretamente si alguien lo conoce?

—A lo mejor no ha estado nunca en el módulo de respeto —sugirió él.

—Me harías un gran favor si encontrases a alguien que lo conociera. —Hubo un tono de súplica en su mirada.

Roque desapareció. Ella fue en busca del gimnasta bizco, con idea de hacer tiempo antes de que María diese por concluida la visita.

—¿Por quién preguntas? —le dijo él, avispado.

—Por Gonzalo Miravillas.

—Ese tío es un cabrón.

Reyes se puso firme y paró su paseo alrededor del patio.

—¿Qué me puedes contar de él? —preguntó Reyes.

—¿Qué me das tú a cambio?

—Déjalo…

—¡Reyes! —María le hizo gestos señalando el reloj.

—A ese tío quien mejor lo tiene calado es Gustavo.

—Me tengo que ir. ¿Quién es Gustavo?

—El dueño del bar Las Cumbres. En San Diego.

—Gracias. —Se señaló el corazón—. Muchas gracias.

—¿Qué me vas a dar? —gritó el gimnasta.

María enfiló, con mal gesto, el camino de salida. Roque, el chaval colombiano, se le acercó con un papel. Reyes le guiñó el ojo y lo metió en sus bragas.

—Es la última vez que entras aquí —le indicó, muy enfadada, María.

Los meses transcurrieron con cierta sincronización en el apartamento de Hampstead Heath. Una empresa de Singapur había fichado a Andrius para revisar todos los proyectos de vivienda social firmados con el ayuntamiento de Londres, por lo que tuvieron que hacerse tableros de horarios para acomodar sus respectivos trabajos y el cuidado de un Abel que ya empezaba a ir a rehabilitación.

—Hay días en que no le veo hacer ningún mal movimiento —le comentaba Lara—, pero hoy ha estado tan torpe que pienso que nunca va a poder andar por sí solo.

Andrius se había ocupado de comprar un aparato, similar a un tacataca, para tener al niño ejercitándose por la casa mientras él trabajaba en su despacho con un ojo puesto en Abel. Seguían los fines de semana de excursión, siempre en tren, a ciudades que ya empezaban a escasearles en el mapa de las ilusiones.

—Pues volvemos a Canterbury —decía Andrius, para no perder la alegría de esos días perdidos en casitas de la campiña inglesa.

Hubo un día, sin embargo, en que todo se rompió para siempre.

Lara había conseguido de nuevo una botella del tinto sudafricano de sus primeras noches, dispuso las velas de siempre y se vistió con ropa de gasa, sin imaginar la tormenta que se avecinaba tras años de convivencia con el lituano.

—He conseguido, a través de mi empresa, un apartamento en el sur de Londres.

Lara no supo si celebrarlo, porque realmente no tenía ganas de abandonar ese pequeño piso al que le tenía cogidas las distancias.

—¿Muy al sur? —Se atrevió a preguntar, antes de poner pegas.

—Me voy yo solo, Lara.

En su tremenda torpeza, e ingenuidad, Lara le había pedido desde la creperie que mirase en su ordenador unas anotaciones en su cuenta bancaria.

—He leído tus cartas de amor —confesó él.

A Lara, un revolcón la destrozó por dentro. De golpe, Andrius era lo que más necesitaba en el mundo, todo su mundo era él.

—Sé que me quieres —continuó—, pero yo no puedo vivir con alguien que desprecia mi amor.

—¿Cómo voy a despreciar nada de ti? —A Lara se le agarró la garganta. Sus lágrimas caían espesas, sin remedio—. Tú eres mi sol, mi vida, yo estaría perdida sin ti.

No hubo vuelta atrás posible. Los dos eran conscientes de que ese email era más de lo que ninguna persona podría soportar de su pareja.

Al día siguiente solo quedaba en su estudio una mesa vacía de ordenadores y el tacataca de Abel.

—Pon la escalera en el patio, que ya bajo yo un colchón.

—¿Un colchón?

Lara ya estaba en su habitación.

—¡¡¡Por si te caes, Pablo!!!

No le parecía tanta locura, veía desde su cocina que Merche tenía la ventana del lavadero abierta. Con la puerta de la calle cerrada, no había riesgos de que nadie los viese colarse en el apartamento.

—Aquí no somos más vecinos que ella y yo —se reafirmaba—, pero vamos a hacerlo rápido, que no quiero que Abel nos vea cometiendo un delito. —Se tocaba la frente, como si buscase tener fiebre— ¿Quieres que suba yo?

—Soy de plastilina —afirmó Pablo—. Tranquila, que si me caigo no me rompo nada.

Lara quería contarle que Abel estaba a pocos meses de ser padre, pero no quería bombardearlo con más obligaciones, como lo sería la de tratar de pedirle que charlara con él para hacerle ver que la vida era demasiado larga como para cortar su libertad futura con diecinueve años. Ella no tenía credibilidad para conseguir que cambiase de opinión.

—¡Lara!

—¿Qué?

—Pon el colchón en el suelo, que estás en Babia.

—¿Y si te la encuentras muerta?

—Entonces llamamos a la policía —respondió Pablo.

Se quitó los pantalones para ganar en movilidad antes de subirse a la escalera.

—¡Qué culo, hijo mío!

Pablo escaló sin dificultad y entró en el apartamento de Merche. Tardó apenas cinco segundos en aparecer por la ventana que daba al patio desde el dormitorio, pero a Lara se le hicieron minutos eternos.

—¡No hay nadie!

Ella se apretó el cuello, perdida en su laberinto.

—Merche no está en su casa, Abel.

A pesar de haberse prometido no decirle nada de la invasión del apartamento de la casera, Lara lo soltó, quizás para evitar hablar de

embarazos que le provocaban taquicardia.

—¿Llamaste a la policía?

—He entrado por el lavadero. —No quiso implicar a Pablo.

Abel se asomó al patio desde la cocina.

—Tú estás loca, mamá. ¡Te has podido matar!

—Ha estado chupado. —Quiso quitar dramatismo—. Puse un colchón en el suelo por si me resbalaba.

Abel meneó la cabeza, olvidó el beso de todos los días y se metió en el baño.

Aunque tenía claro que no había que rizar el rizo, Lara se planteó hasta qué punto Merche se pudo sentir molesta por su intromisión de unos días antes en su casa para interesarse por ella. Haber visto el apartamento en ese estado de abandono era en cierta forma ver cómo estaba su vecina por dentro. Que se apoyasen de una forma tan dependiente una en la otra desde que llegasen los muebles de Londres podría interpretarse como algo enfermizo por ambas partes, pero ella no quería entrar en análisis psicológicos baratos. Merche estaba muy sola y ella se sentía extranjera en su propio país. Que vivieran puerta con puerta hizo el resto. Abel salió del baño.

—Yo no entiendo que a estas alturas una persona no tenga un móvil.

—Tú eres un nativo digital, enano. ¿No se dice así? —Se acercó a buscar el beso olvidado—. Esta mujer vive en un mundo diferente al tuyo.

—Bueno, ya aparecerá.

Lara lo miró, confusa, buscando qué de ella había en ese chaval con emociones tan controladas.

El día en el que pensaba contarle a Juliette que Andrius se había mudado al sur de Londres, esta apareció para decirle que se volvía a Francia.

—Me ha salido una oferta irrechazable en la mejor discográfica de mi país.

Lara, entonces, decidió no hacer un drama.

—¡Qué me alegro por ti, Juliette!

Lo decía con sinceridad. Las dos sabían que su jefa no había terminado de integrarse en la sociedad londinense en todos esos años. Quizás demasiado metida en el ambiente lésbico de la ciudad, Juliette estaba fatigada de cambiar de relación cada mes, de sentirse defraudada con cada nuevo grupo de amigos culturetas que creía encontrar en su empresa, de la eterna lluvia inglesa.

—No te vas al Caribe, tampoco vayas a engañarte.

Juliette sonrió, temerosa por confirmar lo que parecía obvio.

—Voy a traspasar la creperie, Lara.

Como si el no haberle hablado de la ruptura con Andrius le hubiera servido para demostrarse que podía ser fuerte, Lara mantuvo el tipo.

—También me vendrá bien un cambio, no te preocupes. —Se derrumbaba por dentro—. En esta ciudad lloverá mucho, pero no se puede decir que sea difícil encontrar un curro.

—Eres grande, Lara. —Le dio un beso sentido, con el cuerpo tembloroso por la emoción—. Voy a echar de menos nuestras cervezas en Marylebone.

—París está a un rato en tren, llorona.

—¿Quieres que ponga como condición para el traspaso que mantengan tu contrato?

A Lara esa pregunta le llegó a lo más profundo de su corazón. Nadie nunca había hecho algo así por ella.

Sin embargo, esa tarde de nubes rápidas estaba marcada en su calendario como la del cambio de rumbo. Había que estar fuerte, aunque supiese adivinar que llegarían muchos jueves en que desearía salir corriendo para llegar a tiempo a esa cerveza con su francesita.

—¿Cómo está Andrius?

—Está bien. —Y se le abrazó con la fuerza de las despedidas que nunca quieres conocer.

Lara se metió bajo el edredón con Juliette en la cabeza. Había olvidado por completo su apellido y no tenía forma de buscarla en las redes sociales. No se perdonaba haber podido perder una relación así por la dejadez que provocan, en las emociones de las personas, las vidas estresadas. Llevaba tiempo agarrándose a la posibilidad de llamar a los principales estudios discográficos de grabación en París y preguntar por ella. ¿Tenía Juliette algún modo de encontrarla? No sabía hasta qué punto había dejado garbancitos que le dieran un hilo del que tirar para volver a dar con esa eficiente camarera española que tan bien trataba a los clientes de su creperie. Se lamentaba, agarrada a su almohada, de haberse soltado para siempre de alguien tan válido como ella.

Le gustaría invitarla a Sevilla, mostrarle ese negocio que era todo suyo. El pequeño hotel del que siempre le hablaba cuando las cervezas corrían por la barra de madera de su barecillo de Marylebone. Recogerla en el aeropuerto, darle un achuchón, mostrarle al grandullón de Abel, que comprobase con sus propios ojos que ya la cojera era una pesadilla ya vencida, que habían sido capaces de salir victoriosos de esa batalla a la que no esperaban enfrentarse.

Entonces le confesaría que no quería ser abuela, a Juliette le diría entre cañas por el centro de Sevilla que su hijo lo tenía todo para no necesitar hipotecarse tan joven con una paternidad que ya tendría tiempo de venir.

Echó terriblemente en falta poder llamar a su amiga francesa.

Quizás por contraposición le vino entonces a la cabeza la imagen de Reyes. ¿Por qué no pensaba en ella cuando se le venían a las tripas sus ansiedades? ¿Qué podía reprochar a alguien como esa sevillana pura vida, desastre y divertida a partes iguales, que nunca le había fallado?

Tenía todas las razones del mundo para estar defraudada con sus silencios, sus secretos, las distancias que marcaba Lara respecto a ella. Tal vez por verla demasiado simple. Quizás excesivamente luminosa para ponerse en su piel.

Ansiaba recuperar una forma de llegar a una ingeniera de sonido francesa que desapareció para nunca volver y no valoraba tener a pocas manzanas de allí a una chica que estuvo a su lado siempre que Lara la necesitó.

Lara encontró trabajo incluso antes de que Juliette hiciera las maletas. Se trataba de un restaurante de carne argentina en pleno Covent Garden.

El hecho de que diera servicio de desayunos a un hotel del mismo edificio era una señal, a juicio de Lara, para poder abrirse paso a su verdadera vocación, formarse en la gestión hotelera, desde las bases, para llegar algún día a regentar un pequeño establecimiento en España.

—Alucino con lo claras que tienes las cosas —le decía Juliette, en esas cervezas en Marylebone que siempre parecían las de despedida.

—¿Claridad de ideas? ¿Eso me lo dice la ingeniera de sonidos que siempre quiso montar su discográfica?

Sus años en la creperie, muchas veces bregando sola entre la terraza y en la sala con mesas llenas de turistas hablando en distintos idiomas, le daban una seguridad que le ponían un escalón por encima de todos sus compañeros. Sabía aconsejar los puntos de la carne, los vinos adecuados para cada plato y podía explicar, como si hubiera hecho el recorrido en uno de los contenedores, cómo iban vigilados los parámetros de cada lote traído de Argentina. Todo sin perder la sonrisa.

—Estamos encantados contigo —le comentó el jefe de sala a los dos meses de comenzar—. Hemos pensado en darte la responsabilidad del turno de tarde entre semana.

Ella lo celebraba dándole achuchones a un Abel rollizo que hablaba sin parar en un español inundado de expresiones en inglés.

Estar tan ocupada provocó que esos meses de inicio pasaran a una velocidad brutal. No necesitaba nada que no fuese su niño, a quien podía llevar y traer de la guardería, o su equipo de trabajo en el restaurante, jóvenes venidos de las cuatro esquinas del planeta.

El círculo de la felicidad lo remató una joven neozelandesa que entró en su casa la misma semana de su cambio de empresa. Aunque compartía habitación con unos amigos venidos de su país, Lara le acondicionó una cama portátil en el antiguo estudio de Andrius, de modo que prácticamente dormía allí casi toda la semana.

—¿Ves que mueva mejor las piernas, Tina?

La chica siempre lo veía todo mejor, lo que animaba el espíritu de Lara hasta reconfortarla por completo.

Un domingo, al anochecer, con Abel dormido en su barriga, se dio

cuenta de que no tenía a Andrius, ni a Juliette, ni a Maxi, ni un teléfono en la cabeza a quien llamar para decir que era absolutamente feliz.

Reyes supo desde que le cogieron el teléfono en el bar Las Cumbres, que iba vestida adecuada para la ocasión. No era una zona peligrosa de Sevilla, pero sí una con las rentas más bajas, y ella tenía el recuerdo de sus primos pequeños, asalvajados como piñas en pandillas que no tenían más distracción que gastarles bromas a los carteros.

—¿Está Gustavo? —preguntó, en cuanto se pidió un café, estirándose los pantalones de pitillo en el taburete e imaginando cómo quedarían esos rabillos largos de rímel al fondo de la barra.

Aunque no tenía ni idea de quien pudiese aparecer, cuando el hombretón de barriga prominente se acercó a su esquina, Reyes confirmó que entraba dentro de lo previsto. Un hombre maltratado por su mala vida.

—¿Qué quieres? —le preguntó, con malas pulgas.

—Buenas tardes, Gustavo —carraspeó, para coger el tono chabacano preciso que requería la situación—. ¿Tienes cinco minutos para un café? —Miró hacia la mesa vacía que tenían detrás—. Yo invito.

—Yo estoy limpio desde hace años, señorita. Así que puede irse tranquila, que aquí no va a encontrar mercancía.

—Estoy buscando a Gonzalo. —No quiso andarse con rodeos.

Se hizo un silencio inesperado que alegró la tarde a Reyes. En esa reacción de Gustavo se confirmaba que iba por el buen camino, pero al mismo tiempo la intranquilidad le subía por las piernas. De pronto se sentía desprotegida en ese barrio del que no conocía las salidas para correr y buscar un taxi.

—¿De dónde sales tú? —El tipo no esperó a su respuesta y rodeó la barra tras servirse un carajillo. Cuando llegó a la altura de Reyes, esta ya estaba sentada a la mesa.

—Un compañero tuyo de prisión me pasó tu nombre y la dirección del bar. No sé cómo se llama.

A Reyes todos los terrores se le aparecieron de golpe. Desubicada por completo, había olvidado los posibles escenarios que se planteó antes de llegar allí. Decirle que esa información la encontró en la cárcel era jugar demasiado fuerte. Se acordó de la foto de Gonzalo y se la buscó en el bolsillo.

—Es este el tipo.

De un manotazo, Gustavo le tomó la foto. Vio en su cara que no

eran buenos amigos.

—Un cabronazo —confirmó.

—Lo sé. Me atacó el otro día cuando quedé con él a través de una aplicación de…

—¿Qué coño quieres, vida mía? —Se bebió de un trago el carajillo para confirmarle que no le iba a conceder ni un minuto más.

—Estuve en su casa. —Trató de jugar a ser Lara—. Justo antes de que me agrediera vi una foto suya con alguien que fue importante para mí. Busco a la desesperada… —Se arrepintió de ser tan pasional —. Busco encontrarlo.

—¿Al amigo del tiparraco de la foto?

—Sí.

—¿Y qué cojones tengo que ver yo con esto?

—Se llama Maxi.

Por segunda vez el silencio. La taquicardia se hacía presente en el pecho de Reyes. Hubiera pedido un tiempo muerto para ir al baño y echarse agua en la nuca. Cerró los ojos. Iba por buen camino.

—¿Qué tienes que ver tú con el Maxi?

—Es el padre de mi hijo.

—SOlo sé que lo conoce y que está vivo.

—Ya podías haberme avisado. —Pablo se asomaba entre las estanterías. Era hora propicia para que Lara apareciese—. Es un contacto que te han pasado en la cárcel y es un barrio chungo. Ya te vale.

A Reyes, más que agobiarle, esa reprimenda la motivaba. La hacía sentir protagonista de una serie de Netflix.

—Sí, hubiéramos ido los dos como una pareja de la Guardia Civil. —Sonreía, a pesar de recordar haber pasado más de un susto—. No te imaginas lo arrabalera que iba yo disfrazada. Te podías imaginar cualquier cosa, menos que viniera en plan detective.

—Así que le dijiste que tenías un hijo de Maxi. —Ella asintió, atenta a los gestos en Pablo, insegura de haber metido la pata—. ¿Y qué edad le dijiste que tenía tu niño?

—No me lo preguntó.

—Menos mal.

—Menos mal, ¿por qué?

Pablo volvió a la caja, pero antes se asomó por ver si se veía al fondo de la calle a Lara acercándose.

—No lo sé, Reyes. Pero cuantas menos pistas le des, mejor. A mí esto me suena todo muy sucio, no estamos diciendo nada a nuestra amiga y hay un chaval de 19 años por medio al que no me gustaría

que le hiciesen daño por historias de sus padres. —Reyes se tapó la boca y abrió los ojos—. No hemos hecho nada grave hasta ahora, no seas tonta. Pero cualquier paso nuevo que demos lo tenemos que compartir, ¿vale?

Reyes pareció tranquilizarse. Miró el reloj.

—Tengo que ir a cerrar el negocio. ¿Has quedado con Lara?

—No, pero estoy seguro de que aparecerá. Está inquieta con la casera cotilla, hemos entrado en su casa y allí no está. —Reyes puso cara de no saber—. Lleva días sin dar señales de vida, Lara se la encontró enferma en la cama y no tenía un teléfono al que llamarla.

—Tira de tu amigo policía. —Se acercó a Pablo—. Le das una chupadita y le pides otro favor.

Pablo sacó la lengua y le chupó la nariz.

—¿Una chupadita así?

Abel consiguió convencer a su madre, al menos temporalmente, de que las noticias sobre Merche llegarían antes que después. A fin de cuentas, era la propietaria del apartamento donde vivían y la situación tendría que enderezarse de alguna manera.

—No puedes coger un cariño tan tremendo a la gente en tan poco tiempo.

Lara sabía que su hijo tenía razón, así que decidió desconectar de todo el maremoto que la había descolocado desde que días atrás se cruzase con la foto de Maxi en el apartamento de un impresentable.

—¿Sabes qué es lo que va a solucionar todo esto? —Abel se quitaba los cascos para escucharla, con un bocata de Nocilla entre las manos —. El hotel. Va a tener mi mente ocupada al cien por cien. Ya empieza a darnos alegrías. Voy a tener que darle la razón al comercial.

—¿El que no valía un pimiento?

—Ese mismo —le confirmó, con cara de guasa.

Abel temía esos ratos junto a ella desde que le confirmó que iba a ser padre. Cierto que tenía un sueldo y apenas gastos, tanto como que cada vez se le hacían más grandes las dudas acerca de un futuro ya marcado con 19 años. Quería y no quería que su madre sacara el tema, quería y no quería que le convenciese de lo que tuviera que hacer. Se sentía hombre y niño al mismo tiempo, horrorizado y entusiasmado a partes iguales. Sabía que a silencios ganaría él, conocía demasiado bien a su madre, así que solo tuvo que esperar a que Lara dejara traslucir su estrategia. Admiraba, en su fuero interno, la capacidad vital de su madre. Quería, sin quererlo, que ella tomara el timón.

—¿Qué tal estás con Ana?

Iba bien tirado, pensó Lara. Ya que no le daba terreno para jugar en el tema de la paternidad, se disponía a atacar el flanco de la relación. Ana, una niña tímida y posesiva, era su primera novia. Lara sabía que no sería la única, pero quien tenía que verlo era Abel.

—Estamos bien. —Él estaba bloqueado, miraba su móvil y escuchaba música, cuando lo que quería era dejar todo de lado, que su madre lo abrazara y le mostrase una salida.

—¿No os veis poco? —Lara tanteaba el terreno.

—Está con el turno nocturno en el instituto, y por la mañana a mí me coge trabajando. Alguna vez me busca a la salida del curro.

—Ahá. —Confirmado, su hijo tenía ganas de hablar.

—Ya nos vemos los fines de semana.

—Perfecto... ¿Dónde os iréis a vivir cuando nazca el niño? —No sabía si era bueno entrar tan a saco de golpe, pero se veía en la obligación de hacerlo.

—En principio estaremos cada uno en nuestra casa.

—Ahá.

—Deja de decir 'ahá', mamá.

Se hizo el silencio de nuevo. Lara, consciente de su posición de fuerza, se marchó a la cocina a preparar no sabía muy bien qué. Conocía lo suficiente a su hijo para saber que iría a buscarla. Le daba cinco minutos. Sacó media nevera sobre la encimera, sin tener ni idea de para qué. Quería que la cogiese ocupada. No tardó dos minutos en aparecer.

—¿Crees que debería irme a vivir con ella?

—Sería lo más lógico. —No lo miró a la cara.

De entre los botes de la despensa tomó un rollo de papel aluminio. Le temblaban las manos. Empezó a cortar trozos sin saber qué hacer con ellos.

—¿Quieres que me vaya? —Abel estaba más nervioso que ella.

—No, Abel. —Lo miró a la cara, tenía que retener las lágrimas. Le dio un beso en la frente. Volvió al papel aluminio—. Pero de aquí a unos meses lo primero tendrá que ser tu hijo, o tu hija. ¿Cuándo os van a decir qué…?

—Me daría mucha pena dejarte sola.

—Bueno, a mí también. Pero ya podré organizar cenas románticas sin pedirte permiso y traerme a mis novietes a follar.

—No me vaciles, mamá.

Con todas las lonchas de jamón york repartidas por la encimera, Lara empezó a cortar rodajas de fuet.

—¿Quieres una cerveza?

Abel, perdido en su laberinto, se agarró como un oso de peluche a su madre.

—¿Y estA alegríA? —Reyes, sorprendida, la recibió con los brazos en jarra—. Te has convencido ya de que una directora de hotel no puede tener esa cara de muerta, ¿no?

—Reyes.

—Parece que estás hecha de leche desnatada, Lara. Si hasta las venillas de las ojeras se te transparentan, madre de Dios.

—No he venido a darme rayos, petarda. —Eso es lo que se temía Reyes—, sino a buscarte para tomarnos un café.

—¿Pasa algo?

—Digamos que qué es lo que no pasa…

—¿Drama Queen?

—Luego dices que no te cuento las cosas…

—Anda, déjate de cuentos y pasa a la cabina. En cinco minutos viene Cinta a echar unas horas y así me puedo quitar yo de en medio. Venga usted para acá, reina de los dramas. —La cogió por la muñeca y Lara se dejó hacer—, que aquí tienes tu casa y ya te vale haber tardado tanto tiempo en volver a visitarme.

Reyes se maquilló en el baño, nerviosa por no saber qué decir de todo cuanto sabía. No quería, en ningún caso, que perdiese la confianza en ella, aunque estaba encelada, en cierta forma, por su relación privilegiada con Pablo. Daba por supuesto que este no le había contado nada del email de Maxi, ni de su visita a la cárcel y a ella le tocaba apechugar con lo que Lara le tuviese que contar sin delatar sorpresa.

Animada por la recepción de Reyes, Lara salió con una sonrisa de la cabina.

—Tienes razón, parezco una momia.

—La de Tutankamón, Lara. Tienes que cuidarte más, que tienes una labor de cara al público, muy comercial. Mira cómo está tu amiga. —Dio una vuelta sobre sí misma, con los tacones para imprevistos que acababa de sacar de la taquilla.

—Achicharrada como Gunilla Von Bismark. Ten cuidado con tanto rayo uva, hija mía.

Quizás por evitar territorios de Pablo, habitual paseante de la zona cuando tenía personal en la librería, decidieron tirar para la Buhaira.

—El hotel va como una moto, ¿sabes?

—No puedes imaginarte cómo me alegro. ¡Tu sueño hecho realidad!

—Bueno, para eso queda mucho, ¿no crees? Tendrían que pasar tres meses a este ritmo de ocupación para que yo empezara a creérmelo.

—Todo se andará, querida. No conozco a persona más constante

que tú. —Creía que Lara necesitaba mucha fuerza esos días y ella no iba a sacar ningún tema que su amiga no quisiera remover—. Eres una profesional como la copa de un pino.

—Ahora ejerzo todas las profesiones al mismo tiempo. Desde hacer camas a preparar desayunos.

—¿Drama Queen?

Lara soltó una carcajada de las de entonces, de las de los viernes por la noche en Greenwich, cuando Reyes le sacaba la libreta con todas sus dudas en inglés e imitaba a cada uno de sus jefes de la discoteca Heaven.

—Mi enano va a ser papá. —Dudó, Lara, si empezar por hablarle de la desaparición de Merche o de su próximo papel de abuela con 40 años.

Reyes se quedó clavada en tierra, más feliz que otra cosa, porque en la sorpresa encontraba una salida al bloqueo que suponía el drama de Maxi. Lo de Abel tenía una solución sencilla y quitaría a ese tipo de la cabeza de Lara por un tiempo.

—¿Abelito?

—Tú lo has dicho, Abelito. ¡Es un crío!

—Tú también lo eras cuando…

—¡No me vengas tú también con esas!

Lara se paró en seco.

—Es que es lo primero que se me viene a la cabeza. ¿Quién más te ha venido con esas?

—Mi propio hijo.

—Pues claro, vida mía. —Cruzó los brazos en actitud pacífica—. Él no hace sino repetir el rol de quien es su "ídola". ¡Tú! Llevas media vida justificando por qué lo tuviste siendo una adolescente, lo mucho que te ha acompañado, lo orgullosa que estás de ser madre tan joven, patatín, patatán…

—Eran otras circunstancias.

—¡Eso no lo sabe él!

El silencio invadió toda la acera de la avenida. No les apetecía sentarse en ningún velador. Siguieron caminando.

—Yo sé que está cagado, Reyes.

—Como lo estarías tú por entonces.

—¡Deja de comparar por un momento, por favor! —Hablar con Reyes le servía para aclarar sus propios argumentos—. A esa edad yo le daba mil vueltas a este niño. Ya había enterrado a mis padres, me había ido al extranjero, vivía sola, era la encargada de un negocio. ¡Deja de comparar!

Reyes la tomó contra su pecho, en sus típicos abrazos de pulpo.

—¿Qué puedo hacer, Reyecitas?

—Déjamelo a mí.

El romance con Spencer empezó mucho antes de que Lara se diese cuenta. Fue él quien le abrió la puerta a que se encargase de los turnos de tarde, quien habló con el jefe para que adaptase sus horarios y así poder recoger a Abel de la guardería, quien la suplía cuando tenía que acudir a rehabilitación con el niño.

Fue una gripe fuerte convertida en neumonía la que provocó que Lara descubriese cuánto le importaba. Hubo dos días críticos, en los que se corrió la voz de que estaba entubado en el hospital, en que todo su mundo armonizado se desmoronó sin remedio.

Tiró de Tina para todo, desapareció de casa y dobló turnos para que la baja de Spencer no se notase en la empresa. Cada noche, al salir, acudía al hospital para saber de primera mano cómo evolucionaba.

—No sé cómo agradecértelo, Lara —le dijo el primer día que se incorporó al trabajo, con al menos diez kilos menos, los pómulos marcados y unos ojos azules que ella no había sabido ver.

—Hubieras hecho lo mismo por mí.

A partir de esos días, sin hablarlo ni forzarlo, Spencer aparecía cuando recogían las mesas de fuera para proponerle una cerveza de relax en Nag's Head, que empezó a actuar como el pub de Marylebone en los recientes tiempos de una Juliette a la que echaba terriblemente en falta.

—No sé si soy una persona de amistades únicas. —Se atrevió a confesarle con una de esas pintas, sin imaginar cómo de colgado estaba ya Spencer de ella.

—¿Puedo confesarte algo, Pablo?

—Miedo me dan tus confesiones.

—Nunca tuve un amigo íntimo gay, ¿sabes? —Pablo puso morros de temer lo peor—. Y sois ideales para una mujer como yo.

—¿Como tú?

—Verás. Soltera, cuarentona, con un niño. —Se frenó, divertida, para esperar la reacción en él, siempre teatral.

—¿Quieres un matrimonio de conveniencia? ¿Que te insemine sin amor?

Lara soltó una carcajada. Como dos novios, Pablo la había acompañado hasta el portal. Él había evitado el alcohol, en su enésimo intento de dejar de beber a diario, pero Lara llevaba muchas cervezas encima. Estaba graciosa.

—Yo siempre me he planteado que me comporto con los amigos como con los novios, ¿sabes? —Pablo hizo gesto de no entender—. Los tengo de uno en uno. Soy así de acaparadora. Muy intensa. —Buscó, sin ganas, las llaves del portal—. Por eso estoy tan feliz aquí en Sevilla, porque me reparto entre varias personas a las que quiero mucho. Y que sé que me quieren de verdad, como Reyes, como Merche, como tú. Porque no hay segundas intenciones ni nada raro…

—Hace apenas meses que nos conocemos.

—Tú te callas, ¿vale? —Le dio un par de besos y se quedó unos segundos agarrada a él—. Necesito como el aire gente como tú.

Habituada a los paseos nocturnos con Spencer en los que esquivaban estaciones de metro para alargar la compañía, cuando los primeros besos de despedida dieron paso a arrumacos en su coche, las noches en que lo cogía para acercarla a casa, en un día cualquiera de esas tardes largas que presagiaban el verano, volvió a aparecer no solo un email de Maxi, sino dos.

Tenían fecha de una semana antes, algo impensable un año atrás, en los tiempos en que Lara abría el email dos y tres veces al día en busca de una señal. En el primero le explicaba con términos técnicos la situación de su enfermedad, las sesiones conjuntas de radio y quimio, las secuelas en el habla, los duros ejercicios de rehabilitación. En el segundo correo, días después, desesperaba por una palabra de amor.

"Dime que estás ahí".

Lara quedó planchada delante del ordenador. Ya la casa estaba a oscuras, Tina había vuelto a la suya y Abel dormía a su lado.

Con mentalidad suicida, pensó en matar su nombre, su rastro, su email. Desaparecer para Maxi. No podía de nuevo volver tanto dolor, la ansiedad del amor no correspondido, la incertidumbre de invertir en alguien que ya no sabía si andaba vivo o muerto, que se mecía al ritmo que él marcaba, sin importarle dar señales de vida más que cuando él decidía que debía hacerlo.

Se conjuró, entonces, para no escribirle. No podía sentir tanto, otra vez, por un fantasma.

Simuló que nada había leído, sudó lo indecible por no abrir el correo cada noche al acostarse, se agarró con más fuerza que nunca a Spencer, quien, en esos días, como si presintiera el vacío en el estómago de Lara, le había propuesto buscar un apartamento en común.

—Podemos permitirnos un piso grande lejos del centro, en el que darnos el espacio suficiente a los dos.

Esa forma tan humilde de proponerle amor la despistaba. Lara, esos días, necesitaba que alguien tomara las riendas por ella, que le dijese deja esa casa, vente conmigo, quítate tonterías de encima, lucha por ser tú. ¡Tira ese ordenador!

Pero Spencer no era así, Lara dio largas y volvió a abrir un correo que rebosaba de gritos de amor.

—Sé que andáis detrás de mi padre —soltó Abel a Pablo, que apenas dio un parón con ceño fruncido al escucharlo, en cuanto este apareció por casa con una tarrina de caracoles—. Reyes y tú pensáis que no tengo orejas cuando se va mi madre.

Pablo no pudo sino sonreír con la agudeza del chaval.

—Abelito…

—Ella está todavía en el hotel. Me dijo que te fuera poniendo una cerveza. —Pablo entró, tras desordenarle la gomina del pelo con sus manazas—. Tengo algo que enseñarte.

Dejó que Pablo se instalara y acudió a su habitación. Cuando volvió, ya el amigo de su madre se había servido la cerveza y había puesto los caracoles a calentar. Le gustaba a Abel la sensación de tener un hombre en casa.

—Mira.

Le mostró una foto enmarcada en aluminio.

—Mi padre y el del Tinder.

Pablo se la quitó de las manos.

—¿De dónde has sacado esto, Abel?

—De casa del hijo de puta ese, ¿de dónde lo voy a sacar? —se envalentonaba como gallito de pelea—. Le insinué a mi madre que iría a buscar la foto, pero me dijo que ni se me ocurriera. —Tenía a Pablo ensimismado con su narración—. Ha sido tela de fácil. Me vestí con mi mono azul de instalador y le dije que venía a comprobar su router. El cabrón, que estaba en calzoncillos, me dejó pasar y se metió en el baño. Es verdad lo que decía mi madre de la cicatriz. —Puso cara de asco—. Pensé en sacarle una foto a la foto, pero estaba demasiado nervioso, la verdad. Así que metí el marco entero en la caja de herramientas.

—Eres un héroe, chaval.

—No tires la bolsa de caracoles y métela ahí, que no la vea mi madre. —Pablo obedeció—. Tú tenías un follamigo policía, ¿no?

—Eres la vieja del visillo, Abel.

—Pues eso, que yo me cosco de todo.

Tras una carcajada pensativa, Pablo volvió a sacar la foto de la bolsa.

—¿Este bar dónde está, Abel, que tanto me suena?

—El Barrabás, en la Plaza del Museo.

—¡Eso es!... Pero ese bar es relativamente moderno, ¿no?

Abel se encogió de hombros.

—Yo estoy recién llegado de Londres, señor detective. Pero me imagino que se podría preguntar.

A Pablo se le ocurrió una maldad.

—No tendrías más que ir con tu mono de técnico instalador, ¿verdad?

—Y preguntarles en qué año montaron el bar para ver si tenemos que cambiarle a fibra óptica.

—Por ejemplo… Así sabremos si la foto es reciente o no. Anda, sírvete una cerveza, esto se pone interesante. —Pablo dio un sorbo, incómodo por meter presión al chaval—. O lo mismo me acerco yo mañana a tomar una cerveza al… ¿cómo has dicho que se llama?

—Barrabás… Haz lo que quieras, pero yo lo hago más que nada por mi madre. —Se oyó la cerradura de la puerta de entrada—. A mí el fantasma ese me la trae floja —susurró el chaval.

Si algo tenía claro Lara es que no iba a cometer el mismo fallo que con Andrius. Ni una palabra a Spencer de la aparición de Maxi, ni una posibilidad de que viera sus correos. Esa otra vida era exclusiva de ella y tenía que aprender a ser adulta, a trabajar su intimidad.

La duda lo sobrevolaba todo, pero Lara había conseguido encapsularla en un territorio al que viajaba cada noche cuando Abel ya dormía y se alumbraba con el único foco de una tele encendida sin volumen.

Ella volvía a suplicar llamadas que no llegaban.

"Estoy tartamudo, Lara. Los médicos insisten en que no fuerce el habla, que lo haga solo con el logopeda delante".

Ella insistía.

"Al menos un teléfono al que pueda enviarte mensajes".

El frío venía entonces, porque la pasión de Maxi era inversamente proporcional a las peticiones de acercamiento de Lara.

"Yo no te pido nada, mi amor".

—Me dice "mi amor", Tina. Y se queda tan pancho.

Como dique de contención, Lara se refugió en su canguro. A ella le confesaba, entre lágrimas, su ansiedad. Le leía los correos de Maxi una y otra vez, buscaba interpretaciones en las carantoñas de Tina, desoía sus consejos cuando no le interesaban, se agarraba a ellos cuando le hablaban de darle otra oportunidad al padre de Abel.

—Daría mi vida por recibir emails tan hermosos, Lara.

Pero Lara no leía todo, no le confesaba que se hacía fotos desnudas para él, que buscaba cómo hacerse un vídeo para tocarse entera como si fuesen las manos de ese chaval enfermo quienes la poseyeran.

—Cuando me besa Spencer, cierro los ojos y solo lo veo a él.

Con todo el nerviosismo de no saber qué estaba haciendo, Lara acudió a la cita descompuesta.

—Este es Fernando. —El tipo, cercano a los cincuenta, bien conservado y grandullón, casi tira la mesa al levantarse—. Y este es mi Adrián.

Reyes volvió a sentarse, sin soltar el brazo de su amiga.

—Estás sudando —le susurró al oído.

—No me gusta nada, Reyes.

—Calla y pídete una cerveza.

Si había alguien que le ponía sexualmente era Adrián, un niñato más joven que Reyes que no paraba de reír sin sentido. Fernando, hablador, culto y gris a partes iguales, pronto comprendió que no había dónde rascar con Lara. Fue tan violenta la escena que aprovechó para escaparse tras pagar la cuenta en la barra.

—Eso no lo hace un caballero —protestó Lara, con la boca pequeña.

—Yo me hubiera ido antes —soltó Adrián, con una carcajada—. Dios mío, si has pasado del abuelito como de la mierda.

—¿Abuelito? —Reyes puso los brazos en jarra.

—Pero si tu amiga es un pibón, cariño. ¿Cómo se te ocurre querer juntarla con este hombre? Qué era ¿juez? No me he enterado un pimiento de lo que ha dicho.

Reyes llamaba novio a sus ligues en la segunda cita, y en ese momento le apetecía más charlar con Lara que aguantar las risas de su Adrián.

—¿Está bien mi valencianita?

A Lara se le había alegrado la cara con los piropos del novio de Reyes.

—Sí. Estoy bien. Pero, joder, Reyecitas, que este hombre era un muermo. Ya tuve un Spencer en mi vida, esa asignatura de padre protector ya la tengo aprobada.

—¡Vamos a tomarnos un gintónic, válgame Dios! —Le dio un pico en la boca a su chico y lo mandó a la barra—. Anda, chulo, que los traigan bien cargaditos, que mi amiga y yo te vamos a enseñar lo que es coger un pedo.

—No seas burra.

—¿Ha aparecido la casera? —Reyes aprovechó el momento a solas; Lara negó con la cabeza— ¿Noticias del padre de tu niño? —Volvió a

negar—. ¿Ha abortado ya tu nuera?

—Mi nuera dice… —Meneó la cabeza, desesperada—. ¿Tú no ibas a hablar del tema con mi hijo?

—¿Qué tema? —Adrián llegaba con los gintónics.

—Tú calla, cabeza de chorlito. Que hablamos de cosas importantes. —Volvió a dirigirse a Lara—. Viene mañana a casa para revisarme la conexión a internet.

—Pero si va de puta madre —intervino Adrián.

—Que te calles, petardo. Que esta es una conversación entre mayores.

Pablo se situó estratégicamente en la bancada exterior del Barrabás, para poder salir y entrar del establecimiento.

—¿Me pone otra cerveza?

Tenía la foto con él y conseguía encuadrar a la perfección el sitio donde posaron Maxi y el mamarracho del Tinder. Por la vestimenta, debía de hacer algo de frío por entonces. Por lo que pudo ver al ampliar la foto escaneada en el ordenador, los naranjos parecían tener resto de azahar. Podría ser primavera.

Cuando ya llevaba dos cervezas y la chica que le atendía se acercaba con una sonrisa a proponerle otra, le enseñó la foto.

—¿Te suenan? —Ella puso cara de no tener ni idea—. Son amigos de toda la vida a los que tengo perdida la pista, y me consta que suelen venir por aquí.

—Lo siento, caballero.

Le molestaba en el alma que le llamasen caballero en sitios informales.

—Me tomaré otra caña, a ver si les da por aparecer. —Notó en sus palabras que el alcohol le había subido a la cabeza—. ¿Cuánto tiempo lleva abierto este sitio?

—Apenas un año, caballero.

—Como sigas diciéndome caballero voy a pedir que venga un compañero tuyo a servirme.

—Son reglas de la casa, lo siento. Sé que no pega nada que le hable de usted.

—¿Tienes alguien de confianza a quien le puedas enseñar la foto?

—¿Es usted policía?

Pablo soltó una carcajada de autenticidad.

—A mí que me registren…

La chica tomó la foto, la metió en su mandil y tiró hacia la barra.

Con el móvil en sus manos, Pablo escribió un mensaje a Abel para decirle que el bar no tenía ni un año de vida. Era una forma de darle

importancia al chaval y evitarle meterse en líos. No tardó el hijo de Lara en responder con un 'gracias' seco.

—¿A quién de los dos anda buscando, caballero? —Un camarero en la cincuentena llegó con la foto en la mano.

—A este. —Pablo no dudó en señalar a Maxi con el dedo.

—¿El hijo de la alemana?

—Estudié con él. —Pablo ya tenía más información de la imaginada—. Ahora no vivo en Sevilla, me he pasado por su casa y no hay nadie. —El camarero lo observaba con atención, no quería perder pie—. Perdí su móvil.

—Llevo media vida trabajando en esta plaza —comentó el hombre —. He tenido la suerte de que me contraten aquí… —Tanteaba a Pablo—, así que conozco a toda la fauna. —La denominación peyorativa no la supo encajar—. ¿Usted qué sabe de él?

—¿Qué debo saber?

—¿Usted es secreta?

Pablo levantó las manos en señal de inocencia. Comenzaba a estar inquieto. Recordó las múltiples operaciones a vida o muerte a las que estuvo sometido Maxi, intentaba sacar información de las charlas con Lara.

—Ha tenido una vida muy dura.

—¿Dura? —El camarero, inquieto, tomó de nuevo su bandeja—. Dura la que le ha hecho pasar a su madre, toda una eminencia universitaria que ha dado siempre la cara por él…

—Ella debe haberse jubilado ya ¿no?… —Pablo quería sacar un clavo al que agarrarse. El camarero volvió a mirar la foto. Estaba bloqueado—. La señora, le decía, ¿sigue con sus clases?

El hombre le miró a los ojos.

—Hace tiempo que no la veo pasear por aquí, andaba muy mal de salud…

—Daba clases de alemán en Filología, ¿verdad? —No quería perder el hilo. El camarero asintió—. Me acercaré por la facultad a hacerle una visita. A ver si me dice cómo puedo dar con el Maxi…

—Aquí no lo va a encontrar en algún tiempo ni yo me quiero meter en líos.

—¿Dónde tendría que buscarlo?

—En chirona, dónde piensa que va a encontrarlo.

—Pero…

—No sé nada más, caballero. Me está usted metiendo en un buen apuro. Buenas noches.

No haber aceptado la propuesta de vivir juntos no supuso a Spencer un obstáculo para seguir queriéndola igual. Lara, cómoda en su papel de amada, manejaba su vida con el bienestar que producen los días en calma. Cada vez más valorada en su trabajo, no suponía un esfuerzo para ella el concentrarse en cada momento del día en aquello que ocupaba sus desvelos. Las mañanas eran de Abel, las tardes de su empresa, el camino de vuelta era un paseo delicioso con Spencer y las noches una orgía de emociones con Maxi, que cada cierto tiempo le ofrecía una herramienta nueva para disfrutar de esa rara vida en pareja a tiempo partido. Instaló una aplicación para poder chatear, con la inmediatez que suponía recibir noticias del otro lado del Atlántico en décimas de segundo, cuando la noche se cerraba en Londres y apenas atardecía en las afueras de Boston.

"Lleva la vida que quieras llevar, amor mío", le proponía desde tierras americanas.

"Que te toquen otros brazos, que te hagan el amor, Lara. Yo siempre estaré aquí".

Ella, desbordada por esas propuestas de libertad absoluta, se enrocaba más en Maxi cuanto más le proponía juegos perversos. Si se acercaba a él, este le castigaba con noches sin aparecer; si, en cambio, le hablaba de Spencer, o de las cervezas con Tina, Maxi volvía a ser el de entonces, el que se acurrucaba con ella en esos meses compartidos en el Londres que acababan de descubrir.

"Cómprate una webcam para mí, amor mío", le escribía.

"Juega con tu cuerpo para mí".

Reyes abrió la puerta y lo vio pasar, como un chulillo.

—A ti el wifi te funciona de puta madre, ¿verdad?

—Abelito, ¿dónde has aprendido tantos tacos? —Reyes evitaba contestar—. Tú en Londres no hablabas así.

—En Londres hablaba tan cursi como mi madre, Reyes. No ves que no tenía nadie más con quien hablar español.

—Conmigo, puñetero.

—Pues a lo mejor los tacos los he aprendido de ti.

Reyes se rio, aliviada. Efectivamente, su wifi funcionaba perfectamente. Sacó una bandeja de dónuts y le preparó un Cola Cao. Conocía a Abel como si fuera su hijo. Fueron infinitas las tardes en las que se quedó en casa cuando Lara empezó a compaginar empleos, novios y crisis existenciales.

—¿No echas de menos Londres algunas veces? —Abel, con su bigotillo sin afeitar, asintió mientras se tragaba los dónuts—. Esas tardes tontas en que bailábamos como descosidos las canciones de Lady Gaga.

—Ale, Ale, ¡Alejandro! —Abel se puso de pie y empezó a mover el culo—. Ale, Ale, ¡Alejandro!

Reyes se quitó los zapatos, como entonces, tirándolos de una patada. Saltaron como petardos por el salón. Se fue a su ordenador y buscó, alterada, a Lady Gaga en Spotify. Metió todo el volumen.

—Don't call my name, don't call my name. ¡Alejandro!

Abel tiró también sus zapatos, se levantó la camiseta y se lanzó sobre Reyes, que lo empujó como a un peluche. Él volvió a la carga, entre las carcajadas de ella.

—¡Prepárate!

Reyes corrió hacia él y lo placó en el sofá, metiéndole las manos en la barriga, en las axilas, en busca de las risas de entonces, que venían histéricas de ese niño al que tanto quería. Abel se deshizo como pudo de ella y se fue al ordenador. Tenía ganas de un poco de Cher. Su música era la que había aprendido de su madre.

—¡Strong enough!

Se subió sobre la mesa y comenzó el baile tipo egipcio que a Reyes entusiasmaba. Ella comenzó a saltar en el sofá, como una loca, hasta que un cojín en la cabeza le hizo reaccionar.

—Pero ¡bueno!

Empezó una guerra de cojines que acabó con los dónuts en el suelo

y el Cola Cao derramado en la alfombra. Cher dio paso a Pet Shop Boys y estos a Jennifer López.

—¡Me encanta el burraqueo! —gritó ella, indiferente a dónuts y Cola Caos— ¡Vamos!

—¡Get on the floor! ¡Get on the floor!

Reyes distinguía perfectamente los movimientos torpes de las caderas de su niño, lo que le provocaba una inmensa ternura. Hubo un cruce de miradas de puro amor y ella cayó redonda sobre el sofá.

—¡No puedo más!

Abel, como el niño que fue, se tiró sobre ella, que lo agarró con fuerza entre sus brazos.

—¿Tú sabes que yo te adoro, pequeñín?

Él se dejó acariciar.

Quiso decirle que se viniera más tardes como esas a su casa, que ella necesitaba mucho esos momentos londinenses en los que todo estaba cogido con alfileres y la vida se presentaba imprevisible de tanta ilusión.

Era momento de decirle que cometía una locura siendo padre con diecinueve años, pero no quería despertar al niño que se quedaba dormido en sus brazos, como entonces.

Lara se había presentado en la librería a una hora intempestiva. Pablo, aún medio dormido, le pidió que le preparase un café.

—¿Tú podrías decirle a tu amigo el policía que investigue la desaparición de Merche?

—Lara, ese chaval es un rollete de dos noches. Se va a pensar que quiero algo serio con él.

—Es el sueño de cualquier maricón, ¿no? Tener un marido policía. —Pablo la asesinó, entre risas, con la mirada—. Vale, venga, pero ¿dónde ha podido meterse esa mujer?

—Apenas la conoces. Lo mismo es normal en ella, el aparecer y desaparecer. Fíjate en una cosa. —Trató de convencerla de una teoría que él empezaba a alumbrar—. Una persona que en los tiempos que corren no tiene móvil es una persona que pasa del mundo.

—Vaya teoría barata…

—Al menos es una teoría, mamarracha. —Terminó de abrir la reja y colocó el cartel de abierto— ¿Y ese café? —Lara se dio un porrazo con la palma de la mano en la frente y se acercó a la cafetera—. Tiene que estar tranquilito el hotel para que lo abandones a estas horas…

—No creas. Estamos al cincuenta por ciento, pero la encargada de la mañana es una chica de lo más competente.

Tomaron el café como si estuvieran a solas. Cada uno rumiaba sus

historias sin saber cuánto de ellas querían compartir.

—Así que ahora mismo no tienes ningún ligue por ahí… —Pablo negó, mientras soplaba un café que siempre le preparaba hirviendo—. Hijo, lo siento, trae para acá, que le echo leche fría. —Pablo la dejó hacer—. A mí me gustaría ser como vosotros, tener polvetes esos de aquí te pillo, aquí te mato. La petarda de Reyes me buscó el otro día una cita con un tipo que podía ser mi padre.

—Ya le vale. —Pablo conocía toda la historia de labios de Reyes.

—La cabrona está con un tipo que podría ser modelo de pasarela.

—Ella también tiene un buen polvo. —Lara puso cara de sorprendida, nunca habría pensado de Reyes en esos términos—. Ya ves que ella también es muy maricón, según tu teoría.

—No quería ofenderte.

—No lo haces, Larita…

Volvió el silencio. Pablo no quería sacar el tema de Maxi, pero necesitaba encontrar pistas.

—Del padre de Abel… —Lara levantó la cabeza de la torta de aceite que se tomaba—… ¿no conoces a nadie de su familia?

—No. —Fue tajante.

De nuevo el silencio. Pablo quería avanzar, pero no quería meter la pata.

—¿Por qué me lo preguntas?

—No sé. Estuvisteis casi un año en Londres. Vuelvo a decirte que es raro que no te dijera algo de sus padres, de si tenía hermanos, de por qué zona vivía… Es raro.

—No tenía hermanos, y sus padres se fueron con él a Estados Unidos en cuanto empezó el tratamiento. Era una familia de muchas pelas, ya te lo dije…

—No recuerdo que me dijeras nada.

—Joder, Pablo. Ya te conté que el padre era un empresario hostelero que se movía entre Marbella y Sevilla, forrado, forradísimo…

—¿Y su madre?

—¡No lo sé! —Le incomodó su propio grito—. Solo sé que era alemana. Es una pena que no te pueda enseñar una foto, porque Maxi tiene que haber heredado el físico de su madre, todo un guiri. Vaya, que ya ves lo rubiaco que ha salido Abel. Menudo genes debía tener la doña.

Empezó a desconfiar de Tina en cuanto comprobó que sus reacciones eran cada vez más viscerales, por mucho que supiera que su indignación era proporcional al cariño que le tenía.

—Te estás metiendo en un juego perverso, Lara.

Sí. Era perverso. Pero era voluntario. Y lo segundo desactivaba a lo primero. Lo hacía porque le apetecía, se dejaba llevar por las propuestas de Maxi con alegría; se sentía más viva que nunca.

—¿Dónde queda Spencer?

Era la pregunta que no quería escuchar porque, aunque tenía preparadas mil explicaciones para justificarse, era consciente de que sus argumentos no se sostenían.

—Spencer viene todos los días a recogerme porque quiere.

No mentía. Nadie obligaba a ese hombre a esperarla en el Nag's Head cada noche. De hecho, las pocas veces que Spencer no estaba allí, en la mesa alta cuadrada del fondo, a Lara se le partía el corazón.

—Yo adoro a Spencer.

Aunque no quisiera meterlo en su cama, aunque no le hablase de que por las noches conectaba una webcam para masturbarse para el padre de su hijo. Ella le daba compañía, risas. Le gustaba besarlo, acariciarlo, le pedía que le contase anécdotas de su infancia en las Barbados, que le corrigiera sus eternos fallos en inglés.

—Es una figura importante para Abel —le explicaba a Tina.

Se lo decía en verdad para sí misma, cuando lo cierto era que esa conexión estaba más en su cabeza que en la realidad, ya que intentaba no juntar sus mundos. En su mente organizada las mañanas eran de Abel, las noches de Spencer, las madrugadas de Maxi.

—Tengo derecho a vivir así.

Entonces Tina la miraba, consultaba la hora en su móvil y tiraba para su casa.

No.

Tenía que despedir a Tina.

Debía quitarse de su propia casa la voz de su conciencia.

Los desayunos cruzados se hacían tradición desde que decidieron dejar al margen a Lara. Excitadísimos con la búsqueda del padre de Abel, Reyes y Pablo se marcaban tareas compartiendo cafés, siempre en sitios diferentes, con la inquietud adolescente de no ser descubiertos por ella.

—Que Lara es muy melodramática, niño. Nos ve a ti y a mí zampándonos estos croissants sin haberla avisado y nos mata.

A Reyes le encantaba que Pablo no le respondiera; sentía una atracción fatal por él, sin paranoias. Le bastaba con que le enseñase el culo al entrar en la cabina de rayos uva o esos desayunos en que la observaba en silencio hacer la payasa.

—O sea, que el tipo responde a tu email cuando le dices que algo grave pasa. —Pablo asintió—. Pero cuando le dices que a su hijo le quedan dos semanas de vida no dice ni 'mú'.

—Así es.

—Un hijo de puta redomado. Así lo llamo yo.

Ella estaba indignada. Miraba el reloj, apresurada por abrir el negocio.

—A no ser —insinuó Pablo—, que sepa que no es verdad.

—¿Cómo? —A Reyes le salía el chocolate del croissant relleno por la comisura de los labios.

—Eso quisiera saber yo. Es una teoría. —Le dio un último sorbo al café, tenía más prisa por Lara que por él mismo, con la librería cubierta por una chica inexperta—. Imagina que los espía. Que espía a Lara y a Abel, vaya. Ya sabemos que está vivo, que está o ha estado en Sevilla hace poco tiempo…

—Por la foto…

—¿Quién te dice que el amigo de la foto no es un cómplice en toda esta movida? —Reyes dio un golpe al colocar la taza de café en el plato—. ¿Quién te dice que ese capullo de la cicatriz en la barriga no buscó a Lara en el Tinder para espiarla?

—Pablo, qué retorcido eres…

—¿Quién te dice que le puso la foto a posta para que ella la viera y supiera que el padre de su hijo estaba vivo?

—¿No es más fácil aparecer y punto?

—Ese tío lleva tres años sin aparecer, la dejó no sé cuántas veces tirada como una colilla, no ha dado la cara por su hijo…

—Bueno, nunca dejó de enviarle dinero, Pablo. Ese hotelito de

nuestra amiga está medio financiado por él, que todo hay que decirlo.

—¡No tiene huevos para aparecer, Reyes! Le está diciendo a Lara… ¡búscame!

—Y aquí andamos nosotros dos, tapándole los ojos a nuestra amiga y buscándolo nosotros. ¡Yo me meo!

Reyes soltó una carcajada con los dientes llenos de chocolate.

Tras una mañana caótica, con colas en la puerta por dos cabinas inutilizadas, Reyes salió apresurada en busca de Lara. Tenía medio controlados los horarios de Abel y no quería dejar de hablar con ella antes de que el niño llegase.

—¿Catalina o La Quinta?

Lara sacó la sonrisa de los buenos momentos y eso la tranquilizó.

—Si hay sitio en el patio, prefiero La Quinta.

Le asaltaba un cierto grado de culpabilidad frente a su amiga, por el simple hecho de estar urdiendo a escondidas, y con la complicidad de Pablo, un plan para dar con el padre de Abel. Era Reyes tan impetuosa que sus ansias por saber, por ofrecerle certidumbres a su amiga, la impacientaban en un remolino de decisiones rápidas por tomar que acababan por bloquearla.

—Ayer tuve al enano en casa.

—Y os hinchasteis de bailar. —Su sonrisa era limpia, sin tensiones.

—Qué gracioso es el condenado, Lara. Ahora está jugando a ser un hombrecillo, pero cuando se me tira encima vuelvo a ver el chavalillo que es.

A Lara le brillaban los ojos con el relato de Reyes, que tenía en su hijo su perdición.

—¿Qué te contó?

—Ha sido una primera etapa. —Trató de excusarse—. Desde que vinisteis de Londres no habíamos tenido un momento a solas para nosotros. —Lara asintió, con la mirada baja—. No es culpa de nadie. Las cosas son así, y cada vez estará más despegado. ¡Es normal!

—Se me cae el alma viendo cómo se preocupa por mí… ¡cuando la preocupada debo ser yo!

—No quise atacarle con el tema del embarazo, Lara. No vi el momento. —Su amiga le guiñó un ojo, agradecida—. La semana que viene, sin falta, me lo llevo de tapas. Verás cómo se soluciona todo.

La sonrisa limpia volvía a su cara.

—¿Y a ti qué te pasa con esa cara de pánfila?

Lara se rio.

—Que mi casera ha vuelto. ¡Sana y salva!

—Ya te digo que lo de aquel día fue un enfriamiento pasajero, Lara. —Merche se sacudía las migas de la falda, tras picotear la ensaladilla —. Cuando me llamó mi hermana se me quitó la poca fiebre que tenía. Debí dejarte un mensaje para decirte que me iba a Málaga.

—Te voy a regalar un móvil por tu cumpleaños.

—Me niego a tener un aparato de ésos a estas alturas, mujer. Ahora apuntas mi teléfono fijo y listo. La próxima vez te dejo un papel debajo de la puerta.

—Qué cabezona eres, Merche. Me has tenido muy asustada. —No quiso contarle el asalto de Pablo a su casa—. Me acostumbras a traerme rosquillas para desayunar, a pasarte a verme todas las noches, y de pronto ¡desapareces!

—Siempre he sido muy independiente.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con ser independiente? —Lara quiso ponerse seria—. Es solo sentido común. He estado a esto... —Juntó sus dedos índice y pulgar— de llamar a la policía. —Merche agachó la cabeza—. Pero, bueno, tu hermana está mejor, ¿verdad?

—Lo siento, Lara. —Seguía con la cabeza agachada.

La cocina olía a limpio, entraba fresco por la ventana abierta y a Lara le dio un escalofrío al pensar en una escena similar en los días últimos de su madre. Sentada igual, cabeza gacha y la misma brisa congelando la escena.

—No pasa nada, venga. ¿Seguro que no me aceptarás un móvil? —volvió a negar—. Tengo ahí uno arrumbado de mi época en Londres. Le saco la tarjeta y te lo doy.

—Que no, mujer. —Levantó la cabeza, estaba con las lágrimas saltadas—. Que no volverá a ocurrir.

Lara le dio un beso en la frente y Merche se derrumbó.

El desprenderse de Tina, aparte de desgarrador, se convirtió para Lara en problema más que en solución. Tenía que hacer malabares para encontrar a quien cuidase de Abel, que ya andaba sin ayuda y necesitaba de toda la atención de alguien que impidiera movimientos bruscos, propios del niño vivaracho que era, que dieran marcha atrás a los interminables años de rehabilitación en el hospital infantil de Great Ormond.

Spencer, sin saber que la defensa que Tina hacía de él fue una de las causas de su despido, hizo lo imposible por encontrar una solución.

—Seré yo quien cuide a tu niño por las tardes.

A Lara, especializada en bregar sola con todo lo que se le pusiera por delante, ese ofrecimiento la colmó de amor por él. Sabía del riesgo que suponía encontrárselo cada noche al llegar del trabajo, que más de una vez los arrumacos se convertirían en otra cosa que implicaría abandonar en bastantes ocasiones sus charlas de antes de dormir con Maxi.

—Olvídalo, Spencer. Eres un sol.

Pero Spencer insistió, y una noche que llegó agotada tras recoger al crío de casa de unas canguros hippies que le dieron muy mala impresión, decidió consultarlo con Maxi.

“Spencer quiere ocuparse por las tardes de Abel”.

Tardó varias horas en responder. Para cuando lo hizo, ya Lara se había quedado dormida. Leyó su respuesta al amanecer.

“Te mereces que te quieran de verdad”.

No supo si interpretar la frase como despedida y le pidió que lo aclarase mientras preparaba el desayuno a Abel. Pasó toda la mañana pegada al ordenador, cuando en Boston era hora de dormir, suplicando por que se levantase pronto y le dijese que no iba a dejar de estar ahí para ella.

“Yo nunca dejaré de cuidar de ti, Lara”.

Precipitaron el desayuno en la Plaza de San Marcos, en una mañana bien fresca, porque Reyes se asustó antes de acudir a la cita.

—Iré yo contigo —insistió Pablo, agazapado en su chaquetón.

—Si te lo he contado es por el sitio donde me ha dicho de vernos. —A Reyes, los nervios, le impedían terminarse la tostada—. Es solo eso.

—Tampoco Las Letanías es el Bronx, Reyes. Hay zonas tranquilas.

—Soy sevillana de Torreblanca, caballero. No me cuentes lo de las zonas tranquilas en Las Letanías cuando voy a quedar con un expresidiario.

Hasta entonces no le había contado a Pablo que en su visita a prisión no solo le dieron el nombre del propietario del bar Las Cumbres, sino un teléfono que Reyes no se atrevió a tantear hasta la noche antes.

—¿Preguntaste por Maxi?

—No, le hablé del capullo del Tinder. Gonzalo Miravillas —dijo, con voz aguardentosa—. No sé si me atreveré a nombrarle al padre de Abel. Antes tengo que ver de qué va el tipo. Tendré que descubrir por qué el chavalito de la biblioteca de la cárcel me pasó su teléfono.

—¿A qué hora tenemos que estar allí?

—¡Que tú no vienes a ningún lado!

—Tengo algo que te terminará de convencer. —Reyes puso cara de desafío, Pablo se sacó del bolsillo trasero una copia en color de la foto en la que aparecían el del Tinder y Maxi.

—¿Ése es el Maxi? —Reyes se la arrebató de las manos—. ¿Y dónde están las cicatrices de tantas operaciones? —Se la acercó a diez centímetros—. ¿Es esta la foto que vio Lara en su piso? —Pablo asintió —. ¿Te has metido en la casa?

—Se ha metido Abel.

Reyes se levantó de la silla.

—¿Cómo lo has permitido? ¡Es un niño!

—Cálmate.

—Pero ¿cómo quieres que me calme? ¡Este tipo es un matón!

—A mí me vino ya con la foto, Reyes. Entró en su casa para hacer que le revisaba el router, y se llevó con los nervios la foto con el marco.

Reyes se puso las manos en la cabeza, con cara de orgullo.

—Mi niño…

—Con esto tenemos una baza en nuestra cita en Las Letanías.

Reyes, con media sonrisa, claudicó.

—Es Pablo, un amigo. —El tipo, con un palillo en los dientes, metro ochenta y piernas muy zambas, lo miró, desconfiado, de pies a cabeza—. Debo confesarte que me daba un poco de yuyu venir aquí sola.

—¿Y dices que te dio mi móvil el pavo de la biblioteca?

—Roque, se llamaba. —Reyes, con los nervios concentrados en el estómago, actuaba con naturalidad—. Un chaval muy majo.

—Una maricona mala —sentenció el tipo.

No supieron si proponer un café en algún lado. El cruce de las calles Salud de los Enfermos y Estrella de la Mañana estaba desierto. Los pisos bajos y las calles anchas quitaban tensión a la escena. No era una ratonera. Amenazaba lluvia. Estaban congelados.

—¿Qué queréis saber del cabrón de Gonzalo?

Reyes metió mano en su chaqueta y sacó la foto.

—Con el Maxi —susurró el antiguo presidiario, a Reyes le temblaba la mano—. Menuda pareja.

—¿Conoces a Maxi? —se atrevió a preguntar Pablo.

El hombre levantó una mirada amenazante e hizo no haberlo escuchado. Volvió a dirigirse a Reyes.

—¿Que qué queréis saber de Gonzalo? Está ya limpio, ¿no?

Ni Reyes ni Pablo habían previsto esa tesitura.

—En verdad nos interesa Maxi, ¿sabes? —El tipo se sacó el palillo de la boca y Reyes sintió una punzada de terror—. Tiene un chaval de 19 años. —Se frenó para tantear su reacción, que parecía confirmar que no estaba al tanto de nada—. El niño quiere dar con él, ahora que es mayor de edad.

—Vaya con el Maximiliano…

—¿También pasó por la cárcel? —preguntó Pablo.

—¿Cómo sé yo que eso es verdad? ¿Eh? —Se cruzó de brazos— ¿Cómo sé que no sois de la pasma? ¿O que buscáis volarle la cabeza?

—Tienes nuestra palabra, no podemos decirte más.

De nuevo el silencio de tanteo.

—Nos basta con un teléfono, una dirección…

—Maxi está en Sevilla 2, señorita. —Pablo confirmó lo que le había avanzado el camarero del Barrabás—. Engancha una pena con otra. Así que, si me disculpáis.

Congelada por la información, a Reyes se le acumulaban preguntas ante un hombre que no tenía intención de hablar mucho más.

—¿Por qué lo han condenado?

El tipo levantó las manos y se giró. Daba por concluida la charla.

—¿Por qué me dieron tu teléfono en la cárcel? —medio gritó Reyes, cuando ya iba a cruzar la esquina.

—Pregúntaselo al negrito Roque, muñeca. —Se giró—. Yo fui durante años el líder del módulo de respeto, el que gestionaba todos los conflictos, el que ponía orden en ese gallinero. Será por eso…

—¿Es el Maxi un mal tío? —preguntó Pablo.

Por primera vez se dirigió directamente a Pablo para responderle.

—¿Tú sabes lo que es un tío con mala suerte? ¿Un tío al que se le jodió la vida por tener un corazón así de grande? —Gesticuló un corazón con las manos—. Ése es el Maxi. —Quedó un rato pensativo —. Decís que tiene un hijo… Yo lo dejaría en paz.

—¡Su hijo tiene derecho a conocerlo! —protestó Reyes.

El hombre levantó las manos y se marchó por donde vino.

Con requiebros muy sutiles entre líneas, Maxi fue mostrando celos conforme la presencia de Spencer en casa de Lara se hacía rutinaria.

“Echo en falta tus conversaciones de medianoche”.

Lara, entonces, le proponía otras horas, justo al dejar a Abel en la escuela o al levantarse para desayunar, pero coincidían con los períodos de sueño de Maxi.

“En el hospital vigilan mucho nuestros horarios”.

A falta de conversaciones nocturnas, Lara se dejó llevar por las propuestas de él.

“Me encantaría veros cenar”.

Así que aprovechó una mañana para comprar unas macetas de flores de plástico en Button & Sprung, y allí introdujo una diminuta webcam. El miedo a que Spencer notara el cambio le hizo escaparse a un brocante cercano y hacerse con varias salseras a las que le había echado el ojo hacía tiempo, para así distribuirlas por el comedor con idea de despistarlo.

—Son de Macao, ¿te gustan?

Siempre situada frente a ella, las primeras noches se creyó descubierta más de una vez por Spencer, con el que cruzaba miradas extrañas cuando ella hacía gestos al Maxi que les espiaba desde su clínica de Boston, de manera que al recoger Spencer los platos de la cena, ella aprovechaba para desinstalarla y meterla apresuradamente en el bolso.

Poco a poco, sin embargo, fue cogiendo confianza. Se hacía divertido. Cada vez que Spencer le tomaba la mano, ella miraba por inercia a la cámara y guiñaba el ojo a su verdadero amor. Pasaban horas, cuando podían conectarse, comentando las charlas nocturnas.

“Es un personaje gris ese Spencer”.

Hasta que un día, cuando Lara comenzaba a dominar el juego, Maxi le pidió que instalara otra cámara en el dormitorio.

A pesar del cansancio, Pablo quiso aparecer por casa de Lara para saludar a Merche. Se agendó una empanada gallega en el Corte Inglés y compró un par de litronas heladas en el chino que había frente al hotel. Haber conseguido montar en tiempo récord un nuevo club de lectura, de clásicos españoles, le había subido la moral. Había días en que la librería se le antojaba un monstruo que acabaría por devorarlo.

—¿Sabes que nos has tenido muy preocupados? —Pablo entregó la bolsa de la compra a una Lara recién salida de duchar.

Merche casi tira la mesa de la cocina al levantarse para saludarlo.

—Ay, no volváis a decírmelo, que ya me siento culpable, Pablo. —Se atusó la falda azul—. Le estaba diciendo a tu amiga que hacía tiempo que nadie se preocupaba así por mí, ¿sabes? Llevo media vida sola, y hago y deshago sin preguntar.

—Pero ahora nos tienes a nosotros, mujer —replicó Lara, enredada en prepararle una ensalada a Abel—. Que nos vemos todos los días. —Agachó Merche la cabeza—. No imaginas la buena compañía que me haces. —Guiñó un ojo a Pablo—. Espero que esas cervezas estén bien frías, que no tengo ni una sola en la nevera.

—Qué forma de beber. —Rio él.

Esa escena familiar de noches en la cocina, con la encimera llena de tápers a medio abrir, le procuraba a Pablo un bienestar que se negaba a psicoanalizar. El olor a vieja de Merche le traía al recuerdo las noches de agosto con su abuela en La Antilla, en los tiempos en que su sexualidad aún no había despertado y soñaba con pasar el resto de sus veranos en esa casa grande, destartalada, de primera línea de playa.

—El viernes que viene os espero a las once de la mañana en la librería. —Las dos lo miraron, sorprendidas—. Empezamos club de lectura, nada menos que con Emilia Pardo Bazán.

—Parecía que no quisiera irse —comentó Pablo.

Lara intuía que era para no dejarlos a solas, tal vez por evitar que entre ellos alimentaran la incertidumbre que les había producido su brusca desaparición. Pero estaba cansada como para entrar en disquisiciones acerca del comportamiento de una mujer que, por lo demás, le aportaba mucho más de lo que hubiese esperado unos meses

antes, al instalarse en Sevilla.

—Estoy encantada con ella, Pablo.

Él la entendía, incluso comprendía la elegancia que implicaba el no criticarla.

—Me alegra verte tan bien con Reyes, ¿sabes? —atacó Lara, para cambiar de tema.

Pablo no quería irse de allí, es más, le entraban ganas de abrazarla.

—Es una chica que no cae bien de primeras, ya algún comentario me hiciste el día en que te la presenté. —Se sentó y se sirvió una cerveza, como muestra de generosidad hacia Pablo, a pesar de su cansancio—. Si hago un repaso a mi relación con Reyes, te puedo decir que me ha reñido mucho, que me llama melodramática, que me busca novios, que me zarandea cuando me quedo bloqueada… Pero nunca me ha pedido nada. Nunca. Nada.

—Es una gamberra, la jodida.

Lara se cortó un último trozo de empanada, quería dejar hablar a Pablo.

Sin embargo, el silencio invadió esa cocina de azulejos blancos y Lara entendió que la mejor manera que tenía Pablo de decirle que la quería era estar así, sentado en esa banqueta, con una cerveza en la mano y los ojos cerrándosele de puro sueño.

Empezó a traer ligues a casa en los que buscaba un físico tremendo que la excitara, aunque no hubiera ni la más mínima conexión emocional. Para conseguirlo, necesitaba desordenar los planes de Spencer, y los suyos propios, romper las rutinas, despistarse hasta ella misma y así reorganizar su salpimentada vida sexual.

Que Abel caminase con normalidad y fuera a la escuela del barrio había liberado la olla a presión de sus pesadillas, que Maxi estuviese cada noche al otro lado de la pantalla le procuraba protección, que le pidiese un sexo atropellado con ayuda de desconocidos la volvía loca. "Tengo una familia rara", se autoconvencía.

Lara estaba en ebullición.

La clave la encontró en una conversación de escalera, en la que descubrió que tenía una vecina italiana, de carácter luminoso, ávida de ganar dinero.

—Le monto una habitación preciosa a tu chiquitillo, para que se sienta como en casa. Copiamos, si hace falta, cada uno de los dibujillos que tiene pintados en la pared.

Spencer, entonces, dejaba de ser tan útil como lo había sido en los últimos meses.

—No tienes por qué recogerme a diario, cielo.

Cuando él insistía, ella sacaba otras armas menos agradables.

—Necesito mi espacio, cariño.

Y ese espacio lo entregaba a chavales de su edad que le hacían recordar que aún era muy joven, que ganaba un buen sueldo y tenía ganas de explorar. Explorar para ella y para Maxi. Darle la vida que un tumor le había robado con veinte años. A su amor, que le pedía cada día una nueva postura, un vestido nuevo, juegos sexuales en los que ella le hacía signo de victoria levantando la mano, para demostrarle que ella estaba por él.

"¿Cuándo te lo harás con otra chica para mí?"

Entonces Lara pensó en la vecina italiana.

No había límites que la asustasen si de amar se trataba.

—Al principio eran fotos más o menos eróticas que me hacía yo misma frente al espejo. —Reyes, impactada, no quería interrumpirla —. Pero luego comencé a grabarme vídeos en directo. Mi ordenador era una patata, así que me tuve que hacer con una buena webcam y pedirle a un compañero del restaurante que me explicara cómo instalarla.

Reyes se tapó la cara.

—Sí, sé lo que me vas a preguntar. Él nunca se conectó.

—Se la meneaba viéndote a ti en bolas, Lara. ¡Ya te vale!

—¿Y qué si se la meneaba?

—¿Te masturbabas para él?

Las dos miraron alrededor, por comprobar si la voz aguda de Reyes había ayudado a propagar la pregunta fuera del despacho de Lara.

—Sí. Me masturbaba para él. Y no me arrepiento. —Ocultaba su vergüenza haciendo que anotaba facturas en el ordenador—. Disfrutaba mucho más que con polvos que he tenido de los que ni me acuerdo.

No quiso decirle que traía a chavales como su Adrián a su casa para tirárselos en directo para Maxi, que le hacía gestos cuando alcanzaba el orgasmo, que un día le propuso a la canguro italiana el juego y que la italiana aceptó.

—Pero ¿qué edad tenía Abelito?

—Era un niño monísimo que ya se medio manejaba solo. —Se le cortaba el cuerpo al recordar esos meses que ya quedaron en el olvido, cuando intentaba andar y no podía con sus piernas.

Parecía a Lara que no nombrar al fantasma era una manera de hacerlo desaparecer, sin embargo, era consciente de que tenía que preguntarle a Pablo por los resultados de su investigación acerca de su correo electrónico. Le producía pánico todo lo que pudiera contarle, así que lanzó la pregunta discreta, como quien no quiere la cosa, a la espera de una respuesta concisa en la que Pablo le confirmase que no había ninguna noticia que dar.

—Sigo pensando que ese correo está activo —confirmó Pablo, sin querer preocuparla más de la cuenta, ni hacerle partícipe de sus provocaciones hacia Maxi con la supuesta enfermedad de Abel—. Ya

dará la cara algún día si quiere, ¿no?

—Yo sigo mirándolo a diario. ¡Y nada!

Él no quiso explicarle que había desactivado por completo su correo para desviarlo hacia el suyo, por lo que la posibilidad de que recibiera noticias de Maxi era nula.

A Pablo, tan curioso de por sí, le desesperaba la respuesta de Lara cuando le preguntaba acerca de pistas que pudieran dar con Maxi.

—No entiendo que hayas convivido con una persona unos cuantos meses y no sepas ni siquiera dónde vivía.

—Vivía en Sevilla, Pablo, pero no se me ocurrió preguntarle en qué calle. ¡Teníamos veinte años! Vivíamos en Londres, nos comíamos el mundo. ¿Qué iba a preguntarle yo de Sevilla? ¿Qué iba a preguntarle de la familia? ¡Si yo había salido por patas de Valencia escapando de la mía! No quería saber nada que implicara hablar del pasado. Mi mundo estaba en mi creperie en Londres y en esperarlo cada tarde a que viniese a recogerme. Jugábamos a ser mayores, ¿sabes? A fin de cuentas, luego ha pasado media vida en una clínica oncológica de Boston y él me ha tenido al tanto de todo.

—No te dio en todo este tiempo por investigar.

—Por investigar, ¿el qué? —Pablo reconocía que tenía razón—. He estado todos estos años en contacto con él. Hemos tenido nuestros cabreos y épocas en las que no nos aguantábamos. Pero siempre he sentido que estaba ahí.

—Y ahora te encuentras con que no tienes de dónde tirar para poder dar con él. —Pablo no quería hacer sangre—. Ves una foto de él con mejor aspecto del que te podías imaginar, con pinta de ser reciente, de estar en Sevilla, y no sabes por dónde empezar.

Lara asomaba su mirada hacia el río, incómoda por la parte de razón que había en las palabras de Pablo.

—¿No hay nada que te contase de su familia? ¿Alguna casa en la playa?

—Con su madre hablaba en alemán, ya te dije que ella era de allí.

Pablo se calló. Recordó al camarero del Barrabás. ‘El hijo de la alemana’.

—A mí me encantaba escucharlo hablar por teléfono en alemán con ella. Se le cambiaba la cara. Se ve que tenían un vínculo muy especial. —Lara se paró en medio del paseo por Torneo—. Yo imaginaba que hablaban de mí, y cuando se reía podía suponer de qué lo hacía, y cuando me miraba mientras charlaba con la madre intuía que le explicaba que él me hacía de comer, que yo le organizaba las horas de estudio…

—¿Qué hacía una alemana en Sevilla?

—Pues llevaba toda la vida aquí… —Pablo deceleró el paso para escuchar un relato que Lara compartía sin entusiasmo—. Ella le

acompañó todos estos años en Boston, al menos por temporadas. Se turnaba con el padre, así que imagino que, si trabajaba en algo, pediría una excedencia, vete tú a saber…

Pablo se paró por completo. La ciudad languidecía a esas horas de la tarde, con chavales pasando a su alrededor con bolsas repletas de alcohol para hacer botellones. Pablo, ausente de todo lo que le rodeaba, tenía unas ganas enormes de abrazarla, de zamarrearla después. De criticarle que no supiera más. ¿De qué hablaron todos esos años?

—Tal vez debería haber sido más preguntona, ¿verdad? —Pablo, definitivamente, la abrazó—. Pero Maxi se metía en su coraza cada vez que trataba de adentrarme en su corazón.

A Lara se le vino el mundo encima el día en el que decidió cambiar de hospital a Abel. El niño volvía a no caminar, los llantos por las noches eran constantes y ella no hacía más que estirarle las piernas, obsesionada por comprobar si la cadera se estaba desviando de nuevo. La pediatra que les atendió habló, ya en los primeros cinco minutos de su cita, de diferentes operaciones.

—No podemos esperar más, señora.

La crudeza de sus explicaciones le hizo sentirse mala madre. Todos sus juegos sexuales, normales para una chica de su edad, los abusos de confianza con Spencer, la obsesión por Maxi, todo se convirtió de pronto en anatema.

—Tengo abandonado a mi hijo —murmuró a una de sus compañeras, llorando, en el baño del restaurante.

Su carácter luchador fue el mejor cómplice para dar un giro a su vida. La etapa de convencimiento apenas duró una semana, a partir de la cual todo era Abel. Sus ahorros le permitieron abordar la primera de las operaciones en una de las mejores clínicas de Londres, aun sabiendo que tendría que financiarse para seguir con todo el ciclo quirúrgico que la médico le había explicado con detalle a los pocos días de comenzar las pruebas.

A todos dio explicaciones con el corazón encogido. Desde la canguro italiana a Spencer, pasando por Maxi.

“Necesito desaparecer del mundo una temporada”.

Contrató a tiempo completo a una aupair española para evitar cualquier sobresalto. La trató como a una reina, desalojó el cuarto de la plancha para prepararle una habitación en la que se sintiera en familia.

—Estoy pasando una mala racha. No me falles, por favor.

La chica, atribulada por la desesperación en la mirada de Lara, se organizó con eficiencia para incluso tener la nevera llena de comida casera, que Abel estuviera siempre entretenido y la casa impecable.

—Resérvate el tiempo necesario para estudiar. En esta casa apenas entra un ruido desde la calle. Y el tiempo que yo esté con mi hijo, haz por conocer Londres.

Tras la segunda operación tuvo que trasladarse cada noche durante quince días a un hospital a las afueras de la ciudad. El postoperatorio era complejo y había que controlar que el niño no hiciera movimientos que dieran para atrás con todo el tratamiento.

Una noche, al llegar a casa, se encontró un ramo de rosas rojas en la entrada.

“No te preocupes por nuestro niño, Lara. Ya todo va a ir bien. Te quiero. Maxi”.

Al día siguiente le informaron desde el hospital de que todos los gastos de las primeras dos operaciones y del tratamiento que estaba por venir habían sido abonados. Salió a recibirla el director de la clínica.

—Señora, su hijo no puede estar en mejores manos.

—Yo siempre quise ser maricón. —Lara asintió, con la mirada puesta en Pablo y una risa socarrona, la afirmación de Reyes.

Pablo tiraba de ellas las tardes primaverales para empezar con cafés y terminar con cubatas en los veladores de la esquina más canalla de la Alameda. Era una forma sana de administrar de forma equilibrada su relación con ellas dos. Reyes se desbocaba en esas tardes tontas que le daban la vida.

—Tenía un amigo canijillo en mi clase que era un muñequito, y sufría lo indecible. Tendría que haber nacido en un castillo. ¡Un principito! Yo cuidaba de él como si fuera mi hijo. —A Pablo se le caía la baba con Reyes—. "Amo", se llamaba Amodeo el pobrecito, para más inri, "Amo, yo quiero ser mariquita como tú". —Reyes se sabía centro de atención con sus recuerdos de infancia—. Pero a él le molestaba que yo le llamara mariquita, se ponía colorado como un tomate. ¡Pobre mío!

—¿Qué es de él ahora? —preguntó Pablo.

—Lo mismo tú te lo has tirado, cacho perra. —Le guiñó un ojo—. Anda, pásame el paquete de pipas, que os lo estáis zampando entero mientras yo me desgañito.

—Es que hablas a gritos, Reyes, hija mía. —Lara aprovechaba—. Con lo moderadita que eras en los pubs de Londres.

A Lara le entusiasmaban esas tardes en la Alameda con ellos dos. Sonó su móvil.

—¿Sí? —Alguien le hablaba en inglés—. ¿Qué mire para atrás? —Se giró en redondo sobre su silla y soltó el teléfono—. ¡Andrius!

Como si de una quinceañera se tratase, Lara tuvo que entrar en el baño del Gigante para echarse agua en la nuca. Reyes se encargó de alisarle el pelo, mientras Pablo hablaba en francés con Andrius en el centro de la Alameda.

—Tengo una hermana melliza, y los dos salimos el mismo día de Lituania. Yo me fui a Londres y ella se instaló en Lyon, se echó novio, se casó… Así que cuando voy allí tengo que manejarme en francés —explicó Andrius—. Paso épocas allí, ¿conoces Lyon? —Pablo asintió, inquieto por la desaparición de Lara—. Yo, con un ordenador, puedo vivir en cualquier lugar del mundo. —Andrius sacó una sonrisa

inquieta de donde no la había.

Pablo, que sabía de su existencia por las largas charlas con Lara en la librería, quiso aprovechar ese momento de tensión, con Lara en el baño tras indisponerse a los pocos minutos de verlo.

—¿Qué sabes de ella, Andrius?

El lituano jugaba con el pie en las losetas de la Alameda, quizás por desviar la mirada directa de Pablo, tal vez por ordenar en su cabeza cuánto sabía de la Lara que se refrescaba en los baños del bar.

—Sé que ha cumplido su sueño de montar su propio hotel, que Abel ya es todo un hombrecito y se ha recuperado de sus problemas en la cadera y que no tiene intención de volver a Londres.

—¿A ti te va bien? ¿Estás con alguien? —Tenía prisa por saber de asuntos que a Lara le daría apuro preguntar.

—Trabajo para una gran multinacional. Soy arquitecto. —Pablo hizo gestos de saberlo ya—. Ya te digo que puedo vivir en cualquier lugar del mundo.

En sus ojos entendió que venía a por todas.

—¿Estás con alguien? —insistió Pablo.

—No. —Y se puso la mano en el corazón.

—Yo le llamé un día que me acordé de él, no hace mucho.

Lara, apurada al verse los ojos rojos en el espejo, no quería salir del baño.

Haber visto a Andrius la había removido tan por dentro que ni ella misma se explicaba el por qué. Sí, era un salto en el tiempo, a aquellos días felices en que ese hombre hacía de hombre para ella, noches en que la recogía con sus grandes brazos blancos como un oso torpe, noches de vino tinto en que jugaban a ser adultos. Habían hecho falta quince años de ausencia para comprender la figura que el lituano supuso en su vida.

—Fui una niñata con él, Reyes.

Reyes no le metía prisa, le secaba las lágrimas con esponjitas desmaquillantes y trataba una y otra vez de ordenarle el pelo. Sabía que ésos eran momentos clave en la vida de una persona. No estaba dispuesta a gastar bromas ni a enredar. Si Lara se asustaba con su propia reacción, más lo hacía su amiga al consolar su llanto. No había nada que decir.

—Se va a creer que estoy loca del coño este pobre hombre.

—Sabes que no, Lara. Este pobre hombre, como tú dices, sabía desde hace días que iba a venir aquí, tenía preparado todo, incluso la jugada de buscarte y llamarte por teléfono. —Le dio un beso en la frente—. Te la ha jugado bien tu Abelito guardándose el secreto, ¿eh?

—Ya le vale al enano… —Se miraba al espejo y volvía a llorar—. Tendré que salir, ¿no?

—Él no se va a ir a ningún lado, así que tranquila.

Si alguien lo pasó mal con el cambio de rumbo de Lara, ése fue Spencer.

Ocurrió lo que ella presuponía y que no solo la gente más cercana le había advertido.

—Vas a hacerle daño.

A pesar de que por entonces tenía todos los argumentos para no minar su credibilidad y todas las excusas eran ciertas, con su hijo encadenado a una serie de operaciones de resultado incierto, su amante amigo se vino abajo. Tras ofrecerse para todo lo 'ofrecible', apareciendo en las guardias nocturnas de los hospitales, facilitándole todos los cambios de turno, llevándole comida, flores, regalos… ya Lara había desconectado de él.

A la desesperada, el hombre vino con las llaves de una casa en las afueras.

—Tendremos habitaciones separadas, Lara.

Ella se echó a llorar, por haber aprovechado su infinita bondad sin merecerlo, por haberle dado pie a conquistarla sabiéndose inasequible para él, por haberle besado cerrando los ojos, por haberle hecho el amor con el cuerpo de Maxi en su cabeza, voyeur consentido tras un florero de cristal.

Por haberle dicho 'y yo también' cuando Spencer le decía que la adoraba.

—No voy a ir a ningún sitio, Spencer. Esto se tiene que acabar.

Esa noche, destrozada por su propia frialdad, tomó la tarjeta de una ejecutiva de la mayor cadena de hoteles de Londres, habitual comensal del restaurante entre semana.

—¿Señora Alistone? —La mujer no tardó en reconocerla—. ¿Sigue en pie su oferta?

Como personas maduras que se querían bien, Lara y Andrius no se pidieron explicaciones. Se limitaron a charlar con cierta impaciencia para ponerse al día de sus respectivas vidas. Él le narró, con una simpleza que la desbordó, sus años en Londres, las tres relaciones largas, el paso de una enfermedad coronaria que le narró abriéndose la camisa. No pudo sustraerse Lara a los costurones del impresentable del Tinder al verle la cicatriz a Andrius.

—¿Tuviste a alguien a tu lado? —preguntó ella, consternada.

—Sí. Siempre tengo a gente que me cuida —respondió él, para tranquilizarla, con toda la carga que esa respuesta contenía.

Esa seguridad en él la volvió loca. De amor del bueno, de pasión sexual, de ilusión. Andrius aparecía como un limpiamanchas que se llevaba todo por delante. Un huracán, empoderado de coherencia, que arrasaba con los malos rollos.

Todo su mundo había cambiado como un calcetín al que se le hubiera dado la vuelta y de pronto aparecía él. Idéntico a quien era, armado de cariño, desprendiendo el olor a macho que la sedujo, sincero con su pasado, fácil en su entrega, sin pedir, ni opinar, ni preguntar nada innecesario.

—Qué tontos fuimos —le decía ella, con unas cervezas por delante, cuando aún no se atrevían ni a rozarse.

Andrius sonreía y con su sonrisa decía aquí estoy. Voy a ser lo que necesites que sea.

La cena en casa de Pablo fue provocada por Lara para evacuar algo de presión al escenario que se había planteado con Andrius ocupando una habitación de su hotel sin fecha de vuelta.

—¿Qué confianza piensas que puedo tener ahora en ti? —preguntó a Abel, con la boca pequeña, mientras terminaba de revisarse el maquillaje en el espejo de la entrada—. Al menos una pista, hijo mío. ¡Con la que tengo yo encima!

—Si te aviso, no viene. —Abel, con las manos en los vaqueros, no hacía sino meterle prisa—. Venga, mamá, que debe de llevar ya quince minutos esperándote.

A quien no esperaba encontrarse era a Merche en el portal, acicalada para la ocasión, de cháchara con Andrius.

—Pero ¡qué guapa estás, Merche!

Ella se ruborizó, agarrada a su chal azul de las grandes ocasiones.

—Me llamó Pablo esta tarde y no supe decir que no. ¿Viene Abel?

—No. Al liante lo dejo en casa. —Pasó al inglés—. Andrius, ¿te parece que pasemos por un supermercado a comprar unos vinos para la cena? —A Lara le asustaba la cara embobada del lituano—. ¡Deja de mirarme así! —Le dio un empujón— ¡Hala!

—¡Hala! —repitió Andrius, sonriente, feliz de haberse decidido a pegar el salto a Sevilla.

Lleno de velas para la ocasión, las cristaleras del salón aún dejaban traslucir la luz del atardecer cuando Lara, Merche y Andrius llegaron.

—¡Pero la Reyes también! —Se fue a por su amiga, emperifollada, a la que atiborró a besos—. Gracias por venir.

—Estás temblando —le susurró Reyes, con todo su sarcasmo—. ¿Ya te ha empotrado? —Lara le dio un palmetazo en el antebrazo—. ¿Conoces a mi churri?

Lara asintió. No podía olvidar la encerrona a la que le sometieron para prepararle una cita a ciegas.

Adrián, descolocado, saludó a Lara.

—Te presento a Andrius. —Le indicó Lara, que se giró hacia Reyes para hacerle gestos de lo guapo que era.

—Un cañón —dijo Reyes, sin importarle que Adrián, incómodo en esas situaciones, se percatase.

Pablo apareció con un ligue de sauna al que empezaba a tomar cariño.

—Os presento a Heinrich. —El chaval bajó la cabeza, a modo de saludo—. Es alemán. No quería yo dejar de aportar mi granito de arena a esta cena tan especial.

—Es un niñatillo, Pablo —comentó, indiscreta, Reyes.

—Sí, un niñatillo que estudia Erasmus y que entiende perfectamente tu español.

La noche ya había caído completa, por lo que el salón quedaba solo iluminado por las velas, grandes como cirios, y la luz que las farolas exteriores conseguían meter por las cristaleras.

—Merche, ¿no tienes familia en Sevilla?

Pablo, animado por el vino, preguntó lo que estaba seguro de que interesaba conocer a Lara. Su inesperada desesperación había desestabilizado a su amiga y temía que no fuera la última vez. Sin pretenderlo, se hizo un silencio en espera de la respuesta de la casera.

—Tengo a mi hermana entre Sevilla y Málaga, Pablo.

Su respuesta, seca, no contentó a nadie.

—¿Nunca te casaste? —Se atrevió Reyes.

—Pero ¡bueno! —Lara aprovechaba su confianza con Reyes para terminar el interrogatorio—. Ya nos contará Merche lo que nos quiera contar.

—Perdí a mi marido en un accidente.

El silencio, entonces, recorrió todo el salón, con un halo de tragedia.

—Viajaba con mi hijo. —Merche dio un sorbo a una copa de vino vacía. Andrius, expectante y sin entender qué ocurría, se la rellenó—. Él quedó malherido y yo le cuidé los días que aguantó en la UCI. —Tapó su tembleque con una servilleta—. Estaba destrozado por dentro.

Lara se levantó, rodeó la mesa y la achuchó por detrás.

—Ésa es mi historia en dos líneas, Reyes.

—Lo siento —se disculpó, apesadumbrada.

Merche dio un sorbo a su copa, mientras observaba la cara de pasmo de todos los comensales.

—Andrius... —Cambió con facilidad al inglés—. Estarás alucinando con esta reunión, ¿verdad?

El lituano negó con la cabeza.

—Yo no me asusto por nada, Merche.

La conexión con la señora Alistone fue inmediata, tanto así que, durante la primera semana de trabajo en Canary Warf, Lara ya se había trasladado con Abel a un apartamento propiedad de su jefa, para evitar los largos trayectos.

—Yo quiero empleados hipermotivados, Lara —le aseguró—. Hasta que tu hijo pase todas estas operaciones estarás en ese piso, a doscientos metros del hotel.

—Soy una profesional, señora…

—Llámame Sarah, por favor.

—Todo el mundo se dirige a usted como…

—Lara, querida. —Le tomó las manos—. Estoy hasta aquí de mis negocios. —Se tocó la frente, en una expresión que entendió Lara como muy latina—. No puedo más. Tengo cincuenta años y quiero vivir, ¿entiendes? de mi empresa. —Lara asintió—. Pretendo delegar todo mi poder en ti, por eso te pido que delante de los empleados me hables por mi nombre, para ganarte la autoridad ya desde el principio. —Lara se planteaba, en esa escena inesperada, cómo sería esa mujer sin los labios rojos, con el pelo suelto, sin sus gafas de aumento de patillas doradas—. Yo estaré para lo que necesites cuando las cosas se compliquen. Tenlo claro. Pero este es un hotel exclusivo de veinte habitaciones que tú te lo meriendas. —Sin soltarle las manos, acarició sus dedos. Lara sintió la presión de su anillo de compromiso, olió su perfume e incluso una pequeña brizna de sudor que le hizo pensar que la señora Alistone lo estaba pasando mal en ese instante.

—¿Está usted bien, señora?

—Tutéame, Lara.

—¿Va todo bien? —Sarah Alistone asintió—. No sé cómo deposita tanta… —Se soltó de sus manos—. Sarah, hemos tenido muchas conversaciones en el cierre de mi restaurante, has visto cómo manejaba a mi equipo, pero tengo apenas 30 años y ya pretendes dejarme sola.

—Siempre me tendrás para cubrirte, Lara. Pero ya me explicó mi abuelo que no se aprende si andas agarrada de la falda de tu madre.

Lara se sabía turbada, era consciente de sus mofletes colorados, de sus tropiezos con el inglés culto que se estilaba en esos ambientes, de que le resultaba difícil evaluar la responsabilidad que estaba dispuesta a asumir. Contemplaba el hotel, de mármol rojo y exquisito gusto, el uniforme impecable de los empleados, la clientela distinguida. Sentía

pánico a defraudar.

—Mi hijo Abel…

—Está todo previsto. Ya he hablado con la clínica, me han explicado de nuevo todo lo que tú me contaste, pero con un lenguaje más técnico. Lo he comentado luego con mi hermano, que es médico, y te va a poner en contacto con el mejor pediatra de todo Londres para cualquier duda que tengas. Y siempre habrá en tu casa quien cuide de él. ¿O prefieres seguir con tu aupair española?

—Ella está a punto de volver a España. —Cerró los ojos—. Sarah… Nunca nadie ha hecho tanto por mí. —Sabía que mentía, con Spencer aún clavado en sus tripas—. Estoy sola aquí en Londres, con mi niño enfermo… Me vendrá muy bien tener a ese pediatra cerca…

—No estarás llorando, ¿verdad?

Si detrás de la ventanilla hay un tipo, me lanzo yo a seducirlo. Si es una tipa, preguntas tú.

Acababan de llegar a la Facultad de Filología y ya Reyes organizaba cómo debían hacer para obtener información acerca de la madre de Maxi, a partir de lo escasísimo que sabían de ella. Fundamentalmente que estaría cerca de la jubilación, o ya en su casa, y que era alemana.

—¿Le vas a enseñar la pierna? —ironizó Pablo.

—No seas tan simple, cabrito. Hay mil maneras de captar la atención de un nota. A mí me bastan un par de frases para saber cómo entrarle.

Accedieron a lo que parecía la zona de administración de la facultad. Había dos ventanillas abiertas. Una señora de unos cincuenta años, muy maquillada, y un chaval barbudo, muy joven.

—¿Y si es maricón? —A Reyes le entraron los miedos.

—Entonces le dices que estoy yo aquí detrás con una caja de preservativos.

La carcajada de Reyes se escuchó en todas las bóvedas del edificio. Los dos administrativos levantaron la cabeza. Se adelantó Pablo.

—Buenas tardes. Perdone por la pregunta, pero fui alumno de esta facultad hace tiempo, he estado viviendo en Berlín, y quería saludar a la que fue mi profesora de alemán, pero no sé si sigue dando clases.

La mujer se quitó las gafas.

—¿Cómo se llamaba? —Su mirada era neutra.

—Era alemana. No creo que haya muchas.

—En Filología alemana hay varios alemanes, y algún suizo. ¿Cómo se llamaba?

—Debe de rondar los sesenta años. Tengo el nombre en la punta de la lengua…

—¿Ulrike?

—¡Ulrike! —Pablo se agarró a ese clavo—. Eso es.

—Ulrike lo ha pasado muy mal. —La voz se volvió más dulce—. Ya por tu época estaría con su pañuelo en la cabeza, ¿no?

—Sí. Siempre llevaba pañuelo. —No sabía Pablo si era una musulmana conversa.

—Le dieron la incapacidad total a la pobre.

—Vaya… ¿Sabe usted si volvió a Alemania?

—Ella es ya más sevillana que las espinacas con garbanzos. Para mí que sigue viviendo en la Plaza del Museo.

—Menos mal. Tengo muchas ganas de volver a verla. ¿Me puede pasar su dirección?

—Caballero, demasiada información le he dado ya, ¿no cree?

—¿Hay algún compañero a quien pudiera preguntarle? ¿Algún amigo íntimo? No sé…

—Si estudiaste aquí sabrás cuál es la copistería de la calle San Fernando, ¿no?

—¡Claro!

—Pues pregunta allí.

Pablo le hubiera dado un beso.

—Gracias. —Ella sonrió—. Y le queda muy bien ese color de maquillaje, le hace aún más bonitos los ojos. —No quiso dejar pasar la oportunidad de seducirla, mientras guiñaba un ojo a Reyes al girarse hacia ella.

Caminó, feliz, hasta tomar a su amiga por la cintura.

—Misión cumplida.

—Cabrito, la tienes babeando…

Como en un juego mutuamente consentido, Reyes pidió ficha. Tenían la sensación de dar pasos de gigantes en sus pesquisas y eso les provocaba una excitación casi infantil. No querían confesarse lo bien que se sentían entre ellos, como si al hacerlo traicionasen a Lara.

—¿Ulrike se pronuncia como Ulrike? —se preguntó, divertida, justo en la puerta de la copistería.

—No, chata. Ulrike se pronuncia como Gertrudis —provocó Pablo.

Reyes le dio un manotazo en la barriga.

—Hijo mío, lo tienes todo en su sitio. —cerró los ojos para concentrarse—. Exactamente, ¿qué te dijo la señora?

—Que si quería saber algo de Ulrike pasara por la copistería.

—Pero ¿por algo en concreto, Pablo? ¿Es suyo el negocio?

—Déjalo, ya entro yo.

—Ni de coña. —Lo apartó, aunque aguantó la puerta una vez entró para dejarle pasar. Había un chaval argollando un libro de papeles de color sepia—. Buenos días. —El chaval levantó la cabeza y musitó un mugido—. ¿Está Ulrike?

—¿Ulrike? —El joven puso cara de no saber de qué le hablaba.

—Una señora mayor, profesora de alemán de la universidad. —El dependiente volvió a su encuadernación—. ¿Está tu jefe?

—Mi jefa. Está desayunando ahí al lado. En La Auténtica. —Se abrió la puerta—. Ahí la tenéis. —Reyes y Pablo se giraron—. Manuela, esta chica busca a una alemana que se llama Unki…

—Ulrike —corrigió Reyes, impactada por el porte aristocrático de

la señora.

Esta levantó sus gafas de sol, los miró de arriba abajo y les preguntó.

—¿Quieren ustedes un café?

—¿Quiénes sois vosotros?

La mujer no se arrugó a la hora de enfrentarse a Reyes y a Pablo, que la observaron, callados, mientras ella se ocupaba de traer los cafés y unas tostadas 'de un pan riquísimo'. Se movía por la taberna como Pedro por su casa, hasta el punto de que Reyes comentó a Pablo si no sería también de su propiedad, como la copistería.

—No tiene pinta —sentenció Pablo.

Manuela no quiso servirse café, así que se plantó tras un vasito de licor.

—Perdonadme, pero es escuchar el nombre de Ulrike y me pongo a la defensiva.

A los dos les entraron ganas de preguntar por qué, pero Pablo pellizcó el muslo de Reyes para que no hablara. Se jugaban momentos críticos.

—Conocemos a su hijo —se atrevió él.

—Al Maxi de los cojones… —Dio un sorbo al vaso—. Sí… —Volvió a mirarlos con detenimiento, ellos estaban exultantes tras sus gestos contenidos—, podéis tener la misma edad, quizás algo más jóvenes, pero no tenéis mala pinta. ¿Qué relación tenéis con él? —Ambos dudaron, ella lo percibió—. Habéis entrado en mi negocio preguntando por Ulrike, creo que tengo derecho a saber quiénes sois.

—Maxi tuvo un hijo con una gran amiga nuestra. —Se lanzó Reyes.

Cada frase era una maniobra en sí misma que requería observar la reacción en el otro. Cualquier información de más podría echar todo al traste.

—¿Por qué no venís con la madre del niño? —Manuela disparaba alto.

—Porque no queremos que sufra —aclaró, enérgico, con una sonrisa, Pablo—. Lo ha criado sola durante veinte años y no es plan el meter la pata a estas alturas. —La mujer, de un segundo para otro, cambió la rigidez de su semblante hacia la emoción. Pablo lo vio—. De ahí que queramos ver a la abuela, porque sabemos que Maxi ha tenido una vida… —No sabía cómo definirla.

—Complicada —remató la mujer.

—¿Está viva la madre? —Reyes no podía contener la tensión. Manuela asintió—. ¿Vive en Sevilla?

—Supongo que sí. —Había demasiado nublado en las respuestas de

la señora—. Vivía por la plaza del Museo.

—¿Tiene un teléfono, una dirección?

—No me siento en disposición de pasaros esa información. No sé en qué estado se encuentra, ni si a estas alturas de su vida le vendrá bien que ustedes le hablen de que es abuela de un chaval de veinte años.

—De diecinueve —corrigió Reyes.

—A Ulrike le hubiera dado la vida haber tenido a ese nieto a su lado, ¿entendéis? —Se secó las lágrimas con una servilleta, Reyes agarró el pantalón de Pablo—. Lleva toda su vida sola, entre hospitales. Una vida muy jodida, sabéis…

—¿Tendría una foto de ella? —Pablo no sabía por dónde sacar la información.

Manuela rebuscó en su bolsillo el móvil. Se equivocó un par de veces, tal vez por los nervios, en ponerle la buena contraseña. Se introdujo en su Facebook y buscó. Pasaron segundos interminables, en los que las lágrimas no dejaban de salir en la mujer.

—Aquí está. —Con sus dedos porrones amplió la foto y giró el móvil hacia ellos.

Reyes gritó, aturdida, al ver la imagen de Merche la casera, con muchos años menos y un pañuelo en la cabeza.

—Gracias —respondió, pálido, Pablo—. Muchas gracias, Manuela.

La seguridad de la que le imbuyó Sarah provocó que Lara mostrara, sin planteárselo, la mejor versión de sí misma. Aun sin entender con exactitud qué pasaba, disfrutaba de que todo rodase redondo, más aún desde que las noticias clínicas de Abel comenzaban a confirmar que los peores temores, que no eran sino una vida en silla de ruedas, iban quedando de lado. La rehabilitación había conseguido en el niño una seguridad al caminar que poco tenían que ver con la ayuda que le proporcionaban las fajas reguladas con las que aún le controlaban la cintura.

—Tiene andares de galán —le decía Sarah, entre risas—. Pero mira qué recto se pone.

Que los correos de Maxi hubiesen empezado a desaparecer no le provocaba ansiedad, porque sabía que llegarían. Que cuando ella lo pedía, él estaba allí.

"Siempre me tendrás".

Así cerraba Maxi todos los emails, quizás convencido de que los tiempos en la vida de Lara requerían de una pausa, que no podía abusar de sus noches para quitarle sueño. Lo más importante era el niño y él le mostraba su orgullo por haber contribuido a que toda la serie de operaciones hubiera sido un éxito.

Cuando Lara le preguntaba por el gasto, Maxi cambiaba de conversación y pasaba a contarle cómo eran sus tardes de rehabilitación en Boston, para hacer un paralelismo con las de su hijo. "Sería divertidísimo compartir aparatos con Abel", aunque a continuación le describía un panorama mucho más crudo que el del pequeño. "Lo de nuestro niño es puramente mecánico, Lara. Lo mío tiene que ver con la electricidad. Hay parte de mi masa neuronal que está perdida para siempre".

El hotel, tras encadenar semanas completo por un otoño atiborrado de congresos de alto standing en Canary Warf, iba como una moto. Sarah apenas le preguntaba sobre las cuentas, porque el sistema informático de gestión permitía que ella supiese cómo iba todo sin necesidad de interrogatorios. Lara se centraba, sobre todo, en tener motivado al personal. No dejaba de sentarse con todos ellos una vez a la semana, fuera su encargada de negocios o las camareras de habitación.

—Estoy encantada contigo, Lara.

Definitivamente, se quedó a vivir en el apartamento que le dejó

Sarah, quien cada vez con mayor frecuencia acudía a cenar, siempre con una caja nueva de delicatessen.

—Hoy he traído un queso con el que vas a morir.

Lara miraba entonces a Sarah y pensaba que no querría perderla nunca de su lado.

Me pasé un par de veces por ese hotel —le confesó Andrius.

Lara sabía que esa noche iba a dormir con él. Había hecho tiempo para no encontrar a nadie en la recepción cuando llegasen, de modo que no hubiera frenos que la hiciesen dudar. Meterlo en casa, por mucha complicidad que tuviera con Abel, no entraba en sus planteamientos. Moría por perderse en sus largos brazos. Se excitaba solo de pensarlo. Tanto había idealizado esas noches de invierno en Londres de tantos años atrás, que le temblaba el cuerpo nada más que con sentir el roce de los pantalones de Andrius en sus piernas, bajo la mesa.

—¿El de Canary Warf? —él asintió, ella sonreía—. A la vista está que no me viste…

—O que no quise molestarte.

—¿Me viste? —Andrius afirmó con la cabeza y un ligero enrojecimiento de sus mofletes blancos—. ¿Y no quisiste saludarme?

—No me atrevía, Lara. Yo había sufrido tanto con nuestra ruptura que no quería pensar en que reaccionaras mal, que me dijeses que estabas con alguien… ¡Te vi tan bien!

Lara le tomó las manos. Ya no quedaba nadie en la plaza de San Andrés.

—Estaba muy bien, Andrius. ¡Muy bien! —Le venían a la mente las cenas con Sarah, los paseos cortos con Abel, el bullicio del negocio—. Fue una época maravillosa. —Se arrepintió, al momento, de decirlo—. Como también lo fue contigo, eso ya lo sabes. —Andrius le sonrió para tranquilizarla y darle pie a que siguiera hablándole de esos años—. Pero esa época es la de la luz, ¿sabes? Estaba cagada con Abel. Me habían dado un diagnóstico tan malo en la Seguridad Social. ¡Tan malo, Andrius! Me sentía tan sola…

—¿Te ayudó él? —No era necesario pronunciar su nombre para que los dos supieran de quién se trataba.

—Sí… en la distancia, pero se comportó muy bien conmigo. Con su hijo.

—Me ha comentado Pablo que ha vuelto a aparecer.

Lara negó con la cabeza.

—Ha aparecido una foto, Andrius. Una escena surrealista. Te la habrá contado Pablo, supongo…

—Un ligue violento del Tinder o algo así, ¿no?

—A Maxi nunca lo volví a ver. Abel le llama el fantasma. —Lara

aproximó sus piernas a las de Andrius y ya los dos supieron que esa noche iban a acostarse juntos—. El fantasma siempre estuvo ahí, me ayudó a tirar hacia delante. Nunca dejó de dar la cara, hasta que… —Andrius le apretó las manos—, hasta que hace pocos años me cogí un avión a Boston.

—¿Qué pasó allí?

—Que se metió bajo tierra. —La mirada de Lara se fue de allí—. Y yo le puse la cruz definitiva.

Pablo vio luces desde la calle, y se lanzó. Temía que no le abriese la puerta, pero lo hizo.

—¡Merche!

Ella sonrió, pero no lo invitó a pasar.

—¿Qué pasa, Pablo?

Tal como le había contado Lara en los días en los que desapareció, el apartamento aparecía vacío en su interior, por detrás de ella, destartalado, y era quizás por eso que defendía su guarida de visitantes extraños a ella.

—Necesito hablar un tema muy importante contigo.

Tenía que atacar fuerte. Esa noche Lara estaba de cena con Andrius, lo que le dejaba el camino abierto para tener una conversación a solas con la casera.

—¿Qué ha pasado? —Tal como preguntaba, hacía aún por cerrar más la puerta.

—Sé quién eres, Ulrike.

Un huracán de tensión envolvió el rellano, tanto que por un instante Pablo quiso desaparecer de allí, no haber inmiscuido sus narices en el pasado de Maxi y haber dejado que las cosas fluyeran, al ver la cara desencajada de la alemana, que no tenía otra salida que admitir haber sido descubierta. Ella, bloqueada, ni abrió ni cerró la puerta.

—Yo solo quiero cuidar de ella, Pablo. —La voz le salía ronca—. Y de mi nieto. Estaba terriblemente sola antes de que llegaran. Me he perdido toda la infancia de Abel.

Abrió la puerta, derrotada, y Pablo pasó. La única luz era la que entraba desde la calle. Cerró tras de sí y la siguió hasta el sofá, donde Ulrike cayó como un peso muerto. Conocido por sus silencios, Pablo decidió no hablar.

—Mi hijo está en la cárcel por un asunto muy feo, Pablo, del que me da vergüenza hablar. —Lo miró con ojos entornados—. Yo ya no tengo lágrimas. —Aun así, hizo el gesto de secárselas—. Si ella no hubiese visto esa maldita foto, tú no estarías hoy aquí. No tengo

derecho a pedirte nada, pero…

—¿Por qué no hablas con ella, Merche? —Le concedió el derecho a seguir llamándose así—. Lara es una mujer maravillosa que ha pasado por situaciones muy duras, no se va a asustar. —Ella negó con la cabeza—. Tú no eres responsable de las barbaridades que haya podido cometer tu hijo y tienes derecho. —La mujer negaba, incluso con más vehemencia—. ¡Es tu nieto!

—No voy a hablar con ella, Pablo. Yo voy a llevar mi vida igual que hasta ahora si no le dices nada. Seguiré tomándome una copa de Manzanilla con ella cada noche y dándole un beso en la frente a Abel. No pido más.

Pablo, ya hecho a la penumbra, admiraba la coherencia de la mujer.

—En cambio, si le dices quien soy, desapareceré para siempre y no molestaré más.

La frase sonó rotunda, hueca, en ese salón vacío de muebles.

—No es una amenaza, Pablo. Ni me pienso suicidar. Simplemente desapareceré de su vida.

Miró, como una vieja gata herida, a los ojos de Pablo.

—Tengo un sitio donde ir.

—¿Hoy no trabajas?

Andrius no supo hacer otra pregunta al toparse con Abel en la zona de desayunos del hotel.

—Tengo turno de tarde —comentó, sin mirarle a los ojos, mientras se terminaba un zumo de manzana—. Me encanta venir aquí a desayunar los días en los que trabajo de tarde. —Su parte adolescente le forzaba a disculparse.

—Me dijo tu madre que instalabas routers…

—Sí. Ella siempre lo explica así.

Abel moría por ir a la zona de croissants, pero ya su madre le había advertido de que no cogiese nada del buffet que estuviese a punto de acabarse. Miró a la espalda de Andrius por ver si quedaban magdalenas de chocolate.

—¿Y cómo lo explicarías tú?

—Puffff… tengo una parte de comercial que no me gusta nada, pero de eso no le hablo a mi madre porque me pone de mala leche.

—Lara es una gran comercial.

—Lo sé… —Se levantó a por las magdalenas.

—¿No estás estudiando nada? —Andrius se colocó a su lado con el plato, que empezó por llenar con los dos únicos croissants que quedaban—. ¿Quieres uno?

—Vale. —Abel alargó el plato y, por instinto, le puso una de sus magdalenas—. Están muy ricas.

—Veo que mantienes muy bien el inglés.

—Yo sueño y pienso en inglés. —Se apartó para seguir picando del buffet, no le gustaba cuando le preguntaban por los estudios.

Andrius se sentó frente a él.

—¿Puedo? —Abel asintió—. Tú no te acuerdas para nada de mí, ¿verdad?

Abel negó con la cabeza. Sabía todo de él. Sabía, de hecho, todo de su madre. Sus historias vividas siempre al límite, los amores con mujeres, el encandilamiento con Spencer, el sexo con webcam para su padre, los gemidos al otro lado del tabique, su tremenda soledad cuando hablaba de los abuelos, la sonrisa siempre puesta, el puré de patatas majado que ella le preparaba bailando 'Dancing Queen'.

—Gracias por tu complicidad estos días, Abel. Yo sí te recuerdo. Mucho. Fue en una época en que yo estaba muy enamorado de tu madre, ¿sabes? Pasé muchas horas contigo, mientras trabajaba en el estudio que me preparó Lara en vuestro apartamento de Hampstead Heath. Tú empezabas a moverte con un tacataca… —Abel, esta vez sí, lo miraba fijamente a los ojos. Ya tenía el plato vacío y Andrius no sabía si también ganas de escapar—. Me hace muy feliz verte andar con normalidad.

—Y a mí —respondió Abel con un tono más seco de lo que hubiese deseado. Le gustaba mucho Andrius para su madre—. Ella siempre me habló de ti.

Fue Andrius entonces el que metió la mirada en la taza de café.

—Ella también estuvo muy enamorada de ti.

El día en EL que celebraron el duodécimo cumpleaños de Abel, ellas sabían que estaban festejando su aniversario, pero ninguna se atrevió a mencionarlo, aunque quedase muy claro en la retina de las dos que la tarde en que Lara llamó a Sarah, para ofrecerse a llevarle el hotel, la conversación se desvió hacia los por entonces graves problemas médicos de un Abel que cumplía los once.

Hubo un momento, en el gran salón decorado con globos que el personal del hotel le preparó a su hijo, en el que Lara fue consciente de que todo el mundo que la rodeaba en un día tan especial no era sino amistades y familiares de Sarah.

Era un mantra que se repetía en su cabeza, como si de un descarado defecto de fábrica se tratara. Su incapacidad para consolidar amistades en el tiempo. Era tremenda cuidando de la gente que pasaba por su vida, mientras pasaban, pero luego abandonaba a su suerte esos tiempos felices cuando las circunstancias cambiaban, quizás por una reacción de defensa en ella de no querer mostrarse débil ni dependiente. Cortó con sus amigas de adolescencia valencianas, no telefoneó a una Juliette que dejó de llamarla desde Francia cuando no vio reciprocidad por su parte, dejó de lado a Spencer al cambiar de trabajo. No sabía de Tina, de la aupair sevillana, de la vecina italiana.

—Estoy harta de ser tan fuerte —repetía, cuando se venía abajo.

—Tu fuerza es tu principal atractivo, querida —le decía Sarah, para sacarla de sus diatribas.

Sin embargo, con la copa de champán en la mano, miraba a los niños jugar con un Abel que se protegía sentado en su silla, observaba a las madres, a los hermanos de Sarah, a su encargada de hotel, al corrillo de gente guapa a su alrededor, y se decía que todos ellos dejarían de ser nadie para ella en poco tiempo.

Todos, incluida Sarah.

Todos, menos su hijo, compañero imprescindible de su viaje.

La espalda de Pablo, apoyada en la pared de azulejos de la cocina, se tensionó al escuchar los golpecillos en la puerta propios de Merche.

—Aquí está mi casera —comentó Lara, en voz alta, algo achispada por las cervezas que compartía con Pablo, mientras Andrius, con delantal planchado de estreno, se esmeraba en preparar el plato típico lituano que hacía subir al cielo a Lara—. Se llama Burokėlių Sriuba, ¿lo he pronunciado bien? —preguntaba a Andrius—. Es una sopa caliente de remolacha que preparaba los días más fríos de invierno. ¿Has echado suficiente para cuatro?

Andrius asintió, mientras Merche entraba quitándose el abrigo y repartiendo besos. Lara no supo ver la mirada de terror que se cruzó con Pablo.

—Mi lituano, Merche —Lara se abrazó por detrás a Andrius, a quien agarró por la cintura, para sorpresa no tanto de Pablo sino de la señora—. Que nos está haciendo de cenar mi plato favorito de su tierra, recordando los tiempos en que era mi novio —Andrius giró la cabeza hacia ella, simulando un gesto de mosqueo por no enterarse de nada de su español.

—Aquí todo el mundo habla inglés —dijo él, sin dejar de remover.

—¿Dónde aprendiste a hablarlo tan bien, Merche? —preguntó Pablo, en son de paz, con una sonrisa.

—Mi marido tenía una empresa inmobiliaria en Marbella —contestó ella, ya con su copa de Manzanilla en la mano y sentada en la silla que le había preparado Lara—. Yo le gestionaba los principales clientes, de ahí que domine el inglés y el alemán.

—Hala, Merche —exclamó, feliz, Lara—. Qué oculto tienes todo ese mundo. ¿Tu marido murió hace mucho? —Se apoyó en la encimera, ya arrepentida de haber tirado por ahí.

—En un accidente de tráfico —mintió ella.

—Sí, Merche, me impresionó cuando nos lo contaste. —Se hizo el silencio que solo rompía el burbujeo de la salsa lituana—. Donde también perdiste a tu hijo, ¿verdad?

—Así es —musitó la alemana.

—¡Qué dolor!

—¿Y qué pasó con tu otro hijo? —preguntó, por inercia, Pablo.

—Yo solo he tenido uno, Pablo, y se mató en ese maldito coche.

—¿Se acuerda de mí?

Reyes había esperado a que la copistería se quedase vacía para entrar.

—Claro. —Manuela dejó la pantalla de la fotocopiadora y colocó las manos sobre el cristal del mostrador—. Reyes, ¿verdad?

—Buena memoria.

La mujer gesticuló un 'evita los elogios' con la mirada.

—¿Puedo invitarte a un café? —Se atrevió a solicitar Reyes, machacada por los ojos de Manuela, tras comprobar que tenía a un chaval en el negocio.

Se sentaron en la misma mesa del primer día. Efectivamente, se acordó de lo que pidió Reyes. Para ella, su carajillo de cada mañana.

—Acostumbrada a tus rutinas.

Reyes no quería ser tan básica como para entrar a saco, porque buscaba, precisamente, su complicidad. Manuela asintió, con todo el aspecto de estar quemada de muchos años de hacer cada día lo mismo.

—Debo tener el hígado destrozado de este anís que no perdono.

Le estaba abriendo la puerta, que Reyes atravesó siendo lo menos Reyes posible, cauta, sensible, atenta…

—Me impactó el desayuno del otro día, Manuela. —Sabía que utilizar su nombre iba a facilitar las cosas. Se forzó por hablar despacio—. Pablo y yo veníamos un poco despistados, ¡ya nos viste! —El rictus de Manuela permanecía inalterable. Sus ojos tenían manchas de cristales rotos—. Vinimos porque nos lo insinuó la secretaria de la facultad... —La mujer hizo un gesto de desagrado—, pero no podía imaginar cuánto sentimiento había en ti por Ulrike.

—¿Qué quieres saber? —ladró, Manuela.

—Yo siento también devoción por Lara, como tú por Ulrike…

—Estoy segura de que no es el mismo tipo de amor.

La frase resonó, rotunda, en toda la taberna. Reyes ya tenía material para una película de terror con el tono y la fuerza de esas palabras. Quiso imitar a Pablo, por lo que buscó en su silencio un posicionamiento en ella, que supo encontrar.

—Ulrike lo ha sido todo para mí. —A Reyes, acostumbrada a no impresionarse por nada, le tembló la mano al subir su taza de café para dar un sorbo—. Sí, soy lesbiana. Bollera. Tortillera. —Reyes hizo gestos, demasiado descarados, de no asustarse—. He estado enamorada hasta las trancas de la alemana. —Su voz sonaba ronca—. No sé si estoy metiendo la pata, ni sé si tú eres de fiar.

—Sí que…

—A estas alturas me da todo igual, preciosidad. —Reyes intuyó que, con la emoción, había olvidado su nombre—. Yo debería estar

viviendo, como la señora que soy, en su palacete de la calle Monsalves. —Se bebió el carajillo de un sorbo—. Porque he sido su mujer toda su puñetera vida. —Sacó un clínex de su bolsillo—. La he tenido como amante, la he cuidado cuando quedó viuda, la he consolado cuando su hijo se le fue de las manos para siempre… Pero en cambio aquí estoy, con más años que un bosque y haciendo fotocopias para llegar a fin de mes.

—Me encantaría conocer vuestra historia, Manuela. —Ella hizo un gesto exagerado de desprecio, lo que hizo crecerse a Reyes—. No sé a qué juega Ulrike con Lara, ¿sabes? —Captó la atención de la mujer, estaba encontrando su camino—. Pero sé que sabe que es la madre de su nieto, sé que la está ayudando sin que mi amiga lo sepa. No sé desde cuándo lo está haciendo, ni sé por qué su hijo está en la cárcel. —Reyes se estaba emocionando de verdad, lo que la asustaba—. Sé que está ocurriendo algo gordo y no quiero meter la gamba. —Vio los ojos húmedos en Manuela—. Pablo ha hablado con ella. —Tenía la boca seca—. Ulrike le ha amenazado con desaparecer si le decimos a Lara quién es. ¿Entiendes?

—Está como un cencerro —musitó Manuela.

—Yo creo que habla con el corazón. —Se tocó el pecho—. Y no queremos hacerle daño.

Manuela miró el reloj.

—Mi Matías se va en dos minutos. Tengo que tirar para la puta papelería. —Se levantó, con brusquedad—. Dame tu teléfono…

—Reyes.

—Dame tu teléfono, Reyes… Y déjame pensar.

Antes de abandonar la taberna, volvió sobre sus pasos.

—Sé desde hace siglos quién es tu amiga Lara. —Reyes notó que le temblaba la barbilla a Manuela—. Y tiene toda mi admiración.

El detonante fue Peter, como podía haberlo sido una oferta de trabajo o una llamada desde España. Pero fue Peter, un proveedor de brazos musculados y dientes perfectos que llegaba cada jueves para cargar las neveras del restaurante.

Lara prestó atención en él porque él prestó atención en Abel.

—Mi hermano pequeño pasó por algo igual —le comentó una mañana.

Los pasos raros de su hijo eran demasiado evidentes como para negar la mayor. A esas horas tempranísimas del día, cuando Lara hacía tiempo en la recepción a la espera del microbús que venía a buscar a su hijo, ella le comentaba a Peter, con todos los pormenores, las distintas operaciones a las que se iba sometiendo su hijo.

—Mira esto. —El joven Peter le mostraba vídeos de su hermano haciendo el payaso en fiestas familiares, le pasaba el móvil a Lara y ella los ampliaba con torpeza para escudriñar los pasos del chaval.

—¿Y dices que también fue un problema en el parto? —Peter asentía— ¿Y ha estado muchos años también con un corsé? —Él decía que sí—. No imaginas la esperanza que me das.

Eran meses complicados para ella en su rol de madre. Todo lo que avanzaba como directiva de ese hotel de lujo, todo el físico que se redondeaba para convertirla en una mujer diez, todo su mundo de miras estratosféricas se aguaba cada tarde al recibir a su niño bajando del microbús. Ahí se le caía el alma.

—Me gustaría que un día viniese tu hermano, Peter. —Su ofrecimiento salía del corazón—. ¡Os invito a una merienda! —Peter se reía—. Que hable con mi niño, que hagan migas. Que le diga que todo va a salir bien.

Una tarde de meriendas, con Lara agarrada a los brazos de Peter, Sarah apareció.

—¿Vas a engañar a Lara?

Reyes dejó de maquillarse cuando Pablo le soltó la bomba. Con un solo rabillo pintado, se plantó frente a él, para echarle en cara haberse adelantado a lo que ella consideraba que debía haber sido un plan conjunto.

—Eres un periquín, Pablete. —Estaba cabreada—. Te ha faltado tiempo para meterte en su casa y descubrir tus cartas. Esto era cosa de dos.

—Tienes razón. —Sabía que la tenía.

—Ahora tengo yo que interpretar la cara de puchero que puso la cabrona alemana esta, ¿verdad? —Metió sus cosas en el bolso. Pablo le señaló el ojo para recordarle que estaba a medio maquillar. Volvió a vaciar, nerviosa, el neceser sobre el lavabo—. Para nosotros está por encima de todo Lara, ¡al menos para mí! —Sabía que era un golpe bajo. Pablo no rechistó—. Que la conozco desde hace muchos años y se ha comportado siempre de lujo conmigo. —Terminó de pintarse—. Así que la vieja te chantajea…

—No es eso, Reyes…

—Entonces, ¿cómo se llama eso? —Ahora sí metió las cosas en el bolso—. Yo he quedado con el Adri para mandarlo al carajo, así que ya hablamos otro día. —Le faltó poco para empujarle para salir de su apartamento—. Estoy hasta el coño de los tíos. De los musculosos y de las musculocas.

—No merezco que me hables así.

Ella se frenó. Cerró la puerta por fuera.

—No te lo mereces, no. —Apoyó la cabeza sobre la puerta, Pablo se le acercó—. Deja, deja… estoy bien. No me puedo desconcentrar. Llevo toda la tarde ensayando lo que voy a decirle al mamarracho este.

Pablo no preguntó, porque sabía que se lo iba a decir, que lo iba a representar con todo el arte que tenía Reyes para hacer de un momento dramático una comedia. Se dio cuenta, en ese preciso momento, de que la quería horrores.

—¿Tú crees que por tener una polla de elefante me vas a chulear con idas y venidas? —Pablo, apoyado en el resquicio de la escalera, se disponía a disfrutar de la Reyes más grande—. Yo no me derrito por ningún tío, cabeza de melón. Que yo soy de Torreblanca y me he zampado el mundo en Londres. Y que si estoy de vuelta en esta ciudad

cateta es porque mi madre se está muriendo y no voy a dejarla sola, ¿sabes? Que a mí me sobran ovarios para vender los putos rayos uva y tirar para Nueva York a hacerme de oro con mi acento british y este careto y este cuerpo que Dios me ha dado. Porque aquí no hay serrín, ¿entiendes? Que yo me monto un negocio así de rápido. —Chasqueó los dedos, con las lágrimas a punto de saltar—. ¿Lo entiendes?

Pablo asintió.

—Pablete, que esto no iba para ti… —Él sonrió—. ¿Qué me dices?

—Que el Adrián se va a cagar.

la primera vez que Sarah la besó, Lara acababa de acostar a Abel. Fue un acto de prueba, respetuoso, de amor.

—Perdona. —Se atrevió a decirle.

Pero Lara se lo devolvió, tal vez porque lo esperaba desde siempre. No tenía prejuicios sexuales desde que se acostó, para Maxi, con la canguro italiana. Estaba segura, o no, de sus querencias en la cama, tanto como de que no estaba dispuesta a ponerse frenos innecesarios. Quería, desde hacía semanas, ese beso de su jefa, un abrazo de ella, dejarse llevar. La esperaba cada noche para cenar, acumulaba anécdotas del hotel para contarle, era a ella a quien quería hablarle de los pequeños progresos de Abel al caminar. Era su madre, su diosa, su benefactora. Con ella podía hablar de todo, sin prejuicios, porque Sarah lo había vivido todo.

Fue un beso que desbloqueó sus ansias de querer en grande.

Sarah se fue antes del amanecer, mientras Lara, haciéndose la dormida, suspiró por que llegara de nuevo la noche.

En cuanto sintió la puerta de la calle cerrarse, saltó de la cama para escribirle a Maxi la maravillosa noche que acababa de vivir.

Las mañanas de tertulia se le pasaban volando a Pablo, de ahí que los lunes y los jueves, sin programa de lecturas al que agarrarse, fueran días más ásperos para él. Aunque había ideado actividades relacionadas con las nuevas redes sociales, comprendió que también necesitaba horas muertas en las que poder hacer inventarios, preparar devoluciones y leer las novedades en su rincón del café. Jugaba con los olores, como un crío, cada vez que empezaba novela nueva, tiraba de las velas aromáticas que vendía, encendía inciensos y se preparaba tés diferentes para adaptarlos a cada historia. Sus años rebeldes en París le habían dado muchas armas para enfrentar sus fantasmas, sabía lo que era amar con devoción y no había postura sexual que no hubiese practicado, de ahí que esas asignaturas ya aprobadas le daban la oportunidad de disfrutar de un pequeño negocio que no hacía sino darle alegrías. Su mente traviesa inventaba frases para colocar en la pizarra, los clubs de lectura fidelizaban a sus clientes, los autores nacionales no pasaban por Sevilla sin tomarse un café con él, su página de Facebook echaba humo con sus ocurrencias. Era un hombre tremendamente feliz.

—Buenos días.

—¡Andrius!

—¿Estabas soñando despierto? —La expresión del lituano era simpática, con los mofletes colorados de temer que pudiese molestar.

—¡Estaba en mi mundo, Andrius! —Se levantó de su rincón—. Estaba en mi mundo, como siempre. Haciendo planes, viendo qué me puedo inventar, tú sabes…

—Cualquiera diría que estoy en Londres o en Manhattan —hablaba con sinceridad—. Me encanta este concepto de negocio. ¿No es arriesgado?

—¿Qué no es arriesgado en esta vida, Andrius?

—Montar un McDonald's, quizás…

Se miraron con un afecto sincero.

—Tengo fama de hacer muy buen café y hoy tengo unas pastas deliciosas que me trae la confitera de ahí enfrente.

—Pues mucho estás tardando. —Andrius le sonrió, ya con los mofletes apagados y los hombros relajados—. No quiero entretenerte mucho.

—Entretenme el tiempo que quieras. Los lunes y los jueves no tengo actividades en la librería, así que ando más a mi bola. —Le puso

un plato con un surtido de pastas—. Mis cafés espectaculares son con leche…

—Adelante. —Andrius se sentó en un taburete alto—. Venía a pedirte consejo. —Estaba nervioso—. Lara me habla maravillas de ti... —Pablo le guiñó al servirle el café—. Si no fueras gay, estaría celoso…

—No tendrías un rival en mí. Yo siempre me enamoro de gente perversa, y Lara es un amor.

—He pensado en buscar un apartamento en Sevilla.

Pablo se detuvo en seco. De pronto, había entrado una avalancha de amor. Sintió un pinchazo de felicidad preciso, generoso, limpio, rotundo, de los que se recuerdan.

—Lara va a caer rendida, Andrius.

El lituano se tapó la cara con sus manos largas de dedos infinitos, los mofletes habían recuperado su color.

—Yo nunca fui tan feliz como lo fui con ella, ¿sabes? Yo me arrastré por las calles de Londres durante meses para recuperarme, la espié durante años, sin atreverme a dar el paso de decirle todo lo que suponía para mí. Pero, cada vez que estaba a punto, recordaba cada palabra de amor que ella le escribía al padre de Abel y me moría. No tengo ninguna duda de que ella me quiso con locura. Que me amó.

Pablo refugiaba su emoción en el café.

—Y el otro día me llamó. Quince años después, cuando mi vida no podía estar más desordenada, me llamó. ¿Entiendes? —Pablo asintió —. He estado durmiendo con ella estos días, me sé de memoria su cuerpo, tiembla igual que entonces, su saliva… el mismo sabor. ¡Como si hubieran pasado dos días!

—Coge el apartamento, Andrius.

Andrius se zampó una pasta, que se le hizo bola en la boca con la emoción. Pablo le puso un vaso de agua y atravesó la barra hacia el otro lado. Andrius, como un adolescente, se abrazó a él.

—Coge el apartamento, Andrius. Ese gilipollas no va a volver.

No mucho después de que Andrius saliese hacia la agencia inmobiliaria con la que trabajó Pablo al llegar a Sevilla, Merche entró por la puerta de la librería.

—¡Habemus Papam! —exclamó él, con la sorna propia de quien acaba de vivir una escena impactante.

Ella sonrió, rastreó con la mirada los pasillos para asegurarse de que no había mucha clientela y sacó de una bolsa un paquete de bombones.

—Los he traído para ti.

Pablo, movido por la carga emotiva de la mañana, la abrazó y le

dio un beso. Ella, arisca, le correspondió.

—Venía a pedirte disculpas.

Perdido aún en la reciente charla con Andrius, Pablo se acercó a prepararse otro café. Lo que tuviese que decirle iba a venir rodado.

—¿Te preparo un té, Merche?

Ella agradeció con un gesto, que él supo bien interpretar, el que no saliera el nombre de Ulrike de su boca.

—Sí, gracias. Con un poquito de leche si es posible. —No atinaba para quitarle el plástico a la caja—. Probarás uno de los bombones, ¿verdad? —Pablo asintió.

Merche esperó a que el ruido de la máquina terminase de calentar la leche antes de lanzar el discurso que traía ensayado.

—Verás… mi hijo no se mató en ese accidente de coche. —Pablo no quiso hacer más ruido con la cafetera, para no interrumpirla. Tomó una bayeta y empezó a limpiar la barra—. De hecho, mi marido tampoco. —Pablo se congeló—. A mi marido lo mató mi hijo, el padre de Abel. Y es por eso por lo que mi hijo está en la cárcel.

Merche cerró los ojos y se puso la mano en el pecho. Pablo, raudo, acudió hacia ella, sin saber muy bien qué hacer. Esa mujer estaba dando un paso definitivo y él debía reaccionar. Agradecerlo. Estar ahí.

La señora volvió a abrir los ojos. Era ahora o nunca.

—Mi hijo lo mató porque él me maltrataba. Así lo declaré al juez. Así lo he declarado siempre, porque así fue. —Pablo le pasó una servilleta para secarse sus lágrimas secas—. Pero a mi hijo le acusaron de homicidio premeditado, sádico y con alevosía. —Le temblaba la voz, pero quería terminar de cerrar ese capítulo—. Mi Maxi era un chico genial, preparado, inteligente, pero muy sensible. Se le fue la cabeza. Bajó al garaje y se ensañó con él cuando se enteró. Lo destrozó. Lo reventó a cuchilladas.

Merche no podía sufrir más con su relato.

—Ya en la cárcel, todo se estropeó.

Definitivamente, la señora se vino abajo. Pablo le echó agua en la nuca, en la frente, la abanicó, la sentó en el sofá de cuero, la besó en la frente.

—Llámame un taxi —suplicó ella—. Por favor…

Lara no pudo imaginar lo que era la fuerza del desamor hasta que vio sucumbir a Sarah en su dolor.

La persona que lo representaba todo para ella entró en una dinámica desestabilizadora de autodestrucción que acabó llevándola a un psiquiátrico durante una temporada en la que Lara aprovechó para desaparecer.

Al principio rechazó toda ayuda externa. Con Abel ya recuperado y el importante ingreso mensual que le hacía Maxi desde Boston, tuvo el coraje de abandonar un trabajo en el que no podía estar mejor considerada.

Sarah pasaba de las súplicas al desprecio. Tan pronto le prometía una subida de sueldo y un nuevo apartamento en la City, como le destrozaba el despacho en un ataque de locura.

En las primeras semanas, cuando conseguía poner en la balanza los pros y los contras con mesura, lo vio todo recuperable.

—Quizás hemos avanzado muy rápido, Sarah. Yo no sé lo que es el amor por otra mujer, yo no sé si estoy enamorada de ti.

Ponerle nombre a lo que había entre ellas, por mucho que se habían acostumbrado a un sexo suave de luces oscuras, desataba en Sarah unas reacciones excesivas.

—¿Me estás llamando lesbiana?

Era un laberinto del que no sabía salir ni con sus mejores intenciones.

—Te debo la vida, Sarah. Lo más importante, que es mi hijo Abel, va a tener una vida sana gracias a ti. ¡Va a poder caminar! ¿No te das cuenta lo que te debo?

Entonces ella la abrazaba, y volvía a llenarle la habitación de flores. De nuevo las delicatessen, los viajes organizados, las cenas con Ruinart, los besos en la cama.

—¿Te ves a escondidas con Peter?

Hubo un día en que pagó su neurosis con Abel, al que arrancó de la mano una caja donde había una pulsera de plata que había encargado para ella. No sabía que Lara, a través de una confluencia imposible de espejos, la observaba. Vio el bofetón y no pudo más.

—¡A mi hijo no le pone nadie la mano encima!

Sarah, descolocada, gritó como una gata herida. Esa misma noche la encerraron en el psiquiátrico de Maudsley.

—¿Qué haces tú en estos sitios de mayores? —le preguntó Reyes, nada más sentarse en la terraza del Gigante.

Abel se encogió de hombros y se encendió un cigarro.

—Jugando a ser mayor, ¿verdad? —le replicó ella misma— ¿Desde cuándo fumas, cabrito? —Abel se reía— ¿Tu madre lo sabe? —Él negó con la cabeza—. Eres un provocador. Me estás poniendo a prueba porque sabes que se me cae la baba contigo.

—Quizás. —Soltó una carcajada.

—Ahora ¿qué te vas a pedir? ¿Un whisky on the rocks?

—Me ha dicho mi madre que has roto con el musculitos…

—Una periquina tu madre, no sabe estar callada.

—Yo me alegro. Era simpático el tipo, pero no estaba a tu altura.

—A mi altura no está nadie, Abelito.

—Y que lo digas. —Apagó el cigarro con gestos aprendidos—. Tú eres grande.

—Y tonta.

—¿Te gusta Andrius para mamá?

—Mucho.

—A mí también.

Se sonrieron. Se querían. Mucho.

—¿Temes que aparezca el de la foto? —Reyes intuía que andaban por ahí los miedos del chaval.

—Siempre aparece para joderlo todo. —El chaval dio un buche a su cerveza, tenía ganas de hablar—. Yo no sé cómo ella nunca te contó nada de mi padre.

—Me dijo el día que la conocí que fue un polvo con un desconocido. Y me lo tragué.

—¿Te quedarías de piedra con la historia del cabrón del Tinder?

—Indignada, más bien.

—Yo creo que no te lo contó porque le daba vergüenza…

—¿Te ha nombrado su abogado defensor?

—Sé que el Pablo y tú habéis estado investigando. ¿Qué habéis averiguado?

—Nada.

—Vamos a estar aquí tomando cervezas hasta que me lo cuentes, Reyes.

—¿Estoy con mi enanito Abel o con John Wayne? —Él soltó una carcajada, sin tener ni idea de quién era ese señor Wayne— Sabemos

que el tipo existe, que esa foto no es de hace mucho tiempo…

—Eso ya lo sé yo…

—Y que está en la cárcel. —Reyes adivinó, por su movimiento en la silla, que eso sí era una novedad, gorda, para Abel—. No sabemos aún las razones.

—En la foto no se le ve pinta de tener tantas operaciones en la cabeza…

—No tiene pinta, no…

—¿Piensas que es un tío peligroso, Reyes?

A ella le alivió que no siguiera insistiendo en su interrogatorio, no quería en ningún caso que supiera que la casera era su abuela antes de que Lara estuviese al tanto.

—Pienso que no, Abel. —Le dio un buche largo a la cerveza y miró el reloj—. Pienso, simplemente, que es un hombre al que la vida le ha tratado muy mal. —No sabía por qué, pero le dolía pensar que Lara pudiese enterarse, que intentase buscarlo en prisión, que se complicara de nuevo la vida—. Esto no lo puede saber tu madre, ¿entiendes? —Abel asintió—. Ella es especialista en meterse en marrones, y la veo haciéndole calcetines para llevárselos todas las tardes a la cárcel. —Ya estaba arrepentida de habérselo contado—. Si nos guardas este secreto, te seguiré contando todo lo que averigüemos.

—Vale.

Reyes salió con prisas, sin tener el valor de preguntarle por el embarazo de su novia, porque le daba pánico lo que ese chaval le pudiese contar.

—¿Que asesinó a su padre?

—Sí —respondió, firme, Pablo.

Habían quedado no lejos de la sauna, porque había días como ése en que les era imposible adaptar sus horarios, pero el chaval policía le dio un sí rotundo cuando le propuso quedar.

—Pensé que querías echar un polvo, mamón, que ando a palo seco desde hace mucho.

—Para eso siempre estoy dispuesto, ya sabes… Podemos quedar esta noche en casa. Yo me encargo de preparar la cena y tú de investigar qué pudo pasar.

—No es tan fácil, Pablo. —El joven llevaba una mochila grande a cuestas, que bajó al suelo para poder anotar—. ¿De qué año hablamos?

—Ni idea… No creo que muchos tipos hayan matado a su padre en Sevilla en los últimos 20 años.

—¿20 años? Pero ¿tú crees que yo puedo encontrar nada con una

información así? A ver, dame nombres.

—La madre se llama Ulrike, y el hijo que está en la cárcel se llama Maxi.

—¿Apellidos?

—Ni idea. —El policía iba a poner el grito en el cielo—. Pero te los consigo en un rato. —Levantó las manos en señal de paz—. No te lo pediría si no fuese muy importante, de verdad.

—¿Qué me vas a preparar de cenar? —Sacó su mejor sonrisa, en su papel de héroe urbano.

—Rodaballo al horno.

—¿Y de postre?

—Banana con miel…

—¡Qué rico! ¿Me dejarás que yo unte la miel?

—Eso dependerá de si tú cumples tu parte del trato. —Pablo comenzó a andar hacia la librería—. Tendría que haber abierto hace diez minutos. ¡Te veo a las diez en casa!

Los tiempos con Peter fueron los más duros de Lara en Londres, pese a ser una relación por la que ella apostó fuerte desde el primer día. Había provocado tal desajuste emocional en ella la ruptura con Sarah, que forzó todo para que su apuesta por él no se convirtiera en otra historia fallida.

Ya no recordaba lo que era el amor y aún no había cumplido los 35.

Spencer, de nuevo Spencer, le ayudó a encontrar trabajo como encargada en otro establecimiento de menos categoría de la cadena de restaurantes de carne en la que trabajó, lejos del glamur de Covent Garden. Cada día hacía dos horas de metro para plantarse en Hounslow. Los turistas eran una quimera y más que restaurante parecía un comedor social. Spencer, crecido en su ingenuidad por la petición de auxilio, comenzó a frecuentar el local a la hora del cierre.

—Cariño, por favor, no vengas más, te lo suplico —le decía, con toda la amabilidad de la que era capaz de agenciarse, sin mirarle a los ojos y acelerando el paso hasta la lejana estación de metro—. ¿No ves que ya estoy metida en una relación?

—Yo solo quiero recuperar los paseos de entonces, Lara.

Lara apretaba su caminar y desaparecía. Quería, por encima de todo, una vida normal, de horarios familiares, rutinas establecidas y amor. Pero el amor hacia Peter era un ensueño. Convivir con él fue comprobar en sus carnes la sinrazón del alcoholismo, sus complejos en la cama, un mundo vacío de expectativas que ella no supo incentivar en un hombre de buen corazón.

Todo se lo relataba a Maxi, que salía de una de sus últimas crisis definitivas, tras un fallo renal por la potencia del último tratamiento de quimioterapia que casi se lo lleva por delante.

“Me van a hacer otra transfusión de sangre”, le respondía, cuando ella le hablaba de las llamadas desesperadas de Sarah para un encuentro furtivo. “Estoy empezando a mover la pierna izquierda”, era el discurso de Maxi cuando Lara le relataba los penosos episodios nocturnos de un Peter alcoholizado.

No tener a su Maxi de siempre al otro lado del Atlántico le quitaba fuerzas para ser rebelde, porque sin él a su lado, por muy lejos que estuviera, sentía que estaba desamparada.

Llegó, sin embargo, el día en que Maxi resucitó con un poema de amor. “Es de Idea Vilariño”. Entonces Lara sucumbió de nuevo a él, se

especializó en encontrar huecos en la noche para enviarle mensajes, volvió a las sesiones de webcam, con la vergüenza añadida de los movimientos patosos de Peter al acariciarla, al agarrarla, incapaz de hacerla gozar.

Fue por esa época cuando Maxi comenzó a hablar de una enfermera, “la encargada de la farmacia del hospital”, de sus largas charlas al atardecer, cuando ella terminaba turno y se acercaba a tomar su cena con un vino en la habitación. “Me da la vida, amor mío”.

Entendió entonces los celos, la locura de Sarah, la sinrazón de no saber qué hacer.

“Si charlas con ella, ¿por qué no puedo ir yo a verte? ¿Por qué no puedo yo acercarme con mi bocata y mi copa de vino? Iría nadando hasta Boston solo por un beso tuyo”.

Era suficiente ese tono de súplica para que Maxi desapareciera durante semanas y Lara volviese a la rutina de servir almuerzos fríos a un tipo que solo sabía beber cerveza.

—¿Qué os traéis entre manos Reyes y tú?

—¿Por qué dices eso?

—Si no fuera porque te vuelven locos los maromos estaría celosa, mamarracho.

—Reyes es brutal.

—Lo es —reconoció Lara, que se sentó por fin frente a él.

El mediodía era espléndido, de brisa floja y nubes rápidas, que no podían con el sol.

—¿Sabes que ha cortado con el guaperas ese? —preguntó Pablo, para tantearla.

—La musculoca, como dice ella… ¡Sí! No hay nada que no me cuente, cada día, desde hace ya un porrón de años…

—No sabía que su madre se estaba muriendo.

—Es por eso por lo que se vino a Sevilla.

—No me dijo nada.

—Ella nunca va a decirte nada que te pueda preocupar, Pablo. Lo lleva en la sangre.

—Qué tonta…

—Es un sol. A mí me llama melodramática la muy jodida.

—Al lado de ella, eres Bette Davis.

—Lo sé, Pablo… Se ríe mucho contigo.

—Y yo con ella. Es como un maricón, como un travesti, tan exagerada en todo, ¡tan en carne viva! Es un espectáculo de mujer, divertidísima…

—¿Cómo fue para que ella te hablara de la enfermedad de su madre?

—Surgió de forma espontánea. Ensayó conmigo el numerito que le tenía preparado a Adrián para cortar con él. En ésas que se puso en jarra y proclamó 'no estaría en esta ciudad cateta si mi madre no se estuviera muriendo'…

—Es un caso.

Pablo confirmó la mirada perdida de Lara en su pasado compartido londinense con Reyes.

—Ella nació en Torreblanca, ¿lo sabes? —Pablo asintió—. En una familia desestructurada, al límite de todo. —Se le saltaban las lágrimas—. Y mira la hija de puta cómo salió para delante. ¿Te has dado cuenta de que no pide ayuda ni muerta? —Pablo le mantenía la mirada—. A mí me dio la vida en Londres, cuando todo se me

estropeó.

—¿Cuándo se te estropeó todo?

—El día en que Peter me abandonó. —Se secó los ojos—. Yo era un animal herido, muy herido. Y ella apareció. Tenía que ser sevillana la muy cabrona, para recordarme a Maxi. —Fijó su mirada en el suelo—. Yo no le conté nada de él, ni de Andrius, ni de Spencer, ni de Sarah, ni de Peter… tan solo que estaba destrozada. —Miró, ahora sí, a Pablo, de frente—. Y ella estuvo ahí.

Andrius no quería dar un paso al frente sin tener la certeza de no meter la pata. Ya no tanto por Lara, sino por él. Volver a caer en la trampa de un amor equivocado le causaría una frustración de por vida. Sabía que había una pieza fundamental, que tenía que ganar, así que vigiló durante la semana los horarios del turno de tarde de Abel, para hacerse el encontradizo cuando llegase a las ocho de la tarde a casa. Duchado y perfumado, se sentó en la silla de su habitación dispuesto a controlar la parada de autobús. Friki de las aplicaciones móviles, se bajó la de la compañía de autobuses e hizo una foto desde la ventana al número de línea que tomaba el chaval. Faltaban tres minutos para que llegara el próximo servicio. Tenía las frases preparadas y una baza que jugar. El autobús llegó, y allí estaba Abel. Bajó por las escaleras como si se lo llevaran los demonios.

—¡Abel!

El joven giró la cara y su reacción espontánea le hizo pensar a Andrius que la noche iba a ser un triunfo.

—Acabo de desconectar del curro y me lanzaba a tomarme una cerveza. —Abel, lacio y desnortado, como correspondía a su edad, lo observaba como si la historia no fuese con él— ¿Me llevas a algún sitio? ¡Invita el lituano!

—Vale.

En el camino hacia la Alfalfa, Andrius le preguntó por su pierna, Abel por su teletrabajo, Andrius le contó que estuvo con una mujer mucho mayor que él tres años y el chaval le confirmó que su madre no tenía relaciones desde hacía meses.

—Pero ni siquiera un revolcón —confirmó, ya con la primera cerveza en la mano—. Es que mi madre pone como una moto incluso a mis colegas.

—A mí me pone también —se aventuró Andrius.

—Lógico —sentenció, categórico, el chaval.

Andrius no quiso dar más rodeos.

—Estoy pensando en buscarme un piso en Sevilla.

La reacción que quiso ver en Abel, la vio, por mucho que él no se

moviera de su postura. Era ese rígido no moverse el que lo delataba.

—Pero no estoy seguro de si le va a gustar la idea a tu madre.

—Yo creo que le gustará.

—No quiero equivocarme otra vez con ella, Abel. La veo muy descentrada y no quiero suponer una molestia más.

—Si es por mi padre, puedes estar tranquilo. No va a aparecer. —Andrius dio un sorbo largo a la cerveza para hacerle hablar—. Está en la cárcel. —Al lituano se le cambió el gesto—. ¡Pero ella no lo puede saber! —Andrius no reaccionaba—. Será nuestro secreto, ¿vale?

—¿Por qué no lo puede saber?

—Porque entonces sí que estará con la mente en otra cosa. Y tú no querrás que eso ocurra, ¿verdad?

Andrius se mesó el cabello. Más decidido estaba, más dudas le entraban.

—Cuando te decía que encontraba a tu madre preocupada, no estaba pensando en eso que me acabas de contar.

Abel, inquieto, se levantó del taburete.

—¿En qué estabas pensando entonces?

—En que vas a hacerla abuela.

—He traído este vinito para celebrar que vuelvo a estar soltera.

Fue al darle dos besos cuando se dio cuenta de que no había llegado en el momento oportuno.

—¿Y estas luces azules de puterío? —Se asomó al salón sin cerrar la puerta ni dejar la botella en la cocina— ¿Has triunfado en el Grinder o qué? —Pablo, tras de ella, no podía reprimir la risa— ¿A qué hora viene el maromo?

—Está al llegar.

—¿Te dejo el vino?

—Sí, pero para tomármelo contigo otro día. —Se lo quitó de las manos—. ¿Mañana?

— ¿Qué le has preparado? ¡Sorpréndeme!

—Rodaballo. Bueno, tengo que prepararlo.

—Yo quiero ser maricón. Y quiero casarme contigo. Y quiero comerme ese culo impresionante que tienes. Y quiero tener un hijo tuyo.

—Reyes…

—¿Tendrías un hijo conmigo?

—No.

—Verdad, qué coñazo, ¿no? Unidos de por vida con un crío. Que si las clases, que si las enfermedades, que si las notas…

—Yo contigo tendría el mundo, Reyes.

Ella se encandiló con la frase.

—Yo contigo tendría un castillo, para cuidarte, para protegerte. —Pablo estaba entonado con el gintónic que se había preparado para cocinar, pero hablaba de corazón—. Tú eres un ángel caído del cielo. —Ella lo miraba sin torcer el gesto—. Un ángel maricón con tetas, un ángel malhablado y faltón.

—Pero un ángel… —Él asintió—. Enséñame el culo, anda. Antes de que venga el mamarracho ese y le parta las piernas.

Pablo se bajó los pantalones y le enseñó el culo. Reyes se acercó y lo manoseó.

—Pero qué buenos estás, maricón.

En ésas llegó el policía, que no llegó a interpretar del todo la escena, y Reyes se fue lanzando un guiño de aprobación, sin haberle podido contar que había descubierto que Manuela, la de la copistería, estaba dispuesta a cantar.

—Hoy no está Katrina, pero ha entrado una chica española que pone las mechas de maravilla.

Lara, nerviosa por el reencuentro con Sarah, no hizo demasiado caso al cambio de peluquera, a la que incluso explicó en inglés cómo quería el pelo. Reyes le respondió en el mismo idioma.

—Es importante que hoy quede perfecto —añadió.

Hacía más de tres años que Sarah y ella no se veían, Lara había vuelto a cambiar de trabajo, un conglomerado de apartahoteles en Greenwich, y de apartamento, uno cercano al Támesis que le permitía ir en dos paradas del River Bus a currar. De no haber sido por la insistencia de su antigua jefa, ella hubiera seguido en el caparazón en el que se metió desde el día en que se encontró el armario vacío de la ropa de Peter.

—¿Quiere mantener el mismo estilo o le doy un toque más juvenil?

—¿A qué le llamas un toque más juvenil?

—A uno que ayude a suavizar su cara de cabreo —respondió, descarada, Reyes—. Que un peinado no hace milagros —le vino a decir en español.

Lara, absorta en el discurso que tenía preparado para con Sarah, estuvo a punto de levantarse y pedir el libro de reclamaciones. Reyes, entonces, le soltó al espejo una sonrisa ingenua de dientes blancos que cambió sus vidas para siempre.

—Dale ese toque juvenil, total, mi cara ya no tiene arreglo.

No vio oportuno hablarle de que iba a encontrarse con una señora que había sufrido fuertes problemas mentales, tal vez por no asumir su sexualidad, para tratar de reconducir de nuevo un futuro profesional que la tenía fuera de juego.

—Hablas muy bien inglés, entiendo que no estás recién llegada.

—No. —Volvió a sonreír al espejo—. Llevo ya un tiempo aquí.

Reyes no quiso contar nada que ella no le preguntase. Era consciente de que había quitado la anilla a la granada y tan solo era necesario contar hacia atrás para que esa mujer explotase. Sabía que se jugaban los momentos decisivos y ella no iba a rebajarse a contarle de su vida sin nada a cambio. En el sueldo de peluquera no iba

incluida la psicoterapia. Sí era cierto que en esa zona escondida de Londres no era sencillo encontrarse con una española de su edad.

—Voy a encontrarme con una antigua jefa que fue muy importante para mí. —Terminó por confesarle Lara—. La cosa no terminó del todo bien en el plano personal, pero necesito que vuelva a ficharme. Me angustia seguir dando pasos atrás en mi carrera profesional.

—Esa jefa estaba loca por tus huesos. —Lara se derritió con su suave acento andaluz y esa bala tirada directamente al pecho— ¿Me equivoco?

—¿Andaluza?

—De Sevilla. —comenzó a mostrarle las mechas con un espejo—. De uno de los barrios más pobres de España. Torreblanca.

Lara ya no pensaba en su encuentro con Sarah, sino en cómo hacer para integrar a esa sevillana en su vida.

Nada más abrir la puerta y ver a Lara al otro lado, Merche cogió las llaves y cerró por fuera.

—Venía a preguntarte si te vienes a dar un paseo más tarde con Andrius y con el niño…

—Me has cogido saliendo, Lara. —Le dio dos besos y se dio cuenta de que no tenía el monedero encima y estaba en babuchas.

Las dos miraron sus pies al mismo tiempo.

—¿Dónde vas con esas pantuflas?

Como cogida a traición, la casera se puso la mano en el pecho. Quería evitar abrir la puerta, que no volviera a ver su casa vacía de todo, pero no sabía dónde ir. Sus rutinas con Lara eran a la hora de la cena o un saludo al asomarse al desayuno del hotel. Saberse descubierta por Pablo implicaba el desconcierto absoluto de no saber qué podía saber, o no, su querida Lara.

Podría desaparecer de nuevo, tal como lo hiciera cuando le llegó el falso mensaje de la enfermedad de Abel. En esa ocasión las aguas volvieron a su cauce, pero ya todo había tomado un cariz ingobernable.

—¡Merche! Que estás en Babia. ¿Te recogemos o no en un rato? —Miró la hora—. Andrius quiere subir a conocer las Setas y habíamos pensado en ti.

—Yo ya he subido una vez.

—Eso es lo de menos, mujer. Es por sacarte un rato. Que te quites las babuchas y te pongas guapa, que llevas unos días muy rara.

—Me encanta el lituano, Lara. —No podía contener la voz temblona, como un acusado a punto de confesar—. Es el hombre que mejor te puede venir. —Sacó las llaves de nuevo de su bolsillo.

—Yo ya no creo en ningún hombre, Merche. Veinte años me llevé enganchada de un fantasma que no me dejó vivir.

Aliviada tras comprobar que Pablo no la había delatado, Merche cerró la puerta por dentro, se descalzó de sus babuchas y buscó qué ponerse para acercarse a la librería. Todo su empeño debía emplearlo en conseguir la eterna complicidad de quien podría destrozar su vida para siempre.

Ya no tenía bombones que llevarle ni excusas con las que visitarle,

de no ser por el afán de querer mostrarse de frente, hacerle ver que en ella nunca tendría a una enemiga. Quería saber de él, de su familia, entender desde cuándo estaba en Sevilla, cuáles eran sus apoyos emocionales, qué papel podría jugar ella con él.

—Hola Pablo.

Él reaccionó como ella esperaba, bajando de la escalera con premura sin terminar de colocar los libros en la estantería.

—¿Sandor Marai? —preguntó ella.

—Una literatura descarnada.

—Lo sé. —Estaba reciente la confesión del día anterior de Merche, los años en la cárcel de su hijo, el reconocimiento de su culpa. Se conjugaba lo sucio y lo inocente—. ¿Podrías conseguirme novelitas en alemán?

—Claro que sí, Merche. —Cada vez que no pronunciaba Ulrike era una batalla ganada para ella.

—Estoy desconectada por completo de lo que se cuece en mi país. Me quedé en Günter Grass.

Pablo volvió a su tarea de cuadrar los libros en las estanterías, deformes de soportar tanto peso.

—¿Cómo estás?

—Asustada.

—No he dicho nada a Lara…

—Lo sé.

Se hizo un silencio incómodo, pero a Merche no le gustó la mirada descorazonada en él.

—¿Este local es tuyo? —Merche se giró en redondo hasta alcanzar con la mirada el conjunto de estanterías que trepaban hasta el techo.

—Mientras pague el alquiler, sí.

—¿No te interesaría comprarlo?

—No tengo intención ninguna de endeudarme de por vida, Merche.

—Podríamos hacer un trato.

Pablo dejó las novelas de Marai sobre el suelo hasta acercarse a ella.

—Creo que te equivocas conmigo, Ulrike —pronunció con lentitud su nombre—. Yo no necesito llegar a ningún trato, ¿entiendes?

—A mí me sobra el dinero. —La voz se le rompía.

Volvió Pablo a la escalera, a la bayeta y a Sandor Marai.

—Usa el dinero para vivir, Merche. —Volvió al son de paz—. Dedícatelo a ti. A tu nieto, si hace falta, pero con mesura. Abel ya está saliendo adelante montando routers y le viene bien que sea así.

—Yo muero de amor por él.

—No lo dudo. —Pablo deseaba que se fuera, porque no quería estallar, pero cada minuto que la señora permanecía allí, inmóvil, suplicante, más razones encontraba para decirle que él no estaba de su

lado—. Yo soy el último de la fila aquí, ¿sabes? Hace apenas unos meses que vino Lara por primera vez a apuntarse a un club de lectura. Me conquistó. Nos conquistamos. Quienes hemos vivido sin familia, sin apoyos emocionales, en ciudades enormes perdidos de la mano de Dios, sabemos reconocernos. —Era un pensamiento que le fluía fácil, porque estaba convencido de su veracidad—. Ahora es una mujer importante en mi vida porque los dos nos lo hemos currado. —Merche aguantaba el chaparrón—. Yo soy la parte de Lara que no te perdonará jamás. Porque sé lo que es el maltrato psicológico, las noches sin dormir esperando una llamada, el pasar semanas sudando el desamor para volver a enamorarme de quien no estaba a la altura. No sé qué papel jugaste en todo esto, pero eres cómplice de todo ese dolor.

—Lo siento…

—Pero soy el último, ya te digo. Reyes es la parte de Lara que sí valora como un regalo que hayas cuidado de ella, de su niño, que ahora tenga este hotel, que estés a su lado. Tal vez porque Reyes valore mucho más el dar, el sufrimiento. Yo soy mucho más cabrón.

Terminó de colocar, con dificultad, el último ejemplar de 'La mujer justa' en su lugar.

—Soy especialista en cuadrar estanterías.

—Gran novela la del húngaro. Es una de las últimas novelas que leí en alemán. —Pablo desmontó la escalera—. Yo debo ser la mujer injusta…

—He decidido que no voy a decir nada a Lara de ti, aunque me torturen. Y yo, cuando doy mi palabra, la doy por encima de todas las cosas.

—Gracias, Pablo.

—Pero piensa bien si no le debes una explicación.

Cerró el negocio a tiempo para acercarse a la librería de Pablo antes de que echase la reja. Siempre remoloneaba antes de chapar, con los preparativos de la pizarra del día siguiente y el repliegue de las estanterías que disponía en la calle, con las novelas de segunda mano. Intrigada por la cena de la noche anterior con el policía, Reyes buscaba saber qué se traía entre manos su amigo. Quería contarle, y no contarle, la historia de amor de Manuela con Ulrike. Era una información valiosísima con la que podía jugar en ese episodio detectivesco que tanto le estaba ayudando a dejar de lado sus impulsos de llamar al Adrián que le enviaba mensajes calientes de puro amor adolescente.

No hubo cruzado la acera, cuando vio a la casera salir del negocio

de Pablo, con semblante preocupado. A Reyes se le pasaron mil demonios por la cabeza. Estaban traicionándola. Se veían a escondidas, se contaban las razones de su papel de infiltrada. Indignada, con ganas de montar un número a su amigo, vio que Merche se dirigía en sentido contrario al del hotel, por lo que decidió dejar a un lado la bronca, para seguir a la casera.

A pasos irregulares, la alemana cambiaba de acera a cada momento, calle Alfonso XII arriba, sin dejar de mirar hacia todos lados. Reyes se fue refugiando en el Corte Inglés, en la iglesia del Silencio y en el hueco que dejaba la abandonada Biblioteca Municipal. A la altura de la Plaza del Museo giró a la izquierda. Aceleró el paso, con el tiempo justo de verla entrar en un edificio imponente de la calle Monsalves.

Paró en un bar a tomar una cerveza y calmar los nervios. En la casa, visible desde la mesa donde se sentó, comenzaron a encenderse luces.

Con las pulsaciones ya en su sitio, se dirigió al portal. No había telefonillo, así que llamó al timbre general. No había mirilla que pudiera delatarla y se introdujo en el rellano para no poder ser observada desde los balcones. Volvió a llamar.

La puerta se abrió con ruido de bisagras envejecidas.

—Buenas tardes, Ulrike.

Quisieron ponerse tantas condiciones, desde el afecto, que el reencuentro con Sarah resultó fallido desde el momento en que descubrieron, las dos, que había mucho dolor.

—Se me cae el alma al verla tan perdida —relataba Lara a Reyes en sus confidencias cerveceras en Coach and Horses—. Una mujer que ha llegado tan lejos y que esté así de sola.

No todo fue mal en esa cita, sin embargo, porque Sarah la puso en contacto con un empresario de Newcastle que necesitaba quien le gestionase la parte comercial de una oficina de congresos.

—¿Quieres venirte conmigo a trabajar?

Reyes lo rechazaba, como gata arisca. Se lo explicaba con frases de una sinceridad brutal que desarmaban a la valenciana.

—Yo no quiero deberte nunca nada, Lara.

Esos eran sus principios. Claros y rotundos. Reyes empezó a estar siempre ahí, a presentarle sus ligues, a quedarse con Abel, a llevarle gazpachos endulzados con aguacate en tápers que siempre se le derramaban.

—Yo muero con Abel —le confesaba a la madre—. Muero con la gente que viene al mundo con dificultades.

Sí, ése era su lema. Reyes era un animal sin domesticar que daba manotazos a quien se le acercaba, podrida su capacidad de confiar en emociones limpias.

Tal vez por eso Lara, conforme fue quedando prendida de esa sonrisa del espejo, se construyó el cuento de que Reyes no era sino hada madrina. La suya. A ella no le contaría nada doloroso, nada que rompiera la magia. Con Reyes se ponía el contador a cero y Londres volvía a ser la ciudad grandiosa de ese invierno de 1999 en el que llegó huyendo de la vida destinada para ella en su pueblecito de Náquera.

—Tu fuerza es contagiosa, Reyes.

A ella nunca le contaría que, de nuevo, Maxi había vuelto a aparecer cada noche para decirle que siempre estaría ahí. Porque sabría que llegaría el día en el que le contaría que había, una vez más, desaparecido para siempre.

—Creo que Andrius quiere decirte algo —susurró Abel.

La tarde caía con luces pasteles a 30 metros sobre el suelo de Sevilla, ayudada por el vainilla de las láminas de madera de las Setas. Como arquitecto de cierto prestigio, Andrius había leído acerca de este extraño mirador en revistas especializadas, pero no quería visitarlo sin la complicidad y los comentarios de Lara y Abel.

—¿Qué me quiere decir Andrius? —preguntó, divertida, Lara, desacostumbrada a escuchar el perfecto inglés de su hijo.

Se giró hacia el lituano, al que le volvieron los mofletes colorados de los momentos importantes.

—He encontrado un apartamento muy bonito en la calle Águilas.

La tensión duró dos segundos infinitos, los que tardó Lara en calibrar toda la catarata de emociones que provocaba esa información. Lara miró a su hijo, que le envió la sonrisa más hermosa en años. Andrius estaba a punto de explotar.

—Vas a vivir muy cerca de nosotros —musitó Lara.

Quería medir sus palabras, a pesar del maremoto de felicidad que le subía desde los dedos de los pies.

—Aún no lo he firmado, Lara.

—¡Pues fírmalo, joder! —gritó, con la tensión por las nubes, el joven Abel.

—Lo único que le conté a Pablo es que mi hijo está en la cárcel porque mató a su padre.

Reyes, de pie en el recibidor, aflojó la mandíbula.

—Esta es mi casa real, ya ves. —Avanzó hacia el patio interior, tras un gesto de invitación a entrar—. Me siento una delincuente cogida con las manos en la masa. —Se sentó en una silla al aire libre, bajo la luz tenue que llegaba de unos faroles antiguos. Reyes se acomodó a su lado—. Yo simplemente quería facilitar las cosas a mi nieto, a mi nuera… pero no me atrevía a decirle a Lara quién era Maxi, un preso condenado por asesinato, porque temía su reacción, que se volviese a Londres o que se avergonzase de mi hijo. Me daba pánico todo, Reyes.

Ella no sabía qué decir, solo sentía una enorme compasión por la alemana.

—Todo esto lo vamos a arreglar, Ulrike. Lara es una persona con un

corazón enorme.

—Lo sé. —Su semblante, rígido, no se permitía una muestra de emoción.

—Después de todo, es hermoso lo que has ideado. Tú no eres responsable de lo que haya podido hacer tu hijo.

—Él lo mató porque mi marido era un cabrón. —Suspiró con fuerza, para retomar el relato—. Pero lo hizo todo mal, porque era otra época, porque no había denuncias previas, ni se podían revisar las llamadas como se puede hacer hoy en día. En el juicio yo denuncié todas las barbaridades que había sufrido durante años, pero el juez no vio sino a una madre desesperada por salvar a su hijo. Me hicieron revisiones forenses. Les enseñé estas cicatrices… —Se bajó el escote, se subió la falda—, que aún tengo. Pero no se pudo demostrar que fueran los navajazos que una noche de borrachera me asestó.

—¿Cuándo ocurrió todo esto, Ulrike?

—El mismo día en que mi Maxi vino de Londres. Recién aterrizado. Hace veinte años ya.

La bola se hacía más grande cuanto más tiempo pasaba sin nombrar a la fiera delante de Reyes, algo que Lara quería mantener a cualquier precio, convencida de que el nombrar a Maxi, el que su figura emergiera de la oscuridad, había sido la causa primera de sus rupturas sentimentales, de las pérdidas de confianza de la gente cercana, de las reprimendas merecidas de las personas que un día se cruzaron en su vida. A fin de cuentas, era una debilidad en ella que tenía que guardar en el más íntimo de los secretos para no mostrar esa parte de sí misma que la hacía vulnerable.

De ahí que, un año después de conocerse en la peluquería, Reyes no conociera la existencia de ese hombre enfermo de treinta y tantos años que la piropeaba a diario desde el otro lado del Atlántico.

Aprendió a amarlo así, convencida a base de rechazos de que la única forma de mantenerlo a su lado era dejarse llevar, no preguntar, permitirse el lujo de arrastrarse por la melodía de sus textos, por lo que le quisiera contar, con el tono y los ritmos que él eligiera.

Había una razón de peso por encima de todas las demás, cuando las dudas surgían y se planteaba tomar el portátil y tirarlo al Támesis, convencida de que sería una forma eficaz de romper definitivamente con esa extraña relación de amor.

Era Abel.

Siempre era Abel.

Cuando todo se torcía, allí estaba el chaval.

“Envíame otra foto”.

Puntual pagador de sus terapias, de su manutención, de sus caprichos, el trato hacia Abel de Maxi era la mejor prueba de su calidad humana, algo que la enloquecía, acostumbrada a lidiar en una jungla londinense donde no había relación que no tuviera un componente de veneno.

—¿Qué veneno tengo yo?

Le preguntó, ofendida, Reyes, el día en que Lara le compartió su teoría acerca de la dificultad de hacer grandes amigos en Londres.

—Tú eres precisamente la excepción que confirma mi teoría. Pena que no seas un tío, porque me volverías loca de amor.

—Ella nunca me contó nada de ese puto Maxi en todos nuestros años compartidos en Londres…

Pablo la dejó hablar. Recién despierto por su llamada, se preparó un café a las dos de la mañana para aguantar el chaparrón de una Reyes que llegaba a su casa impresionada por lo que había visto en la calle Monsalves.

—Yo pienso que debe de tener incluso mayordomos, Pablo, en ese casoplón. —Se agarró al cojín y observó a su amigo, meneando el café —. ¿No pensabas decirme que te estabas viendo a escondidas con la alemana?

Él no contestó sino con un guiño.

—La vi salir de tu negocio esta tarde, y la seguí. —Volvió a desparramarse en el sofá—. Estaba indignada contigo, pero me podía más la curiosidad, ¿sabes? Porque vi que miraba hacia todos lados y no tiraba para su casa. La persecución fue como de estas películas de espías en la época del telón de acero. Yo me iba escondiendo en cada rellano que encontraba por Alfonso XII.

—Así que venías a verme…

—Sí. Tonta no soy, Pablito. Y el rodaballo de ayer con el jovencito policía no era solo para echar un polvo. ¿Qué le habías pedido que investigara?

—Lo del asesinato del padre.

—¿Asesinato? Fue en defensa propia más bien, ¿no?

—En defensa propia no descuartizas a un tipo. —Reyes se echó las manos a la cara—. No te voy a dar detalles de lo que ponía la autopsia…

—Así que no vengo con ninguna novedad —se lamentó—. Yo venía con la ilusión de decirte que lo mató el mismo día en el que se despidió de Lara en Londres y tú ya has visto hasta la autopsia.

—Bueno, lo del palacio ese en la calle Monsalves es todo un notición.

—Esa mujer está forrada. No sé para qué coño daba clases en la universidad, si podía vivir como una diosa… —Recordó entonces la charla con Manuela—. La alemana tenía una historia de amor con la de la copistería, Pablo. Fui a desayunar con ella.

—Vaya, se destapa con más noticias la que hablaba de traición.

Reyes casi le tira el café al arrojarle el cojín.

—Cabrón. —Volvió a recostarse en el sofá, para tratar de reordenar

el discurso de la copistera—. Manuela le echaba en cara el estar todavía currando cuando tenía todo el derecho a disfrutar de ese palacio con la Ulrike.

—Es poco discreta esa mujer —criticaba Pablo, con la boca pequeña, bien consciente de que él sintió idéntico abandono cuando jugó a ser amante de un hombre que tenía París a sus pies.

—¿Mamá?

Lara, con la toalla alrededor tras darse una ducha, se asomó a la puerta del baño.

—Sí, Abel…

Ya vestido con la ropa de trabajo, se apoyó en la pared del pasillo, sin decir nada.

—No me asustes, hijo. ¿Qué pasa?

—Si prometes guardarme un secreto muy grande, te doy una buena noticia.

—Abel, a mí no me digas cosas así, que me mareo.

Se sentó en el filo de la bañera.

—El fantasma está vivo y está en la cárcel.

Lara no reaccionó.

—Pablo y Reyes han estado investigando a partir de la foto famosa del capullo del Tinder.

—Los mato…

—He prometido con mi sangre que no te contaría nada.

—En la cárcel, ¿por qué?

—Algo muy jodido de asesinatos, no me han querido decir más. —Lara se incorporó, se quitó la toalla y se metió en la bañera. Abrió el grifo y se echó agua ardiendo por encima. Abel se acercó—. Ellos te contarán todo en poco tiempo. Estoy seguro.

—¿No sabes nada más? ¿En qué cárcel? ¿En Estados Unidos?

—Aquí en Sevilla. No sé nada más.

—Sal y cierra la puerta, Abel.

—¿No quieres oír la noticia buena?

—Sal y cierra la puerta, por favor.

—Quería que lo supieses para que eso te animara a darle una oportunidad a Andrius, mamá…

—¡Que te vayas, Abel!

Por épocas, Reyes llegó a interiorizar que Lara era asexual. Ella le presentaba cada dos por tres amantes de los cuatro rincones de la Tierra, y Lara no paraba de agasajarlos como si el último siempre fuese el definitivo. Les cogía un cariño tremendo hasta que, el día menos pensado, Reyes les daba una patada en el culo.

—¡No me traigas ningún novio más a casa, por favor!

Reyes le insistía en que la etiqueta de novio era cosa de ella, que se involucraba demasiado con tipos que no eran sino rolletes que le hacían disfrutar de otra forma de la ciudad.

—¿Y a ti no te pica el chocho, hija mía? —le decía un viernes sí y otro también en su pub de Greenwich—. Ya no digo un novio, Lara. ¡Un polvo! ¿Te acuerdas de lo que es eso, mi vida? Que te lo van a tener que abrir con un sacacorchos…

—Qué burra eres.

—A veces pienso que tienes un ligue en tu trabajo. Que te lo haces con el jefe de los botones, o con el que te trae los pedidos. ¿No era el proveedor de los pasteles el Peter este con el que te llevaste tanto tiempo? El alma en pena ese que no sabía ni follarte de lo borracho que siempre estaba. —Lara se reía—. Espero que no sea con una cocinera o una telefonista, que yo me pirro por un tío, pero me pondría celosa…

—Soy feliz así, Reyes. —Y lo era—. He tenido todo el sexo que se podía tener, de todos los colores. Y ya volveré a tenerlo. —Se veía masturbándose para Maxi con la webcam, mientras le repetía los argumentos de siempre—. Pero ahora estoy disfrutando de mi hijo adolescente, ¡te has fijado los andares tan chulillos que está sacando! —Reyes le cogía por los antebrazos, incapaz de no tocar—. Me estoy haciendo un nombre en la hostelería londinense. Estoy ahorrando lo más grande. ¡Y te tengo a ti!

—¡Qué rara eres, Dios mío!

Lara pedía otra pinta de sidra para ella y una de cerveza para Reyes, mientras se decía que era la mejor elección, la de guardar su amor por Maxi de cualquier juicio de valor, porque no quería que nadie, ni siquiera Reyes, la convenciera de que no se podía amar así.

Arrepentida de haber hablado con Abel, condicionada por la frialdad con la que Pablo olfateaba todo el pasado de Maxi y aturdida por la confesión de Merche en su palacete de Monsalves, Reyes recibió una llamada de Manuela.

"Necesito verte".

De pronto, volvía a sentir que tenía la sartén por el mango, aunque le incomodaba esa sensación de euforia. ¿Qué había en toda esa movida que la excitaba tanto? ¿Eran realmente sus ganas de ayudar a Lara o existía un componente perverso en ella que tendría que preocuparla?

Quedaron en un café del Porvenir.

—No me apetecía que me vieran tantas veces contigo en la taberna.

—¿Por qué? —Trató de quitar hierro al asunto Reyes—. ¿Por si pensaban que te habías echado una nueva novia?

—No tiene la menor gracia.

—Perdona.

Manuela le contó que algo le ocurrió a Ulrike en 2016.

—Cayó en una fuerte depresión, de la que ya nunca más salió.

—¿No tendría que ver con su hijo?

—Lo de su hijo es su gran tragedia, Reyes. Es el ejemplo perfecto de lo que supone la cárcel como destrucción. Entró como un jovencito acojonado. Él era un portento en Físicas, de hecho, lo habían admitido en la mejor escuela universitaria de Londres, en el Imperial King's College. Un chico sensible, tímido, muy ligado a su madre. —Manuela tenía los labios secos, Reyes le pasó su vaso de agua—. Ella estaba muy contenta de haberlo convencido para salir del nido familiar. Imagina. Hijo único, dinero a raudales, padre autoritario.

—Pero se le fue la mano con ese maldito padre…

—Los primeros años fueron angustiosos, pero, antes de que Ulrike se diese cuenta, su hijo ya se había metido en una paranoia de mercadeo, de palizas. El primer año trató de mantener sus estudios a distancia. Aunque de la universidad londinense lo expulsaron, su madre lo matriculó en la UNED. Volvían las buenas notas, la ilusión. Ella buscó los mejores abogados…

—Pero todo se estropeó.

—Sí. Y en el primer permiso que le dieron, la lio. Se había compinchado con un antiguo compañero de celda y lo cazaron in fraganti en un alunizaje. Ya vino una condena tras otra.

—¿Y su enfermedad?

—¿Qué enfermedad?

—No sé. Lara me cuenta que siempre estaba sometido a tratamientos médicos, siempre a punto de morirse… —Manuela puso cara de no entender—. Le decía a Lara que estaba ingresado en una clínica de Estados Unidos.

—Me temo que la clínica de Estados Unidos era una celda de la cárcel de Sevilla 1.

Reyes no quería seguir escuchando, al menos no quería ser ella quien tuviese que contarle todo eso a Lara.

—¿Qué pasó entonces en 2016?

—No lo sé, Reyes. Algo tuvo que pasar en su familia en Alemania, o quizás descubrió algo que no conocía del cabrón de su marido. Estuvo ingresada un tiempo con una fuerte medicación.

—¿Nunca te dio una pista de lo que pudo ocurrir?

Manuela negó, apesadumbrada.

—Nunca me volvió a hablar desde ese día. Sin compasión. Se metió en un agujero y ya no salió más. —Reyes quiso abrazarla, pero estaba paralizada—. Hasta que aparecisteis vosotros preguntando por ella el otro día en la copistería.

—Manuela…

—Solo te pido que, si descubres qué pasó, me lo hagas saber.

—Sabes que no te voy a preguntar nada que no quieras contarme, Lara.

No quiso ni siquiera decirle que el vuelo salía de Heathrow, porque no quería dar pistas que permitiesen que hilara. Dejó la maleta con las cosas de Abel y se despidió con un abrazo de Reyes.

—Estás temblando.

Sí. Estuvo temblando durante toda la espera en la terminal del aeropuerto y no consiguió pegar ojo en todo el trayecto hasta Boston. Lara era consciente que jugaba todo al rojo, ya no había marcha atrás.

Envió el mensaje de todas las noches a Maxi, con quien volvía a vivir un período arrebatador de emociones. La vida que crecía en Abel, sus éxitos profesionales que no le daban respiro, incluso todo el rosario de personajes que pasaban por su vida era regalado cada noche a su amor. Se duchaba para él cada día, se dormía lanzándole la última sonrisa a la cámara, besaba a sus amantes con los ojos cerrados, a los que dejaba que le tocaran por todos lados con las manos de Maxi, que le besaran con su saliva, que le lanzaran palabras guarras salidas del estómago de quien la poseía a distancia.

Era una felicidad inclasificable que ya hacía años no quería compartir con nadie, cansada de consejos, de comentarios morbosos. De miradas compasivas.

¿Quién podía darle a ella lecciones de amor?

Cuando anunciaron el almuerzo durante el vuelo y comenzaron a encenderse las luces. Lara salió de su manta para abrir la ventanilla. Pudo ver la costa verde de Massachussets e imaginó, equivocadamente, los acantilados abruptos donde se situaba la clínica donde llevaba media vida el padre de Abel.

—¿Cuándo se rompió vuestra relación?

La pregunta de Andrius era obligada, la respuesta de Lara adormecía en un rincón de su memoria al que le daba pereza acceder, para evitar así la sensación de ridículo que la acompañaba, de derrota, de frustración.

—Tomé un vuelo hacia Boston el verano del 16.

Con la cabeza gacha para no importunarla, Andrius carraspeó su incertidumbre.

—Estábamos en nuestro mejor momento, ¿sabes? Había conseguido acceder a una parte de él que pocas personas consiguen visitar de la persona que aman. —Sabía que la frase era cursi, pero era una frase que había construido durante años para justificar tantos años perdidos —. Era como si hubiese conseguido abrazar a una persona que había vivido desde siempre al borde del precipicio, como un gato apaleado que no admite caricias. Ese hombre llevaba media vida metido en un hospital, con el habla perdida, la cabeza abierta, sin movilidad ninguna en las piernas, condenado cada tres meses a comprobar si había rastros tumorales en alguna parte de su cuerpo machacado.

—Lara…

—Pues eso. Había conseguido demostrarle que yo estaba por encima de su invalidez, de su media lengua, de sus miedos. Yo lo quería tal como era, por mucho que me dijese que no podría follar conmigo, ni compartir una casa, ni cuidar de mí…

El silencio invadía el salón y Andrius era consciente de que Abel escuchaba, con el corazón encogido, un relato que quizás nunca hubiera escuchado de su madre.

—Me inventé un viaje de empresa, me compinché con mi subdirectora y le pedí a Reyes que se quedase con Abel. —Ya no tenía cerveza en la copa que se llevó a los labios—. Sabía que, cuando le dijese que estaba a pocos metros de su hospital, me recibiría con emoción, me dejaría achucharle, me lo comería a besos.

—¿Y no fue así? —Lara negó con la cabeza—. No te quiso recibir…

—No…

—¿Fuiste al menos al hospital?

—¡No sabía cuál era el hospital! —Se sorprendió con su propio grito—. Busqué todos los hospitales de Massachussets. Había cientos. Empecé con fuerza el primer día, mirando cada dos minutos el móvil esperando su respuesta. Era un viaje sorpresa, ¿sabes? No quería darle

la posibilidad de plantearse ninguna estrategia. Le escribí en cuanto aterricé haciéndole ver que estaba en Londres, y él me deseó buenas noches sin saber que para mí eran las cuatro de la tarde y estaba a su lado. Cuando se lo dije, nunca más contestó.

—Hijo de puta…

—Eso llevo repitiéndome desde ese día. Hijo de puta…

A pesar de haber llegado con tiempo para escoger una mesa discreta, cuando Pablo apareció por el Gallinero de Sandra ya estaba allí Ulrike.

Ella le dio un beso de mirada gacha y preguntó por Reyes.

—Hemos considerado más oportuno que viniese yo solo. —La alemana asintió—. Nos ponemos en tu piel, Ulrike. —Dejaba de llamarla Merche—. Comprendemos que es una situación muy delicada.

—Lo es —murmuró ella.

Por la forma en que Sandra les ofreció un aperitivo, ya Pablo supo que ella era cliente habitual del restaurante. Quizás por eso lo había elegido, para sentirse en terreno amigo.

Pablo calmó la tensión con anécdotas acerca del grupo de tertulianas jubiladas que acababan de acudir a su club de lectura. Ulrike le preguntó acerca de sus gustos literarios, él a ella de sus clases en la universidad. Eran dos felinos que tanteaban los gestos en el otro para preparar el asalto final.

—He tenido en mis manos la primera sentencia de tu hijo Maxi. —Sonó fuerte la frase, como si rebotase contra las paredes—. Y la segunda, y la tercera… —Ulrike, lejos de bajar la mirada, se la mantuvo—. Acaba de empezar a cumplir su cuarta condena. —Ella resistía el embate—. He accedido, también, a la autopsia de tu marido… —Provocó un silencio largo, que Ulrike no quiso aprovechar—. He hablado también con los funcionarios de prisiones de Sevilla 1. —Dio un sorbo a su vermú, tenía la boca seca—. Tu hijo no escribió ningún email a Lara en todos estos años, ¿verdad?

—No —confirmó, ella, tajante.

—Los escribías tú. —Prefirió afirmar a preguntar.

—Sí.

—Tu hijo nunca estuvo ingresado en un hospital oncológico de Boston. —Ella negó, ya con las lágrimas saltadas—. Tú, en cambio, sí tuviste problemas críticos con el cáncer. —Ulrike ya estaba noqueada—. ¿Alguna vez supo Maxi que había tenido un hijo en Londres?

—No. —La voz le salió como un hipido.

A Pablo, de golpe, se le hizo un agujero en el estómago. Su silencio ya no era estrategia, sino un grito de auxilio. Muy en su interior deseaba que la teoría que había construido la tarde anterior con Reyes se disolviera como un azucarillo en boca de la alemana. Sin embargo, ella confirmaba cada extremo. Sandra evitó acercarse a comentar los platos fuera de carta al ver la escena. El restaurante estaba aún casi vacío.

—Él me pidió que mirase su correo de la universidad a los pocos días de ingresar en la cárcel. —Ulrike se decidió a dar su versión, no le quedaba otra—. Era una época en la que no todo el mundo tenía emails. A mí me ayudó el catedrático de Contemporánea. Logramos tener acceso a su cuenta, conseguí imprimir el correo atormentado de Lara y se lo llevé a la cárcel. Se lo leí a través del cristal. Lara buscaba a la desesperada comunicarse con él. Le pedía que la llamara, que la escribiera, que le dijera algo… —Pablo podía imaginar el infinito dolor de esos días—. Maxi me pidió que le respondiera que se había muerto. —Ulrike se secó las lágrimas con una servilleta—. Yo decidí mantener una pequeña rendija de esperanza, y le conté a Lara, haciéndome pasar por él, que le habían detectado un tumor terminal en la cabeza y que le operarían a vida o muerte. —Ulrike ya no miraba a nadie—. Entonces ella me contestó con lo de su embarazo, y yo ya no supe escapar de ahí. —Las lágrimas brotaban como lo debían hacer aquellas que se asocian al alivio de los pecados que se necesita expulsar.

—Es estúpido preguntarte si eres consciente de que la has tenido engañada veinte años.

—No tengo perdón, Pablo. —Su semblante era hierático—. No hay día en que no haya pensado en ello.

—Ella estaba locamente enamorada de una persona que ni siquiera sabía que tenía un hijo.

—¿Qué quieres que te diga, Pablo? ¿Quieres que me arrodille ante ella y le suplique perdón?

—Tal vez, sí.

—A mi hijo le quedan muchos años de cárcel y no tiene idea de nada. No va a ir a buscarla porque no sabe que existe, ¿entiendes? —Dio un sorbo, al fin, a su copa de champán sin empezar—. Si no hubiera aparecido esa maldita foto todo habría salido bien. ¡Yo estoy deseando que se case con Andrius! ¡Que triunfe en el hotel! ¡Deseando seguir teniendo a mi nieto cerca!

—Ella acabará enterándose de todo esto, Ulrike…

—¿Por qué? —Cerró los ojos, la tortura era tremenda—. ¿Qué ganáis con decirle que ese amor de veinte años era falso? —Parecía tener esas preguntas muy integradas en su corazón—. ¿Quién dice que ese amor de veinte años no fue verdadero?

Pablo no sabía responder.

—Ella os adora. Lo sé. Me consta. He vivido semanas muy felices a vuestro lado. ¿Por qué nada tiene que cambiar? Reyes y tú podéis conseguir con facilidad que se olvide de todo esto. Lara ya no siente nada por Maxi. Ese Maxi la dejó abandonada en Boston el día en el que ella fue a visitarlo. Vuestra amiga lo insultó, lo condenó, lo destrozó. ¡Ya todo se acabó! Esta farsa se acabó, Pablo.

—Fuiste tú quien la dejó tirada en Boston.

Ulrike bajó la cabeza.

—Tú estabas enamorada hasta los huesos, ¿verdad?

—¡Ayúdame, Pablo! —Le tomó la mano con las suyas, húmedas por el llanto—. Te lo suplico.

Lara se asomó a la puerta de la habitación de Abel, que jugaba con su móvil en la cama.

—¿Cuál era esa buena noticia que me tenías que contar?

Su hijo se quitó los cascos, aunque lo tuviera casi en silencio para poder escuchar las charlas apasionadas en las que Andrius y su madre estaban construyendo su futuro más inmediato.

—¿Qué?

—Que cuál era esa noticia que tenías que darme.

Abel dio dos golpecitos en la cama para invitarla a sentarse a su lado, a lo que ella accedió con cara de mosqueo.

—¿Qué se trae el Abelito entre manos?

—Tú tenías mi edad cuando me tuviste, ¿verdad? —Lara buscó su mirada con severidad, no le gustaba por dónde empezaban a ir los derroteros—. Y supiste criarme más o menos bien.

—¿Cómo que más o menos bien? Si estás hecho un…

Abel le tapó la boca y soltó una carcajada.

—Yo podría hacerlo igual de bien, mamá. —Se derretía cuando le decía mamá—. ¿O no? Si me has criado tan bien como dices seré capaz de ser un buen padre…

—¡Qué acabas de cumplir 19 años, Abel!

—La edad que tú tenías…

—¡Yo tenía 20, chaval! Y era una mujer, que a esas edades estamos mucho más maduras que los chicos. Si tú eres un niño. —Le tomó la mano—. Eres un crío, Abel…

—Mi novia nunca ha estado embarazada, mamá. —Prefirió mentir a contarle detalles del aborto, en una suerte de actitud paternal hacia su madre.

—Pero ¡bueno! —A Lara se le cambió la cara y le pegó un bofetón en el muslo a su hijo—. ¡Me acabas de dar la alegría de mi vida…!

—Te lo dije como una broma para ver tu reacción, para sacarte de tu paranoia con el hotel vacío y todo eso… —Se divertía observando su alegre cara de pasmo—. Pero me sentó tan mal cómo te pusiste… que decidí hacerte sufrir un poquito más…

—Eres muy malo. —Le pegó un pellizco cariñoso, de los que dolía.

—Luego vino toda la movida del capullo del Tinder, la desaparición de Merche, la llegada de Andrius… y ya no sabía cómo decirte que la había cagado.

Lara se abrazó a su hijo.

—¿Tú no eres consciente de lo que yo te quiero, Abel? —Lo apabulló a besos por toda la cara—. Llevo media vida a tu lado, mi niño. Y tú toda tu vida aguantando a este desastre de mujer…

—No querría otra madre distinta. —La tumbó en la cama y se lanzó encima a hacerle cosquillas.

Lara no podía parar de reírse, tanto que Andrius se asomó.

—¿Qué pasa aquí?

Abel le hizo un gesto para que se uniera a la fiesta de las cosquillas.

—Me vuelvo a Sevilla, Lara.

Cuando Reyes encontró la posibilidad de alquilar un local en el centro de Sevilla, Lara era de nuevo un pájaro que volaba libre por las calles de Londres. Sin embargo, el día en el que le confirmó su retorno a España, las dos creyeron morir. A Lara le dio un ataque de llantina incontrolable.

—Pero qué melodramática es mi valencianita.

Sí. Había establecido rutinas en las que se mostraba independiente para expandirse en múltiples ambientes, sin apreciar en toda su profundidad el anclaje emocional que le proporcionaban las cervezas con Reyes. Porque tras las cervezas había confidencias, y cuidados a Abel, y viajes de fines de semana, y tardes tontas de querer morirse, y paellas entre risas, y proyectos futuros en común.

—No puedo seguir sola aquí, Reyes. Me ahogo.

Hacía dos años de su frustrado viaje a Boston, del que, avergonzada, no quiso contar nada a la sevillana. Una aventura que supuso un torbellino interior que arrasó con todo, decidida ya sí a romper por completo con cualquier hilo que la atase al padre de Abel. Un Maxi que seguía enviándole puntualmente el dinero cada mes, con una sola modificación. El concepto de transferencia ya no incluía palabras de amor, por respeto a una Lara a quien dejó tirada en tierras americanas, sino un escueto 'Para Abel'.

—Tú has parido sola en un país extranjero a un niño con problemas graves de salud. ¿Eres consciente de ello?

—¿Qué me quieres decir?

—Y no es que hayas salido adelante, cabrona. ¡Es que has triunfado! Tienes a un niño sanísimo que anda como John Travolta, una empresa de altos vuelos que te da la responsabilidad de dirigir los equipos de una de sus joyas de la corona. Te mueves por Londres como una leona. ¡Olvídate de miedos!

—Tú tienes gran parte de culpa, Reyes, de que yo sea tan fuerte.

—No me cuentes películas. Yo apenas llevo unos años a tu lado. ¡Soy una peluquera de barrio!

—No te vayas, por favor…

—Mi madre está perdiendo la cabeza, Lara. —Por una vez, Reyes soltó algo parecido a una lágrima—. No puedo no volver.

Lara, bien pagada en sus múltiples responsabilidades, como jefa de personal de dos hoteles y miembro del comité de dirección de la

cadena de apartahoteles Harrington, decidió que utilizaría todo el dinero ahorrado para volver a España.

—En cuanto llegues a Sevilla, busca un edificio céntrico, pequeñito, un hotelito para mí.

Su amiga la envolvió en un abrazo interminable del que no hubieran querido salir.

Cuando más esperaba una reacción racial de Reyes, más sorprendido se mostró Pablo. Habían quedado en la librería una hora antes de su apertura. Ella vino con croissants de La Campana. Se dieron, de forma instintiva, un abrazo grande al verse.

—Yo pienso que sí es amor, Pablo.

Él, fiel a su temperamento, la dejó hablar.

—A lo mejor me termino este café, me doy una ducha en mi local y comienzo a berrear de indignación, ¿sabes? —Meditaba sus razonamientos, mojando la bollería en su taza—. Pero yo creo que es muy fuerte que tú le digas a alguien que todo el amor que ha sentido durante veinte años, ¡los mejores veinte años de una vida!, ha sido una patraña de una vieja lesbiana. —Pablo puso cara de enfado con ese comentario que entendió como homófobo—. Es una vieja lesbiana, cariño mío. No es ningún insulto. Que a mí me falta poner la bandera arcoíris en mi balcón.

—El día que se entere nos matará, Reyes.

—O no… Tal vez el día que se entere pueda que entienda nuestro silencio como otra muestra de amor. A ver… Tú estuviste enamorado hasta las trancas del famoso Víctor ese del que tanto hablas, ¿no? —Pablo asintió—. Y el tipo ya es un fiambre, ¿verdad?

—¿Qué me intentas decir?

—Imagina que alguien viene y te dice que nunca te quiso de verdad. Que te enseña, yo qué sé, unas cintas de audio o algún mensaje en el que diga que tú eras un ‘paná’. Que lo único que le gustaba de ti es cómo le comías la polla… Sería jodido, ¿no?

Pablo no contestaba sino con su mirada.

—¿Tú sabías que Lara tuvo alguna experiencia lésbica? —Pablo puso cara de no saber—. La cabrona, salvo contarme lo del padre de Abel, me contó con pelos y señales cada polvo que echaba. Y tu amiga estuvo medio enrollada durante dos años con una tipa que podía haber sido su madre.

—Reyes…

—Ay, mi niño. No te vas a asustar ahora. —Usó un tono cómico que a Pablo no le gustó—. Venga, no te enfades conmigo, ya sabes que de vez en cuando me sale mi tono polinganero…

—¿Dónde quieres llegar?

—Quiero llegar a dejar que las cosas fluyan, Pablito… La alemana ya se sabe descubierta. Esto es como una película de Hitchcock…

—Siempre tendrá la incertidumbre de si nosotros la hemos delatado…

—Exacto, aunque le juremos que no vamos a hacerlo, aunque realmente no vayamos a contarle nunca nada a Lara.

—No podrá soportar la presión.

—Pobre mujer —suspiró Reyes.

—Tendrá que ser valiente, poner a su nieto por encima de todo y apechugar con su pasado.

—O no, Pablito… Pero que sea ella la que decida qué hacer. Me parece lo más justo.

Se acercaba la hora de abrir la librería. Pablo miró la hora y Reyes lo besó. Un beso largo en la boca.

—La vida es tan rara como este beso, cariño mío.

—¡Y esta alegría, Dios mío!

Abel sonrió de oreja a oreja.

—¡Que este inglesito blanquito se va a dar una sesión de rayos uva!

El chaval se carcajeó, negando con la cabeza. A Reyes se le caía todo cuando descubría en esa risa la del niño que cantaba con ella dando saltos en el sofá los sábados en los que Lara tenía turno completo en el hotel.

—He venido a darte buenas noticias. —Reyes se levantó de su asiento y lo cogió en brazos—. Porque a mamá no le ha dado tiempo a llamarte.

—¿Le vas a chafar la exclusiva?

—La exclusiva es mía, así que vengo yo para que no me la chafe ella.

Reyes se puso la mano en el corazón, asustada de que el niño fuese a casarse.

—No vayas a hacer ninguna tontería, Abelito. ¡Eres un crío!

—Lo del embarazo era una broma. —No quiso alargar el mal trago.

La cara de Reyes era de no entender si ésa era la noticia o era un prólogo de lo siguiente.

—¡Que no voy a ser papá!

—¿Y esa bromita? ¿Te parece graciosa?

—Ya le pedí perdón a mi madre. —Se agarró a Reyes por el cuello—. Ahora quería pedírtelo a ti. Porque sabía que te ibas a alegrar.

—¿Qué ganabas con eso?

—No sé. A mi novia le entró el canguelo porque no le venía la regla y yo quise poner a prueba a mi madre. Luego se complicó todo con el tipo de la foto, el fantasma de mi padre, tú ya sabes…

—Te vamos a querer igual hagas lo que hagas, Abel. —Volvió a asediarlo a besos—. Te querremos siempre. Mucho.

El chaval retrocedió, con su uniforme de instalador telefónico. Sabía que tenía que saldar varias deudas, así que soltó la última andanada antes de irse a trabajar.

—Ya le conté a mamá que el fantasma está en la cárcel.

A Reyes se le hizo un nudo en el estómago, mientras veía a Abel salir a la carrera.

Sin querer parecer intrusiva, para no mosquear a su amiga, Reyes la llamó para decirle que había hablado con Abel.

—Menuda la bromita que nos ha gastado —confesó, de buen humor, Lara, al otro lado del teléfono.

Así Reyes provocó que ella la invitara a una comida en el hotel.

—Tenemos carta nueva, vas a servirnos de conejillo de Indias.

Tras soltarle una bordería, Reyes cerró las cabinas, limpió el suelo, se colocó algo de rímel y tiró hacia el hotel.

Era importante que todo fluyese, pero debía tratar de encauzar la conversación hacia Abel, para que así Lara relacionase un tema con otro y admitiese saber que Maxi estaba en la cárcel. Reyes llevaba toda la mañana dándole vueltas a una posible salida que facilitara el que Lara abandonase cualquier idea de búsqueda, pero hasta no mirarla a los ojos y comprender cuánto de preocupación habría en ellos no daría ningún paso. Todo lo que luego se inventara ya tendría tiempo de compartirlo con Pablo para crear un relato común. Sin saber por qué, se empezaba a ver como el ángel protector de la alemana, quizás imbuida por un espíritu romántico que desconocía en sí misma, o por su afición recurrente a tomar parte por los perdedores. Sea como fuese, se estaba divirtiendo de lo lindo.

—¿Y esa cara de boba?

—Ay, Larita, que me ha dado una alegría nuestro hombretón. Me lo he comido a besos. ¡No lo puedo querer más! —La mamá se emocionaba con Reyes, a quien había concedido el poder de ser una segunda madre, así, con ceremonia incluida el día en el que se despidieron en Londres—. No quiso pensar en la posibilidad de que tú me lo dijeras, y se presentó esta mañana con su uniforme azul en los rayos.

—Es un amor, sí. —Lara no estaba del todo concentrada, preocupada por conseguir que toda la ceremonia del menú fuese impecable. Era la primera vez que su amiga comía formalmente allí—. No era otra cosa que ponernos a prueba lo que buscaba el niñato. Al parecer yo reaccioné de forma muy exagerada cuando me contó lo del

embarazo y se retó a mantener la broma para ver hasta dónde yo podía llegar.

—Gamberro… —Temía que la conversación se desviara a la carta del restaurante o a su relación con Andrius, y ése era el momento de hablar de Maxi—. No sé a quién habrá salido tu hijo, pero le encanta chismorrear…

—¿Me estás llamando cotilla?

—Dios me libre. —Levantó las manos y alargó su copa para probar el vino—. Qué nivelazo, amiga mía. ¡Un Nogal!

—No te mereces menos.

Se miraron. Las dos sabían que la otra sabía cosas que las dos estaban deseando compartir.

—Sé que te ha contado lo de la prisión de Maxi.

—Sí.

—¿Qué te ha dicho tu hijo?

—Que está en la cárcel. Punto.

—¿Cómo te has quedado? —Lara levantó los hombros, como si quisiera rehuir el tema—. ¿Te cuadra haberte enterado de algo así? —Negó con la cabeza—. ¿Desde cuándo no sabías nada de él?

—Ya te lo conté, Reyes. Desde ese maldito viaje a Boston.

En ese primer asalto, ya pudo comprender que a Lara se le hacía bola el tema.

—¿Ninguna noticia desde entonces?

—La transferencia de cada mes a nombre de su hijo.

—¿Eso lo sabe Abel?

—Claro…

—No se te ocurrirá volver a Boston para llevarle un bocadillo con una lima dentro, ¿verdad? —Lara mostró, esta vez sí, cara de sorpresa. A Reyes le pareció buena estrategia encarcelarlo en América—. Al parecer se ha vuelto un tipo muy violento. —Reyes quería exagerar lo exagerable, para quitarle de la cabeza la mínima idea de poder ir a buscarlo—. Tal vez el exceso de medicación. Ha tenido una vida dura.

—¿Está en Estados Unidos?

—Condena por 25 años, Lara. —No quiso desmentir que estuviera al otro lado del charco, aún más difícil para intentar nada—. Descuartizó a su padre, y creo que a alguien más. —Lara se tapó la cara. Reyes estaba consiguiendo sus objetivos—. Imagino que es la familia la que se ocupa de mantener esa pensión para Abel.

—Yo tengo que aprender a no sentir nada, Reyes. Me lo merezco. No quiero llorar, ni quiero culpabilizarme por nada. Yo lo intenté todo con él, ¿sabes? —Reyes le tomó la mano y asintió—. Yo fui a su rescate antes de que se le fuera la cabeza, y me rechazó.

—Ya pasó, ya pasó… Ya todo pasó.

—Andrius se queda a vivir en Sevilla, ¿lo sabes? —Ya sí le saltaban

las primeras lágrimas.

—El periquín de tu hijo se ha encargado de chivármelo.

Reyes limpió sus lágrimas como en los días más oscuros de sus años londinenses.

—Coge una habitación para mí en tu casa —le pidió la última noche que pasaron juntas en el apartamento de Greenwich—. En cuanto pueda salgo volando para tu Sevilla y no me sacas de allí ni tirándome agua hirviendo.

Si algo no quería Reyes es que esa noche las emociones subieran muchos peldaños, pero fue dormirse Abel, abrir Lara una botella de tinto y explotar todo el dolor de dos mujeres que se sentían hermanas.

—Tengo el remordimiento de no haberme preocupado por ti todo lo que merecías.

—No vuelvas con lo de siempre, Lara. —Dio un sorbo al vino—. ¡Y no bebas más! —Sentía una responsabilidad extraña para con ella—. Ya sabes que soy un erizo con espinas.

—¿Es cierto que tu madre está tan mal? —Reyes asintió—. Yo podría pagaros a una interna para que la cuide. E iremos las dos todos los meses a darle una vuelta. ¡O te la puedes traer aquí!

—Sí. Y a mi padre, y al delincuente de mi hermano, y al cabrón del Benedito…

—¿Quién es el Benedito?

—¡Qué más da quién sea el Benedito, Lara! —Reyes no podía ocultar su emoción con palabras dulces—. Es momento de bajar a mi tierra, de cuidar a mi madre, de pagar el castigo de ser la única hija… Ya todo pasará.

—Sé lo que es eso, Reyecitas… No te puedo convencer de que no hagas lo que yo no tuve más remedio que hacer.

—Tú eras una cría, Lara. Lo tuyo fue una encerrona.

—Sí. Nadie me preguntó. A mí me soltaron así al mundo, como una enfermera, con dos padres medio ancianos y en las últimas.

—Mi niña…

—Yo escapé de allí a la carrera en cuanto los enterré.

Sirvió otra copa de vino. Tan solo se oía, cada dos minutos, el ruido del metro horadando el subsuelo de esa casa que ya se le hacía inmensamente grande a Lara antes de despedir a Reyes.

—Y yo me tengo que volver para enterrarlos.

—Mi madre no ha llegado. —Abel no abrió del todo la puerta.

—Entonces me dejarás que me tome la primera cerveza contigo, ¿no?

Pablo entró, tras un 'vale' ronco del chaval, y fue directo a la cocina. Andaba todo manga por hombro. Sabía a Abel, detrás, al acecho.

—Me encanta ver a tu madre con la cocina hecha unos zorros. —Se giró hacia él—. ¿Es el efecto Andrius?

—Seguro. —Abel, por fin, sonrió.

—¿Y si la recogemos en un momento entre los dos? —El chaval se encogió de hombros—. Abre dos cervezas y pon a algún rapero de los tuyos a todo volumen. Yo me ocupo del fregadero. —Pablo se arremangó la camisa—. Tú me vas trayendo cosas.

A Abel pareció gustarle la propuesta, se quitó los cascos, trajo su altavoz de JBL y se ocupó de servir las cervezas.

—¡Esto es trap! —gritó.

—Me gusta más que el rap —contestó Pablo, ya metido en faena—. ¿En qué consiste exactamente el trap?

—Yo qué sé. Es una letra menos tremenda que la de los raperos.

—¿Qué escuchabas tú en Londres? No creo que allí llegara música española. —Miró a Abel, que negó con la cabeza— ¿Qué música escuchabas allí?

—Bodrios americanos tipo Ariadna Grande.

—A mí me gusta esa mujer.

—Es muy para gais.

—Ya… para reinas de la noche como yo, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso, Pablo. —Quiso poner el nombre para relajar la tensión.

—Trae más platos, señor heterosexual amante del trap.

—Yo tenía amigos gais en el instituto…

—¿Has hecho ya amistades aquí en Sevilla? —Abel asintió—, aparte de a la futura mamá, quiero decir.

—Ya no está embarazada.

Pablo cortó el grifo, buscó la cerveza sin estrenar y se giró hacia él.

—A mi madre le he contado una milonga, que lo hice por llamar su atención, que era una broma. —Le costaba mantenerle la mirada a Pablo—. Pero no ha sido ninguna broma. Lo he pasado muy mal.

—Puedo imaginarlo, Abel.

—Ella ya ha cortado conmigo, como podrás imaginar. —Tenía la lágrima detrás de la oreja—. Pero tuve que plantarme en casa de sus padres para pedirles que abortara. Yo no estaba preparado para tener a ningún hijo.

Con el habla cortada, Pablo tomó una silla para sentarse.

—A mi madre no la quise preocupar.

—Tu madre estaría muy orgullosa de ti, Abel.

—No se te ocurra decirle nada. —Pablo hizo el gesto de ponerse una cremallera en la boca—. Por favor.

—Esta conversación es de las situaciones más emocionantes que me han pasado en los últimos… días.

—Pensé que ibas a decir meses. —Sonrió.

—Yo hubiera dado media vida por una madre como la tuya, ¿sabes? —Dio un último sorbo a su cerveza—. A mí me repudiaron por ser maricón y ya nunca volví a Huelva. Tendría tu edad.

—Qué cabrones. —Se permitió susurrar Abel.

—Pero yo soy el tío que he querido ser, eso lo tengo claro.

La luz exterior se iba apagando y ninguno encendía las luces de una cocina aún a medio recoger.

—No dejes de ser nunca tú, Abel, por mucho que lo que hagas no le guste a tu madre.

—Qué pronto llegas hoy, Abel.

El chaval se asustó, al no haber escuchado a Merche abrir la puerta de su piso al entrar en el edificio. La mujer se había apostado tras la mirilla, consciente de que ésa era la hora habitual de llegada de Abel tras el trabajo. Quiso hacerse la encontradiza.

—Qué va, Merche. Siempre vengo sobre esta hora. —Extrañado por la situación, Abel se quedó paralizado sin saber si ir hacia delante o hacia atrás—. ¿Vas a subir luego a casa?

—No sé, no quiero ser pesada. —Abel soltó su mochila en el suelo —. Ahora que está aquí Andreas no veo muy lógico andar entrando y saliendo de vuestra casa.

—Se llama Andrius. —A Abel se le escapó una risa nerviosa.

—¿Y qué es, de Letonia? —A Merche se le subía un cosquilleo en el estómago al verlo reír.

—¡De Lituania!

—No te digo yo que no me entero de nada…

Abel volvió a coger la mochila. Merche quería escuchar que ella nunca molestaba en esa cocina donde el cerveceo era una fiesta.

—Tú sabes que a mi madre le encanta que subas.

Quería ser ella quien le dijera, si algún día la pesadilla de quedarse

al descubierto se hiciera realidad, soy tu abuela. Llevo veinte años pendiente de ti.

—Yo querría pedirte algo, Abel.

El niño volvió a dejar el saco en el suelo.

—¿Tú podrías conseguirme un móvil?

—Claro.

—¿E Internet?

—Claro que sí, Merche. Es a lo que me dedico.

—¿Y me darías unas clases para que supiera manejarme? —El chaval se sentía agobiado—. Te las pagaría muy bien.

—Yo no te voy a cobrar nada. —Se puso de nuevo en marcha—. Ahora subes a casa y te enseño el catálogo. ¿Tienes ordenador?

Merche, con el cuerpo temblando, le dijo que no con la cabeza.

—Pues si quieres te acompaño a comprar uno. ¿Vale?

—Vale…

Abel entró en casa, mientras Merche se agarraba el corazón al recordar los años en que su Maxi llegaba con la mochila a casa.

—Me ha dicho Abel que te quieres hacer con un móvil.

Lara, vestida aún de directora de hotel, le preparaba un bocata a su hijo.

—Y con un ordenador —aclaró Merche, ya sentada en su silla de siempre—. Se ha ofrecido a acompañarme para comprarlo.

—¿Y ese cambio?

—No puedo dar más sustos, Lara. A mi edad cualquier día me da algo malo y me quedo hecha un fiambre en el sitio.

—No digas eso, mujer. —Envolvió el bocadillo en papel de aluminio—. ¡Abel, vas a llegar tarde!

—¿Dónde va a estas horas el niño?

—Al cine. Ha quedado con unos chavales que ha conocido en un cursillo. Gente de su edad. —Abel repeinado, tomó el bocata y dio un beso a las dos—. Adiós, cariño. —La puerta se cerró con fuerza, Lara se quitó los zapatos y se sentó frente a Merche—. Tengo ganas de que haga la vida que le corresponde, está siempre entre gente mayor.

Merche le sirvió una cerveza.

—¿Y Andrius?

—Hoy no viene. Ha quedado con Pablo para dar una vuelta por el centro. Dice que yo no le sé explicar nada de Sevilla.

—Es lógico, él ya sabe que no eres de aquí.

—¿Y tú, Merche? —A Lara se le secó la voz—, ¿de dónde eres tú?

—De Osnabrück, una ciudad alemana cerca de la frontera con Holanda…

Las dos sabían que ésa no era la respuesta. Merche supo que acababa de comenzar la caída al precipicio.

—El día que entré en tu casa, en ese piso destartalado que tienes ahí abajo, ese día te dejé dormida. Me asustó mucho verte así, me sentí culpable. Todo tan desangelado, ¡te vi tan sola! —Merche, impasible, se refugiaba en buches de una cerveza que no solía tomar —. Apagué la luz de tu dormitorio y me quedé dando vueltas por ahí. Me tranquilizó ver que tenías la nevera más o menos llena, que había algo de ropa en los armarios. Curioseé en busca de fotos, de recuerdos, me interesé por tus libros… Los vi todos, incluida 'La Montaña Mágica'. La misma edición alemana que leía Maxi en su clínica de Boston. Una edición de tapa dura en dos volúmenes, de 1925. Y me asomé a las páginas que están escritas en francés, las que él me traducía. Estaban llenas de anotaciones. Subrayadas con el mismo rotulador rojo con el que él me decía que subrayaba para mí. O que tú subrayabas para mí. Mi nombre aparecía por todos lados…

La señora no podía controlar su cuerpo, alejó la silla de la mesa para no tirarlo todo de una patada, de un espasmo.

—¿Cómo pudiste aguantar sin decirme nada desde que viste el libro?

—¿Que cómo pude? —No quería que la emoción la bloquease—. ¡Tú me enseñaste a ser una experta en llevar una doble vida! Sé perfectamente cómo hacer para interpretar que no pasa nada. ¡Llevo media vida así! Enamorada hasta las trancas sin que nadie lo sepa. Harta de que me juzguen. Así que decidí observarte y esperar a que toda esta historia cayese como fruta madura…

Se hizo un silencio que atravesó la cocina y se apoderó de cada azulejo.

—¿Desde cuándo está tu hijo en la cárcel?

—Desde el mismo día en que tú lo despediste en el aeropuerto de Londres.

Lara se derrumbó.

Andrius le propuso tomar la cerveza sentados en las escalinatas del Salvador.

—Lara está hablando hoy con Merche.

Pablo se sentó a su lado, sin decir nada. No sabía en qué punto podría estar la situación ni quería hablar de lo que se había comprometido a no nombrar.

—Sospecha que es la madre de Maxi.

—¿Y eso? —Hizo por mostrar sorpresa.

—Un libro que vio en su casa un día que entró, con muchas

anotaciones. Una novela que leían en la distancia el tiempo que él estuvo en el hospital.

—La Montaña Mágica, supongo.

Andrius asintió.

—Reyes el otro día le contó que Maxi se ha llevado media vida en la cárcel por matar a su padre. ¿Es así?

—Deberías preguntarle a Reyes…

—Vamos, Pablo.

Pablo dio un sorbo a su cerveza, perdido en no saber cómo actuar, temeroso de lo que pudiese estar ocurriendo en la cocina del piso de Lara, horrorizado de pensar que una vez más su mundo de afectos se fuera al traste, que Lara diese la escapada a Londres, que Merche hiciera una barbaridad, que el padre de Abel entrase en escena.

—Yo no sé qué hago aquí —confesó el lituano.

—Tú eres la figura más importante ahora mismo, Andrius.

—Siempre he sido el chaval que se llevaba todas las tortas en el colegio, ¿sabes?

—Yo no te puedo decir lo que no sé, ¿ok? Pero ten por seguro que tienes Lara para rato. He hablado con ella mucho sobre ti, y si no te dice que te vayas a vivir con ella es porque le da miedo hacerte daño.

—¿Qué daño me puede hacer?

—Ella es un animal herido, Andrius. Ha vivido una vida siempre en suspenso pendiente de que un tipo venga a rescatarla.

—¿Y si aparece?

—¡Ese tío no existe! Ese hombre solo ha estado en su cabeza. Y ahora… —Miró el reloj—. En este momento está comenzando a asumir que el cuento se terminó.

—En el 2016 Lara, mi amiga, la madre del nieto de Ulrike, fue a ver a su hijo Maxi a Boston. —Reyes entró a saco, no quería marear a Manuela en un trance tan desagradable para ella.

—¿A Boston?

—Sí, allí estaba ingresado en una clínica oncológica desde 1999. Casi media vida allí.

—Pero si ese chaval lleva veinte años en chirona.

—Eso no lo sabía mi amiga.

Manuela apartó la tapa de espinacas que se estaba tomando.

—¿Qué me intentas decir, Reyes?

—Que fue Ulrike quien le hizo creer que su hijo tenía cáncer, que estaba en Boston, que cuidaba de ella desde allí.

La mujer se quedó blanca. Espantada.

—Ulrike se hizo pasar durante veinte años por él, Manuela. Le

pasaba la manutención del nieto, le hacía promesas de amor…

—Hija de la gran puta.

—En el 2016 Lara apareció en Boston. Y en Boston no había nadie. En Boston no había nada. Ni hospital, ni enfermo, ni nadie a quien romperle la cabeza. Lara lo maldijo sin saber que estaba maldiciendo a tu mujer. ¿Entiendes ya su depresión?

Manuela soltó lágrimas gordas, acarició el antebrazo de Reyes y se marchó.

Tras una ducha fría, Lara volvió.

Merche podía haberse marchado, pero no lo hizo.

—Para mí todo esto es una dolorosa liberación, ¿sabes? —Se había colocado unos vaqueros y un jersey de cuello vuelto. Abrió la nevera y la cerró—. ¿Quieres algo de comer?

—No, Lara. Gracias.

—Se supone que yo te he querido a ti, ¿no? ¿O en qué consistía el juego?

—No lo sé. Se me fue de las manos. Me avergonzaba decirte que mi hijo estaba en la cárcel. Tampoco me atreví a decirle a él que iba a ser padre, cuando le quedaba lo más grande por pasar en prisión. —Lara, con los ojos enrojecidos, la escuchaba—. Y me fui enamorando de ti.

Levantó la mirada, la enfrentó a la de Lara, que no se arrugó.

—No se puede querer así, Merche.

—Lo sé.

—No se puede querer si sabes que el otro sufre, que mientes, que no lo das todo. —Quería calmarse, porque estaba atravesando un túnel de emoción desgarradora que tenía que disfrutar—. Yo no he estado enamorada de ti. —Merche agachó la cabeza, Lara le cogió la mano—. Yo estaba enamorada de un enfermo de cáncer terminal con el que viví una historia apasionada en Londres. ¿Entiendes? —Se echó hacia atrás en la silla y sonrió abiertamente—. Te estaba saliendo de lujo la jugada, eso sí es verdad. Ya me tenías a tu lado, a tu nieto también. Tenías mi cariño sincero. Pena de esa foto en la casa del cabrón del Tinder, ¿verdad? Eso lo estropeó todo.

—Lara…

—Yo he tenido una especie de visión en la ducha, como si estuviera en Lourdes o en Fátima. —Trataba de poner humor. Quería poner humor—. Yo, que me he masturbado para ti, que he follado para ti, que he renegado a varios amores por ti, que te he abierto en canal mi corazón, mientras tú me observabas con ojos de…

—De guarra.

—Sí, de guarra, de la lesbiana que no asumes ser, de ese dolor tan

dentro que te come… Pero yo no he sido infeliz. —Frenó su discurso para mirarla de lleno a los ojos—. Ésa es la revelación de la ducha. Yo he tenido una vida de escándalo, Merche. ¡Maravillosa! Cualquiera querría vivir la mitad de lo que yo he vivido. Cuando yo estaba destinada a ser una niña vistiendo santos en medio de un pueblo valenciano.

—Siento tanto dolor, Lara. Siento todo tanto…

—Merche, vamos a calmarnos, ¿vale? —Volvió a ponerse de pie—. Tú has financiado todas las operaciones de mi hijo, me has permitido disponer de unos ahorros para hacerme con este hotel. Y me has querido mucho, a tu manera. Muy torpe, muy mal, muy egoísta. Pero yo me he sentido querida. ¿Entiendes?

—Sí…

—Pues la valencianita que se esconde en este jersey de cuello vuelto te dice que vale mucho, que no es rencorosa y que tiene mucha capacidad de perdonar. —Le tomó las manos—. Tal vez debería haberte echado a empujones de mi casa, haberte llamado guarra, vieja, pervertida, manipuladora… Pero tú te has cruzado en mi vida y me has querido. Y has querido a Abel. Mucho. —Por fin se sentó, exhausta—. Ahora te quiero a mi lado. Quiero que quieras a Andrius. Quiero que quieras a Abel.

—Lara…

—Quiero que me quieras a mí.